



**Hacer un templo en medio de la niebla: rito, ritual y prácticas simbólicas del duelo por
suicidio**

Carolina López Ciro
Luis Miguel Palacio Preciado

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogos

Asesora
Natalia Andrea Cardona Berrío, Magíster (MSc) en Psicología

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita

(Palacio Preciado & López Ciro, 2024)

Referencia

Palacio Preciado, L. M., & López Ciro, C. (2024). *Hacer un templo en medio de la niebla: rito, ritual y prácticas simbólicas del duelo por suicidio*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A mi mamá, Beatriz Preciado; a mi papá, Rodolfo Palacio; a mi tía Alba; a mi hermano Camilo y a mi hermanita Isabella; a la siempre bella, la mamita Rosalba; a Gasparín, mi gato que me acompañó con nobleza y ahora ronronea desde un plano ajeno a lo terrenal; a Caro por sujetar mi mano en este proceso que iniciamos y acabamos juntos.

A todxs ellxs por ser siempre una metáfora del amor en mi vida.

Miguel Palacio Preciado.

A mi mamá Nidia Ciro, que tanta vida y amor me permitieron continuar hasta lograrlo, que su tenacidad y compromiso fueron mi fuerza y ejemplo para nunca dar el brazo a torcer. Para Nami, mi gran amor felino, que fue mi sostén durante aquellos meses de encierro y se convirtió en todo para mí, a quien extraño cada día de mi vida y hallé el verdadero amor. A Migue, que en medio de tanta tempestad fue luz, más que mi compañero, fue mi amigo, a quien le debo mucho por tanto cariño y compañía.

Carolina López Ciro

Agradecimientos

A los sobrevivientes del suicidio por abrir sus corazones y confiar en nosotros para darle vida a esta investigación.

A Natalia Cardona, nuestra asesora, que confió en nosotros, nos abrazó con nobleza, nos guió con sabiduría y a quien también podemos llamar amiga.

A nuestros amix: Erika, Ximena, Laura, Lucho, Brenda, Sebas, Michelle, Michael, Manu, Caro, Daniel, Daniela, Simón, Yohana y Karla por salvarnos la vida con su abrazo oportuno y ser precursores de eso que llamamos "lloratón" y que nadie más que nosotros entenderá de qué se trata.

A Daniela, Vanessa, Alejandra y Diego, que en los últimos meses fueron más que sostén en mi vida y la llenaron de bienestar y felicidad. -Carolina-

A la profesora Victoria Eugenia Díaz Facio Lince que nos ayudó a despejar el panorama de la investigación.

A la antropología y a la Universidad de Antioquia que fueron, son y serán siempre un refugio de amor.

Tabla de contenido

Resumen	6
Abstract	7
Introducción	8
1 Planteamiento del problema	14
2 Objetivos	18
2.1 Objetivo general	18
2.2 Objetivos específicos.....	18
3 Marco conceptual	19
4 Metodología	29
5 Resultados	35
Capítulo 1. Cuando llega la niebla.	35
Duelo.....	35
Suicidio	42
Sobrevivientes.....	47
Capítulo 2. Habitar la niebla.	51
La culpa.....	51
El enigma	56
El silencio.....	63
Capítulo 3. Dispersar la niebla.	71
Rito y Ritual.....	71
Prácticas simbólicas y materialidades.....	77
6 Conclusiones	92
Referencias	96

Lista de figuras

Figura 1. Conmemoración bloque 12, Universidad de Antioquia88

Figura 2. Yo soy el pan89

Resumen

Este trabajo buscó aproximarse a las transformaciones generadas en los procesos rituales individuales y colectivos en el duelo por suicidio, teniendo como punto de partida las dinámicas contemporáneas que de alguna manera u otra inciden y traen consigo diferentes matices en los ritos y procesos simbólicos que convoca el fin de la vida terrenal. En ese sentido, las teorías antropológicas que se preguntan por el entramado vida-muerte, acompañadas del método etnográfico, de la observación participante y de la escucha de las experiencias de los procesos de duelo realizados por los participantes de esta investigación, permitieron vislumbrar que el camino simbólico que transitamos los seres humanos está mediado por consensos grupales y contextuales que resultan ser marcadores sociales para enfrentar la pérdida desde la individualidad y, a su vez, acompañarse en comunidad. En consecuencia con ello, las acciones realizadas por cada persona para afrontar un hecho con tanto estigma histórico y social como es la pérdida de un ser querido por suicidio, parecen ser un templo hecho de retazos emocionales, materialidades y recursos culturales que revelan lo alquímico que es habitar el presente con el pasado de quien ya no está y el futuro sin este. Así pues, se tiene que los rituales religiosos y funerarios además de mantenerse en su piso mítico, brindan elementos que se configuran en prácticas simbólicas que resultan ser bálsamo y abrazo grupal en medio de la pérdida, donde cada persona logra mantener en un plano liminal el recuerdo de quien murió.

Palabras clave: rito, ritual, prácticas simbólicas, suicidio, vida, muerte, materialidades

Abstract

This paper aimed to approach the transformations generated in the individual and collective ritual processes regarding suicide mourning, starting from the contemporary dynamics that somehow affect and bring with them different nuances in the rituals and symbolic processes that the end of earthly life summons. In this regard, the anthropological theories that question the life-death lattice, supported by the ethnographic method, participant observation, and listening to the mourning experiences of the participants of this research, made it possible to envision that the symbolic path that human beings traverse is mediated by group and contextual consensuses that constitute social markers to cope with the loss from a personal standpoint and, at the same time, to accompany each other as a community. In consequence, the actions taken by each person to cope with such a historically and socially stigmatized event as the loss of a loved one due to suicide, appear to be a shrine built of emotional remnants, materialities, and cultural resources that reveal how alchemical it is to inhabit the present together with the past of the one who is no longer with us and the future without them. Thus, religious and funerary rituals, as well as maintaining their mythical ground, provide elements that are shaped in symbolic practices that turn out to be a salve and collective embrace amid grief, where each person preserves the memory of the departed in a liminal plane.

Keywords: rite, ritual, symbolic practices, suicide, life, death, materialities

Introducción

Esta monografía es producto del interés por identificar las transformaciones que se han generado en los procesos rituales a partir de la influencia que han tenido las dinámicas contemporáneas en las formas de llevar a cabo un proceso de duelo por suicidio. Así pues, creemos que las aproximaciones teóricas sobre el rito, el ritual y la muerte, que son parte de nuestra formación como antropólogos, nos han abierto las puertas a explorar en un ejercicio de investigación que esperamos permita mucha tela para cortar por parte de quienes como nosotros encuentren gusto por temas relacionados. En sintonía con lo anterior, esperamos que dentro de la narrativa presentada las personas encuentren que detrás de acciones individuales está la potencia del hecho social. En sintonía con lo anterior, la investigación transitó por particulares formas de materializar el sentir de la pérdida por suicidio en la sociedad.

Dentro de los perfiles de los sobrevivientes encontramos que entre ellos comparten ciertas características, una de las principales es que todos cuentan con estudios de educación superior, ya sea culminados o cursando los últimos semestres, pertenecientes a instituciones como la Universidad de Antioquia, la Universidad Nacional de Colombia y el Instituto Tecnológico Metropolitano, en áreas específicas en humanidades (como antropología, periodismo y ciencia política) a excepción de una persona quien se dedica al campo de las finanzas. Estos conocimientos y el contexto en el que desarrollaron su formación académica pueden dar cuenta de sus puntos de vista sobre el duelo, la importancia que tiene para la resignificación misma de la vida y la muerte y las dinámicas privadas y públicas que este implica, algo que pudimos constatar cuando Elena Trujillo nos contaba que “la gente te trata o te da el soporte de acuerdo el nivel de conciencia que tengas; pero eso lo aprende uno con los años, con estudiar, con leer, con ir a terapia psicológica y con esas cosas” (Elena Trujillo, comunicación personal, 20 de Julio de 2023).

Cabe agregar que los entrevistados se encuentran en un rango de edad de 20 a 40 años; la mayoría, a excepción de una, están en sus 20s, generación que advierte las transformaciones sociales que se han venido dando con los años, brindado en parte por las nuevas tecnologías que han permitido una apertura en la conciencia de los jóvenes y que estos, al estar expuestos a tanta información, construyen a partir de allí un criterio propio. No es fortuito, pues, que logramos ponernos en contacto con ellos y concretar los encuentros por medio de las redes sociales,

manteniendo posteriormente la cercanía de esta misma forma como acto de cuidado mutuo que demanda el tema de este trabajo y cualquier investigación.

Dicho lo anterior, es menester afirmar que no tiene sentido tirar datos sueltos, pues el montaje de esta obra tiene rostros y nombres, se alimenta y vive con los sobrevivientes. Por ejemplo, la búsqueda se fue hasta Costa Rica con Elena Trujillo, la mamá de nuestra amiga Mar, quien desde allá resignifica el recuerdo de la vida y la pérdida de su hermana hace aproximadamente 23 años; Elena se escapa cada tanto de sus tareas como ingeniera financiera y transita en las múltiples formas que le hacen bien para darle otro sentido a la ausencia. También esta investigación baila al son de la música parrandera que escucha Víctor Guzmán, un estudiante de Licenciatura en Filosofía de la UdeA, de 25 años, y con la cual recuerda a veces con lágrimas y siempre con risas a su amigo Obando. Del baile brinca a las cocinas de una estudiante de antropología de la UdeA, quien tiene 32 años y prefirió mantenerse en el anonimato, pero que entre mucho arte culinario resignifica la vida de quien fue su pareja sentimental. Del horno de las cocinas se calienta el fervor de los debates como en los que un politólogo anónimo, nos cuenta que conoció a su maestro y amigo Ramón, quien dejó un legado académico y de parche sabroso. Después del debate no es descabellado pensar que acá podemos pasar a las analogías de la mitología griega como las que utiliza Simón Monsalve, quien está próximo a ser papá de gemelas y que era estudiante de Física en la UdeA antes de irse a Dinamarca, y con las cuales conmemora la historia de su amigo. Sumado a ello, el rumbo de este texto se permitirá ir y volver entre los sentires como lo hace la poesía que Mateo Ruiz, periodista de 24 años de la UdeA, recuerda de su amigo Jony con quien compartió muchos espacios de este ámbito en la ciudad. A su vez, este recorrido que no es lineal estará acompañado de música triste como la que Camilo Ibáñez, un estudiante de último semestre de antropología escucha para darle forma a la pérdida de su amiga.

Los sucesos de pérdida ocurrieron en Medellín, gran parte de los fallecidos cumplían el rol de amistad con los sobrevivientes, pero también se observó que existían otros vínculos como familiares y relaciones amorosas, solo que en menor medida. A partir de esto, estos sobrevivientes viven sus experiencias de dolor a través de lo que significa ser amigo en un contexto como el de Medellín, en el que la importancia del compartir y “parchar” se hacen presentes para conmemorar la vida del que ya no está. Medellín es la ciudad que nos abrió la puerta en este camino pedregoso sobre el rito y ritual a partir de duelo por suicidio y con ello se convierte en la ciudad dueña del cielo que ve las lágrimas del dolor por la pérdida y dueña de la tierra que las recibe; es, a fin de

cuentas, la eterna primavera que también florece desde los silencios y el enigma de los sobrevivientes.

Algunos de ellos, más adelante en las entrevistas realizadas, mencionan su posición frente a las creencias que tienen, la mayoría manifiesta considerarse de una corriente atea y/o agnóstica, y solo pocos mencionan que después de la experiencia de pérdida tuvieron una conexión espiritual entre sus vivencias y algún tipo de religión, lo que les ha permitido reevaluar y repensar sus convicciones con lo divino. Es decir, hay en ellos un marcado sentir por mantener el plano de lo terrenal, lo espiritual y la muerte en constante comunicación.

Los sobrevivientes tienen en sus caras la frescura de la juventud y en sus entrañas las cicatrices del dolor y la pérdida; contemplan con calidez reminiscencias de los hechos y abren su corazón para nosotros a través de palabras serenas y gestos cargados de sinceridad y contundencia que en algunos momentos del discurso son acompañados por lágrimas. En sumo, las personas que ayudaron con esta investigación permitieron, gracias a su cercanía con nosotros y a que comparten la angustia de saberse en la academia, hacer de los encuentros una conversación parchadita y abrazable en la memoria.

Escribir sobre el duelo, que se considera una etapa (presente en incontables momentos de la existencia), implica buscar en la vida propia el sentido de la palabra y de esta manera intentar una aproximación a lo que socialmente nos convoca respecto a ella. Así pues, aun cuando el proceso de cada persona es particular, hay una certeza que nos pone como iguales en torno a ello y se trata de que todos sentimos dolor. Si bien los rituales no son exclusivos del dolor como punto de partida, en las conversaciones con los colaboradores de la investigación, es decir, con sobrevivientes del suicidio, este sentimiento es la piedra angular del proceso de todos ellos y estructura una serie de prácticas simbólicas que entreteje el plano terrenal con el espiritual y memorial.

El duelo es la constitución de momentos en la vida fragmentada y desubicada de un sujeto por la pérdida, donde el espacio, el tiempo y las acciones cobran un sentido diferente al que se está acostumbrado. Es un estado liminal en el que la vida no vuelve a ser la misma y re-configura la psiquis de los individuos. En los hallazgos encontrados, el duelo permite una apertura a lo espiritual o herramientas culturales o artísticas cargadas de sentido simbólico, aun cuando los y las entrevistados/as en su mayoría están alejados de cualquier dogma o religión e incluso algunos se autodenominan como agnósticos o ateos. Con lo anterior, es necesario agregar que las

materialidades están presentes en este proceso, permitiéndole a los dolientes volver a ellas en la medida que lo crean necesario. Así pues, en algunos casos como en el de un compañero de pregrado, despojarse de la carta que dejó su amiga, por ejemplo, fue un recurso para enfrentarse al dolor, ya que esta fue la prueba viva del suceso y a partir de la frecuencia con que la leía o cuando se deshizo de ella pudo marcar el inicio y el fin de su etapa de duelo. Por otro lado, una constante en las conversaciones es que las redes sociales son una suerte de aliciente a la hora de buscar respuestas, llamar a la añoranza y conmemorar la vida de quien no está, pues, allí se da testimonio de la consciencia de las relaciones y los vínculos existentes, lo cual es decisivo cuando se busca compartir del duelo con la sociedad. Anudado a ello, se encuentra que los lugares también son punto de referencia para situar el dolor, el recuerdo y el proceso no solo del duelo, sino también de las prácticas simbólicas o rituales que llegan con él. Con esto se puede decir que las materialidades son al duelo como la hoja y la tinta son a las ideas de un poeta y permiten aterrizar al sujeto en su posición de doliente por medio de la cual buscaba saldar el caos que lo aturde.

El duelo funciona como un componente de hallazgos del sujeto con su propio yo, pero además, con el mundo que le rodea, debido a que el proceso no implica enfrentarse solo con la pesadumbre de la ausencia del otro y todo lo que ello involucra, sino también, verse de cara a sí mismo como persona activa en las decisiones que el otro haya tomado, lo que da paso al reproche y severidad en juzgarse a sí mismos, pues, el sobreviviente siente que no hizo lo suficiente para detener o apaciguar el dolor y la angustia de ese ser querido que perdió. Es a partir de allí, que cada individuo en duelo emprende una búsqueda, impulsada por la culpa, en la que trata de conectar todos los sucesos para intentar ubicar en qué falló, y qué acciones pudo realizar para salvar la vida de ese objeto de amor que ya no está, tratando de situar y resignificar lo que es su vida, el vínculo con lo perdido y el relacionamiento con los otros en adelante. La culpa viene cargada de un cúmulo de responsabilidades que el sobreviviente asume, pues trata de hallar no solo qué hizo mal, sino también que factores externos determinaron las causas del deceso; en el caso del suicidio, el sujeto comienza un proceso de indagar a través de sus propias preguntas, las cuales son particulares en cada duelo, sobre qué acciones pudo haber tomado para ayudar a ese ser querido, intentando averiguar la razón lógica de los hechos para poder sosegar su culpa, tratando de armar un rompecabezas, en el que hay demasiadas piezas vacías.

Dado lo anterior, los sujetos experimentan una suerte de desgarramiento desde las entrañas para el cual nunca nadie los preparó y con ello llega el temor que implica reparar o componer lo

fisurado mientras se enfrentan al mundo cada vez más líquido y, a su vez, atomizado y hostil (plantando con esto la idea de los sujetos esparcidos desde un spray a lo individual en pequeñas partículas) que da paso a la errancia por el pedregoso camino del silencio, el cual se configura -según los entrevistados- como el momento cumbre de la primera etapa del proceso. El silencio está cargado de símbolo y signo y con él se presenta en la escena como un acto antroposemiótico. Así pues, una vez entredicha la posición de los sobrevivientes, se precisan dos caras de la moneda: una es que, de puertas para afuera, es decir, desde el sobreviviente hacia la sociedad hay un silencio donde la preocupación de la comunidad brilla por su ausencia, pues parece ser que todo está de maravilla y que la vida puede continuar igual para quien calla, justo porque no manifiesta un malestar verbalizado. Sin embargo, la otra cara de la moneda, la de puertas para adentro, nos muestra que tal silencio parece querer escapar de la vida de los sobrevivientes en tanto deciden callar, pues con él llegan una serie de prácticas como el llorar a oscuras y alejados del ojo humano, prender una vela, elevar una plegaria desde el alma, escribir o tararear canciones que le recuerdan al difunto. En otras ocasiones, por ejemplo, esta decisión de vivir el duelo desde el silencio llega con afecciones del cuerpo que terminan siendo más estruendosas que un proceso ritual convencional o que alguna práctica simbólica grupal: náuseas, un taco en la garganta, lágrimas en exceso, entre otras, que como dicen los entrevistados, se desvanece paulatinamente cuando se empieza a hablar de la pérdida y del proceso para transitar la vida después de eso. Con todo lo dicho esperamos no hacer apología a satanizar el silencio, pues quienes han abierto su corazón a este ejercicio de investigación han resaltado lo importante que ha sido para entenderse dentro de la complejidad humana y del sentir.

Como bien se mencionó antes, los entrevistados comparten algún vínculo directo o indirecto con la Universidad de Antioquia y tienen entre 23 y 40 años. Estas dos variables, comentan ellos, les propicia una parte de tranquilidad para romper con el silencio que por momentos les pesa tanto en los hombros y, además, se les hace necesario aprender de un proceso ritual. Acá nosotros aprendimos que el silencio debe ceder cuando otro silencio decide hablar. Con ello quiero decir que en nuestras entrevistas siempre fuimos enfáticos con que no era un espacio de terapia, sino un espacio de escucha y conversación. La gente comprende y nos permite escucharla con la atención y la calidez del encuentro, un abrazo y un café en algún lugar con poca gente dentro del campus universitario o en la tranquilidad de nuestros hogares cuando se trataba de la virtualidad; aunque debemos confesar que evitamos a toda costa la virtualidad para el encuentro

con los sobrevivientes por la delicadeza que demanda el tema. Así pues, retomando, decimos que nuestro silencio cede y con ello nuestros ojos se tornan atentos y compasivos cuidándonos de no caer en la lástima o en la pormiseria, pues es algo que la gente no quiere y justo por eso calla. Las personas hablan y lloran y creo que es ahí donde logran dimensionar lo que implicó su silencio. Es ahí donde saben que el silencio fue tan necesario como el hablar. Se limpian las lágrimas y sonríen, se liberan; recuerdan, conmemoran y con el semblante parecen dar fe de que en el saberse escuchados y hablando abrazan a ese ser querido.

En las próximas páginas se encontrarán con un compendio de lo que fue para nuestros sobrevivientes atravesar la pérdida de un allegado a mano propia, a través de tres capítulos claves que permiten llevar desde lo más conceptual hasta lo más etnográfico lo que implica la vida, la muerte, el suicidio, lo ritual y lo simbólico. El primer capítulo expone de manera clara la conceptualización de las tres categorías principales que nos convocan a la presente investigación, y es la planeación del suicidio, el duelo y sobrevivientes en sus dimensiones tanto conceptuales como lo que implicó en la vida de quienes hicieron parte de esta exploración académica. El segundo capítulo entra en las magnitudes más humanas y sensibles de los sobrevivientes, en las que quedan expresados sus sentimientos más íntimos, reconocidos desde el enigma, es decir, sus turbaciones con respecto a la pérdida, el silencio, el componente hermético que no les ha permitido exteriorizar el dolor y finalmente la culpa, detonador de multiplicidad de aflicciones e interrogantes que acompañan a los dolientes durante la elaboración de su pérdida. El tercer y último capítulo condensa el elemento etnográfico de esta investigación, y transita desde la exploración de los rituales y ritos desde su parcela más dogmática, enfocándonos en la religión católica y trayendo a exposición las ceremonias de muerte más tradicionales como son la misa, el velorio y la novena, prácticas que realizaron en su momento los sobrevivientes para marcar los rituales de paso entre la vida y la muerte. Para posteriormente presentar las nuevas formas en que las personas han otorgado a diferentes materialidades como objetos, música, literatura, una carga simbólica tan potente y alejada de lo típico, que a través de esas prácticas se evidencia lo particular, único, novedoso y la forma en que estas acciones alternativas ayudan de igual manera a tramitar el enfrentamiento de la pérdida.

1 Planteamiento del problema

Las y los medellinenses cargan con orgullo sobre los hombros la verraquera y la pujanza como parte esencial de su construcción de identidad, por tal motivo pareciera que es una cultura condicionada a no “achicoparse”, a “siempre salir adelante” y, sobre todo, a estar alegre. Una sociedad a merced de estos aparentes consensos grupales poco habla de emociones catalogadas como negativas y con ello, los duelos se mueven en el plano de la inmediatez y en voz baja. Expresiones populares como “el muerto al hoyo y el vivo al baile” marcan toda una idiosincrasia que media la relación social que se entreteje en torno a la muerte. Es así como esta investigación se pregunta por cómo son los rituales contemporáneos del duelo por suicidio en Medellín considerando la diversificación de los ritos y las practicas simbólicas.

Los casos de suicidio en la ciudad de Medellín, según se observa en la prensa, en la voz a voz de las personas y en las redes sociales, van en aumento. Este fenómeno sigue siendo abordado bajo la mesa, la comunidad y las instituciones competentes lo nombran con timidez, razón que lo hace un asunto complejo de explorar. La academia, aunque ha participado un poco más en tratar de conceptualizar y de identificar causales, se mantiene en una posición alejada de la realidad antropológica en lo que al proceso ritual que llevan los dolientes respecta.

Las alarmas por el aumento de casos de suicidio y conductas suicidas en la ciudad están encendidas. La Personería de Medellín en su boletín de prensa 89, publicado el 11 de octubre de 2021, advierte un alto número de casos de suicidio, pues tal como lo plasman en el reporte: “De enero a septiembre de 2021 la cifra asciende a 133 personas de las cuales el 76.69% son hombres y el 23.30% son mujeres”. Además, la institución es enfática en resaltar que:

Según cifras del SIVIGILA, entre 2018 y hasta el 30 de septiembre de 2021, 672 personas decidieron, deliberadamente, quitarse la vida; de las cuales el 88.84% son hombres y el 18.16% son mujeres. El 2019 es el año en el que más casos se han presentado con un total de 195. De enero a septiembre de 2021 la cifra asciende a 133 personas de las cuales el 76.69% son hombres y el 23.30% son mujeres. (párr. 2)

Dada la gravedad del asunto y en función de brindar rutas de atención a esta problemática, en el boletín de prensa publicado el 29 de abril de 2022 en la página oficial de la personería de

Medellín, las cifras son actualizadas con la información obtenida del RUAf-ND, donde se muestra que:

Entre el 1 de enero y el 31 de diciembre de 2021, 184 personas decidieron, deliberadamente, quitarse la vida. Del total de los casos, 146 son hombres y 38 son mujeres. El rango de edad más predominante durante la pasada anualidad fue el de los 25 a los 29 años y la comuna con más suicidios fue la 16 – Belén. (párr. 2)

Diarios nacionales están a la vanguardia de la compleja situación, tal es el caso de “*El Tiempo*”, donde el 26 de septiembre reportan:

Según cifras del Instituto Nacional de Medicina Legal, Medellín es la segunda ciudad del país con mayores casos de suicidios. Entre enero y julio de 2022, se presentaron 128 registros, 26 de ellos se presentaron en jóvenes entre 20 y 24 años, que a nivel nacional es la población más afectada, con 250 registros. (Ramírez, 2022, párr. 1)

Sumado a esto, como ya se mencionó unas líneas más arriba, las ciencias sociales se mantienen al margen en las investigaciones que conciernen al suicidio y más aún si no se trata de identificar las causales de este. Los resultados que arrojan la búsqueda en los repositorios de las universidades del país respecto al tema no son alentadores, pues lo poco que hay no presenta un panorama amplio en tanto a este fenómeno. Poco se habla, por ejemplo, de los procesos de duelo y los procesos rituales que acompañan a los dolientes de muertes por suicidio. Con ello, es importante resaltar que las humanidades tienen una deuda que poco a poco debe saldarse en la medida que se propicien investigaciones al respecto.

Es necesario preguntarse cómo las personas que atraviesan el suicidio de un ser querido plasman su experiencia en actos que les ayudarán a sobrellevar la misma pérdida, teniendo en cuenta cómo la acción, las creencias y el poder simbólico hacen parte fundamental de la aflicción personal, para así poder evidenciar la multiplicidad de formas en que los seres humanos podemos llegar a tramitar un duelo, teniendo presente la importancia del proceso ritual como eje central de nuestra discusión, el cual es importante trabajar porque este permite a los individuos ayudarse entre sí a tramitar la angustia de la pérdida, pero también, para permitirle al que ya no está, ir a un mejor

lugar, cuestión que se encuentra enmarcada en un compendio de creencias y saberes de cada grupo social. Tanto los rituales funerarios como los de duelo permiten la expresión simbólica de los sentimientos y pensamientos, facilitan el afrontamiento y aceptación de la pérdida, y promueven la recuperación de los deudos (Pargament, 1997, Citado por Yoffe, 2014, p. 145).

En nuestro contexto, se hacen pertinentes las formas en que la ritualización ha tenido transformaciones históricas y culturales en Medellín, lo que es importante revisar, pues nos hablan de cómo las personas, en especial los dolientes, viven sus experiencias mediante lo que creen y las prácticas alrededor de estas. La secularización en Colombia, planteada como ese cambio que se presenta a través del tiempo sobre los valores y prácticas religiosas, da cuenta también de las transformaciones que se han generado en las exequias fúnebres y, tal como lo mencionan Beltrán et al. (2021) “la industrialización, el crecimiento de las ciudades y la consolidación de las funerarias son aspectos que han modificado la manera como se celebra el rito y se vive el duelo” (p. 148), yendo desde lo más tradicional, como los velorios en las viviendas, los entierros en cementerios, las novenas, hasta los velorios en sitios especializados y la cremación, por lo cual, es relevante preguntarnos acerca de qué otros rituales de duelo son adoptados por los creyentes, y también por los que no lo son.

Estos cambios históricos también pueden permitirnos revisar las modificaciones en las prácticas y perspectivas que ha presentado *el suicidio* en cuanto a la religión católica en Colombia, pues, este solía ser condenado por la iglesia, debido a que los que lo ejercían, cometían uno de los más graves pecados al violar el quinto mandamiento: “*No matarás*”, siendo mucho más problemático cuando era hacía ellos mismos.

No se les permitía ser enterrados en un espacio común, sino alejados, el propio apartado lugar del entierro en el cementerio era ya señal de penitencia hacia los suicidas, su memoria relegada de la comunidad, y para sus seres queridos una marca fehaciente que podía ser leída por la sociedad misma. (Acevedo, 2019, p. 119)

Además de plantear la importancia del ritual y su eficacia a la hora de tramitar los duelos, se hace necesario explorar cómo los discursos visibilizan la manera en que la sociedad se enfrenta a un fenómeno, Gil-Gimeno (2016) presenta de una manera amplia la histórica y tensionante discusión alrededor del suicidio, en si este es un acto de cobardía y por lo tanto un pecado a la vista

de que es Dios quien tiene poder sobre la vida, o si en cambio, es una decisión autónoma en la que cualquier sujeto puede hacer pleno uso de sus libertades y ejercer su capacidad de elección. Es muy importante considerar lo anterior para esta investigación, pues, las perspectivas personales de los sujetos, sus personalidades, creencias, y entorno social, definen muchas veces las formas de aceptación de un duelo y, finalmente, cómo este es ritualizado.

El suicidio como fenómeno, implica una variedad de formas en las que ha sido trabajado, sobre todo desde la psicología, analizarlo desde sus formas rituales implica no solo realizar una observación desde los elementos religiosos que permiten las ritualizaciones colectivas y más comunes dentro de la sociedad, que sin duda son importantes, más aún dentro del contexto antioqueño y en especial de la ciudad de Medellín; sin embargo, es pertinente ir más allá, hasta las pequeñas maneras en que los individuos ejecutamos acciones constantes, en las que creemos y nos sostenemos, para así realizar un trabajo que nos permita sentirnos más tranquilos con nuestras experiencias y pérdidas. Desde el duelo, es crucial observar cómo este es llevado a cabo desde lo traumático que es el suicidio, problematizando cómo los discursos y las formas en que es ritualizado y tramitado muchas veces son estigmatizadas, cuestión que hace más difícil el proceso, debido al papel clave que cumple la sociedad dentro de un trabajo de duelo.

En el ámbito social, el estigma dificulta el expresar todas estas reacciones posteriores al suicidio del ser querido. Y es que, aun cuando las acusaciones y culpas del suceso hayan desaparecido en gran parte, el suicidio estigmatiza a la familia, pues es frecuente escuchar comentarios como «mira: esa es la casa del que se suicidó», «ahí va la mamá del que se suicidó, seguramente no lo querían lo suficiente». (García-Viniegras & Pérez, 2012, p. 270)

Esta investigación en su formulación conceptual toma planteamientos aportados por disciplinas como la psicología, el psicoanálisis y la sociología, por lo cual busca moverse en el componente de la antropología en tanto la etnografía y las narrativas de las personas permitan una aproximación a la observación de las formas de vivir el proceso ritual por parte de los dolientes, y de esta manera plasmar desde lo empírico viñetas etnográficas que permitan menguar la precariedad teórica encontrada en las humanidades frente al fenómeno del suicidio y su ritualización.

2 Objetivos

2.1 Objetivo general

Identificar las transformaciones generadas en los procesos rituales, a partir de la influencia de las dinámicas contemporáneas en las formas de realizar procesos de duelo por suicidio en Medellín.

2.2 Objetivos específicos

Observar la ritualización de duelos colectivos e individuales de los dolientes del suicidio, examinando las materialidades y los procesos simbólicos puestos en escena que les permiten a cada persona tramitar su pérdida.

Evidenciar los discursos y perspectivas que se encuentran alrededor del suicidio por parte de los dolientes, y su influencia en el proceso de ritualización.

3 Marco conceptual

Aproximarse al proceso ritual que emerge del duelo en la vida de los seres humanos implica un universo de matices por descubrir, explorar en ello demanda una mirada minuciosa que se apoya en las narrativas, los signos y los símbolos que manifiestan los dolientes. Aportes teóricos hijos de su época y disciplina van y vienen, y el suicidio parece ser un eterno secreto a voces o un discurso que siempre da la sensación de ser contado a medias. Sin embargo, es necesario asir lo que hay y seguir caminando en la búsqueda de lo que implica este fenómeno en el contexto de la ciudad de Medellín. En ese sentido, partiremos desde los aportes teóricos dados por la psicología, el psicoanálisis y la sociología, para seguidamente, sumergimos en el entramado del duelo individual y colectivo que da pie al proceso ritual con una mirada antropológica, entendida desde la particularidad del suicidio y el ruido que este logra hacer en la vida social.

El suicidio es entendido como la ruptura de la vida ejercida por la misma víctima, es la voluntad de una persona de atentar contra su propia vida, por lo tanto, etimológicamente, la palabra suicidio proviene de las expresiones del latín *sui* (sí mismo) y *caedere* (matar), lo que significa "matarse a sí mismo". Durkehim, en su obra sociológica "El suicidio" manifiesta que: "Se llama suicido a toda muerte que resulta, mediata o inmediata, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producirse ese resultado" (Durkheim, 1897, p. 15).

Es allí cuando se entra a analizar el acto en términos positivos y negativos, desde los resultados del mismo, debido a que, no todo intento de suicidio logra ser consumado, siendo este un resultado "negativo"; sin embargo, habría que entrar a reflexionar en el reciente trabajo, las nociones de positividad y negatividad impuestas en la acción, pues más allá de consumarse o no el acto, es importante observar el grado de afectación que ha tenido para las personas alrededor del suicida. Además, como lo nombra Durkheim (1897), lo positivo y negativo se halla en que el sujeto, al ser social, media sus decisiones a través de la interacción con la sociedad misma y es allí donde las categorías anteriores entran en juego, pues el entorno determina el desarrollo de los individuos y responde a la satisfacción de unas necesidades que influenciarán en la vida de cada miembro de la sociedad.

Históricamente, el suicidio se ha comprendido según múltiples contextos en diferentes épocas y sociedades, yendo desde actos de valentía, amor y honor hasta formas en que se ha visto como pecado y una aberración, influida principalmente por los principios judeocristianos que

marcaron gran parte de los imaginarios sociales de los últimos siglos, lo que es importante revisar, pues estos discursos transformados a través de la historia son relevantes para entender el término, sino también el acto ejercido y el impacto en las sociedades actuales.

Schneidman definió el suicidio como el “acto consciente de aniquilación autoinducida, que se entiende mejor como un sufrimiento multidimensional en una persona vulnerable que percibe este acto como la mejor solución a sus problemas” (García De Jalón y Peralta, 2002, como se citó en Corpas, 2011, p. 2), dando respuesta un poco a lo que afecta al ser mismo desde todos los ámbitos socioculturales en los que se encuentra, pues el individuo al encontrarse en un estado de inconformidad con su vida misma, y con su entorno, genera que su sufrimiento lo conduzca a buscar una pronta solución, que terminaría por ser en la desmaterialización de la propia vida.

Freud, por su parte, citado por Leandro Ezequiel Ferreyra (2017) manifiesta que el suicidio es:

la situación entre las pulsiones de vida (Eros) y muerte (Thanatos), como también el giro que se desarrolla al momento de la pérdida de un objeto amoroso, en donde el yo se identifica con éste para aniquilarse melancólicamente, o el vuelco del impulso homicida hacia el yo, en el neurótico. (p. 488)

Allí la necesidad de conservación se ve transgredida por la pulsión de muerte, por el empobrecimiento del propio yo, que finalmente termina por la aniquilación de la propia vida. Por el contrario, Horney (1950, como se citó en Pulido et al., 1990), rechaza los postulados freudianos, manifestando que los comportamientos neuróticos y, por tanto, suicidas de los individuos se encuentran condicionados por la cultura.

A medida que el niño se esfuerza por vencer su angustia básica puede desarrollar sentimientos de superioridad. Se produce, así, un tipo de fracaso del desarrollo del yo, una disparidad entre el desarrollo del yo idealizado y del verdadero yo, dando lugar a lo que Horney (1950) denominó como “alienación del yo” (como se citó en Pulido et al., 1990, p. 375).

Hay que comprender que más allá del concepto de suicidio, existen dos categorías clave dentro de todo su entramado y se hace importante nombrarlas, pues están inscritas dentro de las dinámicas del suicidio y las acciones previas o inmediatas de lo que este implica. La ideación suicida, como componente principal de la consumación del acto, es cuando el sujeto experimenta

pensamientos intrusivos sobre la muerte, en especial la auto infringida. La intencionalidad se encuentra en la mente del individuo, quien además de anhelar su propia muerte, comienza un proceso de preparación y planeación, en el que se contemplan multiplicidad de opciones para así poder acabar con su propia vida: “Pérez (1999) define la ideación suicida considerando una serie de pautas como la preocupación autodestructiva, planeación de un acto letal y el deseo de muerte” (como se citó en Sánchez et al., 2013, p. 277). El acto suicida, es entendido como la ruptura misma de la vida, el momento exacto en el que un individuo decide no continuar con su existencia, y al hacer todo un proceso mental previo de preparación, lo lleva a cabo, Sin embargo, es importante tener en cuenta que el acto suicida no siempre es llevado con “éxito”, es allí cuando entra en escena el “Intento Suicida”, definido como la acción orientada a provocar la propia muerte que no logra su objetivo (Amezcuca, 2003, como se citó en Sánchez et al., 2013.),

Genética y biológicamente, el suicidio está asociado a la herencia, estando en mayor riesgo las personas que cuentan con reincidencias familiares de trastornos depresivos y consumación del acto suicida, además de encontrarse en entornos altamente estresantes; y si bien el factor biológico no es meramente determinante “Roy (1983) y Tsuang (1983) encontraron riesgo significativamente más alto de suicidio en las familias de los pacientes depresivos y maniacos que habían cometido suicidio, que en los familiares de aquellos que no lo habían cometido” (como se citaron en Pulido et al., 1990, p. 377).

Como mencionan Finol et al. (2015), “todo suicidio es un acto de comunicación”, por lo tanto, desde la antroposemiótica es de indispensable interés partir del duelo en tanto es canal de signo y símbolo comunicativo de quienes viven con quien muere y, sobre todo, entre quienes viven.

El duelo es el proceso que se lleva a cabo luego de haber sufrido una pérdida, estas dan cuenta de las múltiples experiencias que pueden experimentar los seres humanos, teniendo en cuenta que las pérdidas se encuentran en todos los aspectos de la vida y se necesitan herramientas que permitan tramitar todo el dolor y demás sentimientos que puede dejar el vacío de la misma, “cuando una persona pierde algo que le era propio, se produce una reacción de malestar que consta de varios síntomas, de índole racional o afectiva o ambas” (García-Viniegras & Pérez, 2012, p. 3). El duelo no implica el dolor como único sentimiento experimentado, sino que es todo un entramado de afecciones que se percibe dentro de él como culpa, tristeza, alegría, alivio, soledad, entre otros. El duelo muchas veces se encuentra mediado por la relación que tenía el doliente por aquello que

ya no está; sin embargo, sea positiva, negativa, o ambivalente, el duelo puede converger entre estas tres esferas y es el doliente quien puede asumirlo para resignificar la pérdida.

Popularmente, el duelo es reconocido como un proceso en el que se debe atravesar por distintas etapas, especialmente cinco, reconociéndose no como un estado lineal, pero sí como una forma en que estas se van cruzando en la experiencia de cada persona y le van permitiendo a la misma reconstruir y resignificar la pérdida; “La gente a menudo cree que las etapas del duelo duran semanas o meses. Olvida que son reacciones a sentimientos que pueden durar minutos u horas mientras fluctuamos de uno a otro” (Kübler-Ross & Kessler, 2023, p. 33).

Los autores anteriormente mencionados realizan una proposición teórica acerca de las cinco etapas por las que se atraviesa en un duelo. *La negación* como el momento en que la incredulidad se hace presente, en el que el doliente no es capaz de hacer el proceso consciente de reconocer la pérdida, no siendo este la negación misma de la muerte, sino, el estado de shock que se presenta después de esta. *La ira* entraría como uno de los momentos más invalidados, que provocan culpa y resentimiento, hacia sí mismos, y las personas implicadas con la pérdida, es el sentimiento en el que la impotencia es la protagonista, al pensarse que las cosas pudieron ser diferentes, y es una etapa necesaria para reconocer la dimensión de lo perdido y el rumbo de lo que se quiere a partir de ello.

La negociación permite un momento en el que el contacto con la realidad es más presente, sin embargo, a partir de este se intentan realizar algunos movimientos para tratar de revertir lo sucedido, es allí cuando el ejercicio mental para tratar de comprender más la situación es importante, debido a que, a pesar del sentimiento de culpa, el doliente debe aprender a reconocer lo irreversible de la pérdida. *La depresión* es el reconocimiento de lo abrupto del presente, y este, provoca un sentimiento de vacío y soledad. Finalmente, *la aceptación* es el proceso en el que el doliente ya es capaz de comprender lo que perdió y la realidad permanente que esta acarrea, no es la superación como tal de la pérdida misma, porque en muchos casos esto no se supera; no obstante, es la decisión autónoma de cada sujeto de decidir continuar viviendo, aceptando la realidad en que se encuentra.

Continuando con Freud, uno de los primeros teóricos del duelo, lo define en su obra “*Duelo y Melancolía*” (1993):

[Es] la reacción frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc. (...) [No se considera un estado patológico, se lo supera pasado cierto tiempo] y juzgamos inoportuno y aún dañino perturbarlo. (pp. 241-242)

El autor menciona que es un proceso que no puede solucionarse con facilidad, es por ello por lo que propone ciertas etapas, distintas a las ya conocidas, por las que se debe pasar no para la terminación como tal de la aflicción, sino, para la superación del mismo, en el que el “yo” se inhibe completamente para entregarse al mismo proceso. El primer momento del duelo sería la negación de la misma pérdida, para luego pasar al momento en que la realidad triunfa y el sujeto comprende la situación desde una mejor perspectiva, reconociendo lo perdido y emprendiendo el camino de la superación, esta segunda etapa requiere del tiempo y la energía vital de los dolientes, por lo cual es sumamente dolorosa y lenta. En un tercer momento, el individuo en duelo ya reconoce la inmaterialidad de su pérdida y comienza a recargar de significaciones psíquicas a aquello que ya no está, luego, como cuarto paso, encontramos el momento en que el sujeto realiza algunas distribuciones de la libido, su psiquis ya no se encuentra totalmente centrada en lo perdido, y finalmente se realiza una reubicación del dolor y de lo que no está, la propia subjetividad acepta la pérdida y elige de nuevo la vida.

Para el trabajo del duelo encontramos muchos mediadores, teniendo en cuenta que no todos los procesos son iguales y cada sujeto encarna el dolor desde su propia experiencia, es así como William Worden (1997) en su obra *“El tratamiento del Duelo”*, dice que el duelo es un trabajo activo, en el que se deben realizar diferentes tareas para superar el suceso de la pérdida, además, propone unos mediadores que son importantes de reconocer al momento mismo de emprender el trabajo de superación de una pérdida, como los son: La personalidad, la naturaleza del apego, en qué circunstancias ha muerto la persona, antecedentes históricos y variables socioculturales. Darles visibilidad a estas condiciones determinan la diversidad de experiencias que se pueden presentar, además, pueden ayudar a que el proceso de duelo pueda tramitarse de mejor manera. El duelo es una respuesta universal a una pérdida (o a una separación) a la que se enfrentan los seres humanos de todas las edades y de todas las culturas. Es una respuesta normal y natural; quizá no sería natural la ausencia de respuesta. Es algo personal y único y cada persona lo experimenta a su modo y manera (Pacheco Borella, 2003).

Dado lo anterior, queremos condensar las experiencias de los dolientes nombrándolos no de esta forma, sino sobrevivientes, pues hablar de la muerte de un ser querido por causa del suicidio implica una posición de valentía corporal, emocional e incluso estética en tanto el hecho es tabú y sinónimo de enigma. La identidad de género o la edad no son ni límite, ni frontera o cadena de fuerza cuando el dolor atraviesa a quien sobrevive con la pérdida y rememora el suceso acompañado de lágrimas, conmemoración y añoranza. Entenderse como sobreviviente es la errancia entre el cuerpo y el alma, es detenerse, pero también a veces acelerarse; es sentir; es vivir dentro del letargo que generan las emociones fuertes y es, quizás, darle un espacio a las respuestas que hacen taco en pecho y garganta, estómago y coyunturas. Es transitar entre verbos: pasado, presente y futuro en un solo discurso.

Con esto cobra un fuerte sentido la noción de sobrevivientes, pues tal como lo expone Ortiz (2018):

sobrevivir implica la conjugación de todos los tiempos, implica luchas, frustraciones, búsquedas, sueños y anhelos; implica saber que el pasado siempre está aquí y poder hablar sobre ello. Ese sobre que tiene la primera parte de la palabra sobrevivir, implica pues, la palabra y el cuerpo, el recuerdo y el olvido, el dolor y el amor. El vivir, la segunda parte de la palabra, es el ahora, es lo que son y en lo que se van convirtiendo, son los afectos, son las relaciones, son las formas en que ahora habitan el mundo; y es desde ese sobre y ese vivir que se transita por la vida. (p. 81)

En la aproximación teórica al duelo, resaltamos que este está acompañado de rituales que lo llevan a cabalidad. Mary Douglas (1973) en *“Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú”*, aborda el proceso ritual entendiéndolo desde las religiones, tomando el concepto de *“axis mundi”* que plantea la configuración de la vida cotidiana en torno a un centro que conecta con la divinidad. En este sentido, la autora propone que la religión se dispone bajo una lógica estructural y, en tanto profundiza en ello, despeja el panorama de los rituales dados bajo la visión de lo sagrado con la particularidad de cada estructura religiosa. Así pues, en su narrativa emergen dos planos de análisis: el orden y el desorden del ritual.

Douglas (1973) plantea que el ritual no se trata de un protocolo, sino que es un elemento que responde a un orden general consagrado en elementos religiosos para la población humana.

Las creencias y los ritos a los que la gente se entrega conducen a un propósito de reunir a las personas en una idea ordenada del mundo. Lo que se entiende como ordenado o desordenado del proceso ritual responde a las cosmovisiones del cuerpo social. En ese sentido, rituales como la eucaristía católica, por ejemplo, la cual intercede por el alma del fallecido/a configura un orden del plano terrenal y simbólico en tanto puede reunir a creyentes y no creyentes; los unos por su sistema de creencia y los otros en búsqueda de acompañar al doliente. Así pues, la noción de orden apunta a la capacidad de acción colectiva que garantiza la repetición sacra de una tradición espiritual aun cuando no todos profesan la fe.

Una vez abordada la propuesta teórica de la autora, cabe resaltar que es de interés para este ejercicio investigativo entender las prácticas rituales en torno al suicidio que se salen del orden religioso, y asir de ella para tratar de comprender las narrativas en torno a lo que pueda ser entendido como “desordenado”.

Entrar en el mundo de la ritualización de los duelos por suicidio es transitar por caminos pedregosos, pues demanda afilar la mirada de procesos aparentemente individuales que tienen de manera sustancial una potencia de orden social. Es así como se traen a colación a Finol et al. (2015), quienes dicen que: “La ritualización es, pues, un proceso complejo, mediante el cual un grupo cruza las fronteras entre conductas prácticas, tecnológicas y utilitarias y las conductas simbólicas, alegóricas e imaginarias” (p. 91).

Para acercarse a tales formas de ritualización, en diálogo con una aproximación a la antropología del ritual como lo hace Douglas (1973), pero esta vez desde las categorías de sagrado y profano; Mircea Eliade (2014), por su parte ayuda a comprender el valor simbólico de los objetos en los procesos rituales. El autor trae a colación el concepto de hierofanía, que se entiende como una aparición de lo sagrado, asunto importante en las narrativas del duelo, pues en estos procesos los sueños, por ejemplo, entran en juego. En ese sentido, el filósofo apunta que:

Desde las más simples formas hasta las más supremas hierofanías, se trata siempre del mismo acto misterioso: la manifestación de algo “completamente diferente” de una realidad que no pertenece a nuestro mundo, en objetos que forman parte de nuestro mundo “natural”, “profano”. Y más adelante argumenta que: “no se trata de veneración del objeto por sí mismo, la realidad de las cosas se transmuta, por el contrario, en realidad sobrenatural” y simbólica. (7)

Lo que plantea cobra relevancia en esta investigación, dado que los objetos en el proceso ritual hacen el salto de ser entendidos por sí mismos en la cotidianidad del mundo y caen en un entramado de matices que los cargan de significados nuevos que, además, dan pie a prácticas que conectan dos planos ontológicos diferentes. Los rituales están acompañados de signo y símbolo y los objetos de vivos y muertos tienen un papel importante allí.

Desde el autor se puede entender que algunos lugares se configuran como espacios sagrados. En concordancia con ello, una habitación, un parque o una zona específica de la ciudad, entre muchas cosas, son signo y símbolo importante para el proceso ritual de los dolientes. Lo anterior se fundamenta con una de las ideas observadas desde Eliade (2014), quien deja ver que la consagración tiene lugar a una ejecución ritual y que en el espacio sagrado tiene lugar la repetición ritual. Un ejemplo de esto puede ser cuando cada año conmemoran la muerte del suicida en un lugar importante para el grupo social y familiar o, entendiendo el espacio como símbolo, cuando cada año el “muro” de su cuenta personal de *Facebook* se llena de mensajes.

Con Salazar Carles en “*Antropología de las creencias: religión, simbolismo, irracionalidad.*” (2014), caminando por propuestas similares a las de Eliade (2014), pasamos a entender el lenguaje de los símbolos que, como se ha observado, no puede desligarse del proceso ritual. El autor plantea que algunos sucesos tienen siempre una causa, pero no siempre tienen un significado. Solo si somos capaces de ver una intención detrás se lo podemos atribuir. Podemos atribuir metafóricamente intenciones a objetos animados. Y en síntesis de la tesis planteada en su libro, concluye que el significado es el resultado de la combinación entre intención y lenguaje

Con lo mencionado anteriormente, el lenguaje cobra fuerza en los procesos rituales, pues este, al igual que cualquier otra institución cultural, es un producto social. A partir de él se determinan funciones sociales. Nombrar suicidio puede darles la vuelta a los rituales religiosos y en la comunidad, asunto de interés en este ejercicio de investigación.

Bien decía Arnold Van Gennep en “*Los ritos de paso*” (2008) que: “realizar ceremonias es preciso para dar ciertos cambios en los individuos. Son actos de un tipo especial, que suponen una cierta inclinación de la sensibilidad” (p. 15). Así pues, en tanto la investigación lo permitió, fue importante tener a la mano lo que plantea el autor y observar los cambios que permiten los procesos rituales individuales y colectivos.

Sumado a lo anterior, en cuanto a los cambios que llevan al individuo a ejercer un ritual y las repercusiones que esto implica para su proceso, entra en juego Byung-Chul Han, quien desde

“*La desaparición de los rituales: una topología del presente*” (2020), profundiza un poco más en los rituales contemporáneos. El coreano plantea que los velorios y entierros funerarios son ritos de cierre que día a día se limitan y con ello tienden a desaparecer. Uno de los argumentos centrales expone que la razón de esto se debe a que los seres humanos le temen a la muerte y, por lo tanto, apresuran todo lo relacionado con ella. Además, trae consigo el capitalismo como factor de contención social que limita los procesos mortuorios, pues hemos perdido el sentido ritual, porque no se nos permite cerrar. Estamos a merced de la continuidad productiva que demanda el sistema como prueba de nuestra existencia.

El autor propone apostarle a la permanencia con prácticas que mantengan la esencia simbólica de perdurar en una sociedad dada a la inmediatez y lo efímero, ya que la pérdida de los ritos significa, a su vez, la pérdida del espacio y el tiempo; pues los ritos son buena parte de lo que nos permite construirlos y con ellos se conecta el presente con un pasado específico, por lo cual el filósofo propone como estrategia para ello darle valor simbólico a las fotografías, por ejemplo. Todo esto conduce a preguntarse por las prácticas simbólicas que se instauran en los individuos en la contemporaneidad, y que anudado al postulado de Han (2020) y el abandono de los rituales tradicionales dan cuenta de nuevas formas en que los sujetos, a través de su psique y elementos culturales, resignifican sus emociones y las maneras en que habitan el mundo. Así, las prácticas simbólicas se pueden definir como ese conjunto de acciones y movimientos con carga emblemática y particular que apropian los sujetos para conmemorar y darle significado a algo que es relevante en sus vidas de forma eficaz, habiendo una ruptura en ese carácter tradicional que conlleva el rito:

Se trastocan elementos de corporeidad que no son intensamente observados y que perturban el orden del rito, por lo que vale la pena esgrimir una resignificación del acontecimiento en función de universos locales de sentido y manifestaciones de prácticas cotidianas, diferenciadas al momento de ser objeto de la masificación mediática. (Mercado & Guerrero, 2007, p. 246)

Estas acompañan a una serie de materialidades colmadas de intencionalidad, siendo tangibles e intangibles, que se hacen presentes para permitir al sujeto tramitar su sentir, tanto en el ámbito público, como privado.

En síntesis, tomando como puerta de entrada este bagaje teórico sobre el suicidio, el duelo y el proceso ritual, se busca indagar el fenómeno condensando estos tres elementos (y las ramificaciones que vienen con ellos) en el marco de una mirada antropológica.

4 Metodología

En los ejercicios investigativos que se preguntan por las subjetividades de las personas, donde las concepciones sociales median las dinámicas del contexto, se encuentra una tendencia de investigación de tipo cualitativo. En ese sentido, el presente trabajo se enmarca en este enfoque de investigación, pues busca, desde la subjetividad de los dolientes por suicidio, identificar las transformaciones que se han generado en los procesos rituales en relación con la influencia que han tenido las dinámicas contemporáneas.

En ese sentido, en tanto nos preguntamos cómo son los rituales del duelo por suicidio en Medellín actualmente, esta investigación requiere de una estrategia metodológica en la cual los sobrevivientes desde su intimidad y en concordancia con el contexto que les atraviesa son el centro de esta investigación, para así tratar de acercarnos a la lectura de realidades diversas que componen los procesos rituales de un fenómeno tan complejo como el suicidio. Con lo anterior, el método investigativo por el que se optó es el etnográfico, pues desde nuestra formación entendemos que la etnografía permite un panorama amplio de posibilidades para acercarse a las particularidades de los sujetos y de esta manera, entendernos en nuestro quehacer como parte del engranaje. La idea clásica de la etnografía, que consistía en ir a territorios alejados del habitual para el investigador, quedarse muchos meses en campo para registrar las diferencias culturales, ha dado un giro y desde acá vemos que la idea del campo en lo etnográfico es, como lo podemos confirmar con nuestra experiencia, un ejercicio de múltiples voces que implica poner sobre la mesa la forma en que nos entendemos y la forma en que entendemos a los demás, para así marcar un vértice que une los caminos de la particularidad y con ello tratar de lograr no solo a un ejercicio descriptivo, sino a un compendio de códigos que la observación y el diálogo permiten comprender y rotular, pues como dice Mora Nawrath (2010):

el objeto de estudio de la antropología corresponde a una construcción particular que ésta realiza respecto del "otro", con base en supuestos filosóficos y premisas teóricas animadas por el conocimiento directo o indirecto de las distintas o diversas realidades, que lleva a responder la interrogante de quién es ese otro, y qué lo hace diferente. (p. 4)

La etnografía nos permitió entender que investigar es una colcha de retazos que se construye con telas de diferentes colores; ¿acaso el hecho de concretar un encuentro, definir el día, la hora, el café o el agua a ofrecer, no dispone el despojarse de la cotidianidad y entrar en la de quienes colaboran en esta investigación? ¿no son estos elementos retazos del montaje final? Pues:

La etnografía, requiere un anclaje en la experiencia de vida y sentido del grupo, no a la manera de una paráfrasis del mundo social (describir lo que la gente dice, hace, y dice que hace), sino considerándolo como el espacio en el cual se sitúa la información que permite contrastar o construir hipótesis, efectuar inferencias, elaborar conceptos o desarrollar teorías sustantivas o en vías de formalización (STRAUSS & CORBIN 1998 [2002]). (como se citó en Mora Nawrath, 2010, p. 16)

De forma tal que desde allí encontramos un camino que nos llevó a aproximarnos a la observación de las formas en que son ritualizados los diferentes duelos individuales y en colectivo por parte de los sobrevivientes del suicidio, examinando las materialidades y los procesos simbólicos puestos en escena que les permiten a cada persona tramitar su pérdida, pues tal como lo plantea Galeano (2003):

[Es importante desarrollar] un contacto directo y permanente con los actores y escenarios (...) porque su interés radica, precisamente, en comprender desde ellos y desde la observación de sus acciones y comportamientos el conocimiento que tienen de su situación, de las formas que utilizan para enfrentar la vida diaria, y de los escenarios de futuro que intentan construir. (p. 19)

Por tal razón, esta investigación tuvo dentro de sus participantes a siete adultos sobrevivientes por suicidio entre los 23 y los 40 años, quienes tejieron un vínculo en la ciudad de Medellín con él o la suicida y donde también han vivido parte de su vida y se ha forjado parte de su identidad, con quienes logramos tejer comunicación luego de la utilización de medios digitales (como nuestras redes sociales) donde expusimos el tema a trabajar. Es por esto que conocimos el valor de comunicar las cosas, si no nos hubiésemos atrevido a poner en *X* (antes *twitter*), *facebook*, *instagram* y *whatsapp* un pequeño mensaje, no hubiésemos estado en este punto (ante la escritura).

Cabe decir que es importante ser claros y concisos en los mensajes de invitación a colaborar con el trabajo de grado, para no caer en confusiones, este fue nuestro mensaje:

Hola, mi amix y yo nos encontramos en proceso de trabajo de grado. Nos gustaría conocer los rituales (acciones para conmemorar) nacientes del duelo que han realizado quienes han tenido un cercano que haya muerto por suicidio. La idea es generar un espacio de escucha y conversa (no es terapia) en torno al tema. ¡Déjanos un mensajito si nos quieres ayudar!. (Palacio, 2023)

Pasamos de no tener campo a tener en la agenda dos o tres entrevistas por día. Con lo anterior entendimos que las investigaciones se mueven con la cotidianidad de la gente y las redes sociales hacen parte de ello; lo virtual no es ajeno a lo real y desde allí también se puede abrazar la palabra (la escritura). No hay que huirle al hecho de hablar del tema a trabajar, pues en el mundo hay un montón de personas esperando por escuchar de él, por ayudar, y qué mejor que el plano de lo virtual para lograrlo.

Dada la complejidad del tema, y entendiendo que debe primar la integridad de los investigadores y los participantes, como un criterio ético, académico, de recolección y comprensión de la información, la etapa inicial del campo se pensó de la siguiente manera: antes del encuentro con sobrevivientes, nos reunimos con (4) psicólogos: El profesor Orlando Arroyave, la profesora Victoria Eugenia Diaz, Julián Cardona de la Unidad de Duelo de la Funeraria San Vicente de Medellín y Melissa Restrepo quien es fundadora del centro psicológico “Casa Adentro”; de manera paralela, nos reunimos con el profesor Ramiro Delgado del departamento de antropología de la Universidad de Antioquia, quien ha estudiado la antropología de las religiones, rito y ritual. En ese sentido, las conversaciones con estos profesionales les hacen a ellos parte de esta investigación. A la par que nos aportaron contexto, información del campo académico de cada uno, también dieron criterios de cuidado y autocuidado y alertas para el encuentro con los sobrevivientes. Sumado a ello, consideramos importante prepararnos para las entrevistas, asistiendo a un curso de primeros auxilios psicológicos dictado desde Bienestar Universitario y de esta manera adquirir herramientas para enfrentarse a posibles situaciones de crisis o complejas que pudieran aparecer en el contacto con los sobrevivientes.

Dicho lo anterior, dentro de las técnicas de investigación, las entrevistas semiestructuradas fueron lugar de partida para la recolección de la información de esta monografía, pues, desde allí logramos indagar por los procesos de ritualización del duelo en cada individuo, ya que:

Este tipo de entrevista facilita la recolección y el análisis de saberes sociales cristalizados en discursos, que han sido construidos por la práctica directa y no mediada de los protagonistas. Asimismo, y como dice Greele (1990) posibilita que este análisis se dé a través de la experiencia que del tema poseen un cierto número de personas que a la vez son parte y producto de la acción estudiada. (como se citó en Tonon, 2009, p. 50)

Estas entrevistas se llevaron a cabo una vez puestos en contacto con los participantes quienes de manera voluntaria hicieron parte de la investigación. Concretar los espacios en las agendas, coordinar los lugares de encuentro presenciales y virtuales, dentro de los que se resaltan el campus de la Universidad de Antioquia y *google meet* respectivamente, configuró un ejercicio de campo donde los investigadores afilamos el valor de la confianza y el respeto en y hacia los sobrevivientes, donde era fundamental la comodidad. Así pues, cada entrevista partió con unas preguntas base cuyo orden variaba dependiendo la atmósfera que tomaba el encuentro. El carácter de semiestructuradas permitió que el espacio diera lugar a conversaciones que se movían con espontaneidad por cada tema previsto y por temas que no fueron contemplados en un inicio, pero que resultaron importantes de abordar.

Sumado a ello, la observación participante de los procesos rituales fue una técnica clave en el proceso, ya que permitió no solo triangular la información encontrada en la revisión documental que también fue en un inicio una técnica de investigación que implicó el fichaje bibliográfico y facilitó la revisión de los contenidos en asesoría, sino que nos permitió ahondar en los contextos que ayudan a evidenciar las subjetividades de las personas.

Dentro del campus universitario cada tanto se evidenciaban pequeños altares en conmemoración de estudiantes fallecidos; tan pronto nos aproximamos a revisar las materialidades utilizadas, las personas comentaban la causa de la muerte y en algunos casos esta era producto del suicidio. El registro fotográfico de estas manifestaciones y la mirada atenta a los símbolos acompañados del relato oral nos llevó a aproximarnos a unos hallazgos parciales. Estar frente a los altares siempre resultó un ejercicio confrontador, pues como investigadores lo que menos

esperamos es ser intrusivos o faltar al respeto de quienes los hacían o de quien ya no está, por lo cual, antes de acercarnos, evaluamos todo desde lejos, lo conversábamos y definimos la pertinencia de acercarnos. Si bien en los acercamientos la pena, la timidez y el temor a hacer daño se apoderaban de nuestros cuerpos y mentes, siempre recordábamos la manera en que empezó este camino, esto es: querer que quienes conozcan nuestro trabajo identifiquen que siempre se puede hacer algo para sobrevivir después de la pérdida de un ser querido por suicidio; que desde la antropología hay herramientas de las cuales podemos agarrarnos individual y colectivamente.

También cabe resaltar que dentro de la espacialidad de esta investigación está latente la observación de espacios virtuales como son las redes sociales, esto con el fin de indagar en los procesos y los registros de los mismos llevados por los dolientes. Previo a las entrevistas nos dispusimos a revisar las redes sociales de los sobrevivientes, esto con el objetivo de identificar algún tipo de conmemoración para luego profundizar en las entrevistas. Luego de las entrevistas, donde los participantes comentaban fechas conmemorativas en relación con la vida y la muerte de quien se suicidó, también revisamos en las mismas la manera en que desde allí manifestaban o no su proceso de duelo. En consecuencia, con esto, se resalta la importancia de la implementación de diario de campo acompañado de la grabación de audio y video y del registro fotográfico, con el fin de propiciar un ejercicio reflexivo y de análisis de los resultados encontrados.

Las transcripciones de las entrevistas fueron puestas en el software de análisis cualitativo *Atlas.ti*, en el cual pudimos clasificar la información en familias de códigos las cuales arrojaron una suerte de red de hallazgos entre lo dicho por cada una de las personas, es decir, agrupando las nociones en las que coincidían, y de allí se llevaron a la discusión que alimentó las categorías de análisis que trajeron las consideraciones finales de esta investigación.

Una de las particularidades de este trabajo es que la temporalidad estuvo marcada por cada uno de los sobrevivientes de manera particular, es decir, no hay un rango cronológico que encasilla a todos, ya que para nuestro análisis no cobra relevancia si el hecho ocurrió hace 10, 20 años o uno; pues, la mirada en el proceso ritual depende de la cantidad de tiempo requerido para quien lleva el duelo y la manera en que el doliente lo lleva a cabo dentro de las dinámicas contemporáneas. Esta decisión, en términos metodológicos, facilitó nuestra búsqueda.

Anudado a lo dicho, el análisis de las imágenes de las redes sociales, las compartidas por las personas en las entrevistas y las realizadas por nosotros en la observación de los altares o eventos conmemorativos, permitieron trazar una conexión existente entre el relato hablado, la

materialización de los mismos y la potencia de los símbolos y signos encontrados. Las imágenes fueron corroboración de datos y, a su vez, datos.

Finalmente, el resultado escrito de esta investigación, es decir, los apartados de las entrevistas dentro de la monografía, fue compartido con los sobrevivientes quienes manifestaron su posición frente al uso de la información dada por ellos y plasmada en estas páginas. Luego de terminar la escritura de la monografía, le pedimos a cada participante un espacio para socializar los resultados; por cuestiones de tiempo y facilidad, todos prefirieron que fuese de manera virtual. En estos espacios vía *meet* dimos paso una vez más a la conversa, compartimos los hallazgos de esta investigación, dimos contexto de las citas que tomamos de las entrevistas e hicimos lectura en voz alta. Cada persona hizo las sugerencias que creyó convenientes, lo cual ayudó a pulir la escritura y, lo más importante, a que se sintieran cómodos con su participación en este ejercicio antropológico. De esa manera se buscó propiciar una comprensión y apropiación por parte de todos los participantes del conocimiento que emergió de la investigación; esto implicó hacer del análisis de la información un proceso constante y no una etapa posterior al denominado trabajo de campo.

Queda por decir que estamos en una sociedad que es muy demandante académica y profesionalmente y esto marcó cambios en los tiempos de la investigación. Con cada encuentro corroboramos que el método elegido fue un acierto, porque justo permitió reflexionar sobre esta arista de una sociedad demandante. Además, agregamos que realizar este trabajo en pareja permitió desarrollar las estrategias para saldar la ejecución del campo, por ejemplo, lo ideal siempre fue realizar los encuentros y entrevistas juntos, pero en ocasiones, por motivos académicos, laborales y de tiempo tanto de investigadores como de participantes, fue necesario que uno de los dos se hiciera cargo solo y repartir responsabilidades, que luego eran evaluadas en conjunto dentro de las reuniones con nuestra asesora y por fuera de ellas.

5 Resultados

Capítulo 1. Cuando llega la niebla.

Es importante comenzar hablando de lo que nos convoca en el presente trabajo y que conforma el cuerpo esencial del mismo: el duelo, el suicidio y los sobrevivientes son el sistema que a partir de su profundización va construyendo la estructura que nos permite observar cada variable y elemento que contienen, yendo desde lo que es la conceptualización y configuración del duelo y lo que implica asumirlo aún más cuando es por un fallecimiento por suicidio, reconociendo y poniendo sobre la mesa todas las implicaciones, momentos y significados que ha tenido el suicidio históricamente tanto en épocas antiguas como en tiempos contemporáneos, para finalmente nombrar a esas personas que contraen el duelo y el suicidio como una estela que marcó sus vidas y que a partir del proceso mismo de tramitarlo y reconocerlo se convierten en sobrevivientes, en personas que viven en medio de la oscuridad que trae consigo la muerte, sobre todo la muerte de quien ha decidido no vivir más.

Duelo

Escribir sobre el duelo, que se considera una etapa (presente en incontables momentos de la existencia), implica buscar en la vida propia el sentido de la palabra y de esta manera intentar una aproximación a lo que socialmente nos convoca respecto a ella. Así pues, si bien el proceso de cada persona es particular, hay una certeza que nos pone como iguales en torno a ello y se trata de que todos sentimos dolor.

Al revisar la etimología del término "duelo", vemos que se origina en dos raíces latinas, "*dolus*" y "*duellum*"; la primera hace referencia al dolor, a la vertiente más psicológica (Pelegrí & Romeu, 2011, p. 134), a partir de este se desglosan un sin fin de sentimientos y emociones diversos, que lo hacen particular en cada sujeto que se encuentra sobrellevando una pérdida. Como indica Worden en "El tratamiento del duelo" (1997), este es un proceso, más no un estado, y esto implica tomar acciones con respecto a la evolución del mismo para la tramitación de la pérdida que se irá desarrollando a lo largo del tiempo, teniendo en cuenta que afortunadamente no es un estatus permanente que encadena la vida de los sujetos y no les permite continuar eligiendo la vida como

opción después de un suceso traumático como lo es el suicidio. El duelo suele iniciar desde el momento en que se asume que hay que usar las herramientas y energía necesarias para gestionar todo tipo de aflicciones que el vacío de la muerte del ser querido haya dejado, implica entregarse de forma consciente a una montaña rusa de emociones, en la que muchas veces se establecerán interrogantes, alivios, culpas, miedos, silencios. El duelo es la constitución de momentos en la vida fragmentada y desubicada de un sujeto por la pérdida, donde el espacio, el tiempo y las acciones cobran un sentido diferente al que se está acostumbrado, es un estado liminal en el que la vida no vuelve a ser la misma y re-configura la psiquis de los individuos; “el duelo cumple con una tarea mental muy específica, devolver el equilibrio psíquico al doliente y anteponer paulatinamente los límites temporales que permitan reorganizar sus vidas y sus sistemas de creencias” (Quagliata, 2015, p. 37).

El duelo funciona como un componente de hallazgos del sujeto con su propio yo, pero además, con el mundo que le rodea, debido a que el proceso no implica enfrentarse solo con la pesadumbre de la ausencia del otro y todo lo que ello involucra, sino también, verse de cara a sí mismo como persona activa en las decisiones que el otro haya tomado, lo que da paso al reproche y severidad en juzgarse a sí mismos, pues, el sobreviviente siente que no hizo lo suficiente para detener o apaciguar el dolor y la angustia de ese ser querido que perdió. Es a partir de allí, que cada individuo en duelo emprende una búsqueda, impulsada por la culpa, en la que trata de conectar todos los sucesos para intentar ubicar en qué falló, y qué acciones pudo realizar para salvar la vida de ese objeto de amor que ya no está, tratando de situar y resignificar, lo que es su vida, el vínculo con lo perdido, y el relacionamiento con los otros en adelante.

Algo importante a acotar es que en el duelo no siempre existe dolor, pero si está fomentado por la ausencia de lo perdido, en el que los sobrevivientes a través de múltiples, ambiguas y diversos sentimientos y emociones emprenden el proceso de ir elaborando desde sus particularidades, porque son momentos y circunstancias únicas en las que cada uno sabrá qué elementos de la vida propia y de ese ser querido toman para afrontar su partida.

Uno de los primeros instantes del duelo es enfrentarse a la realidad, una que se impone de tal manera que desestructura todo lo que compone la vida del sobreviviente en el momento, y es: mi ser amado ya no está, ha decidido él mismo acabar con su vida. ¿cómo reconocerlo y asumirlo? ¿qué hago con todo esto?... Se inicia un proceso de negación en que la persona se disocia completamente con esa verdad que se le enseña, haciendo ejercicios psíquicos para tratar de

oponerse a ella. Los sobrevivientes nos hablaron un poco de ello, y como al enterarse de los hechos no había un reconocimiento total de los mismos, el shock de la pérdida hacía tanto ruido, que no les permitía escuchar con claridad lo sucedido. Víctor Guzmán, estudiante de licenciatura en filosofía de la Universidad de Antioquia nos narra cómo fue su experiencia al enterarse de la muerte de Camilo, su amigo:

Lo particular de este suceso tan trágico fue que yo fui el primero en enterarme, me tocó esparcir la noticia trágica, entonces fue muy duro para mí porque no terminaba de asimilar el golpe y tenía que empezar a contarle a todos, y ellos tampoco asimilaron el golpe, entonces su no asimilación implicaba en mi incredulidad, entonces era como todo el tiempo... yo reconozco todo el tiempo que sí, que acaba de fallecer mi amigo, y tener que avisarle a otros amigos que él ha fallecido, entonces fue como un *guarapazo* muy duro, y también fue porque una cosa es que te lo digan, y otra cosa es vivirlo y saberlo, esa certeza de que efectivamente falleció, no lo vas a volver a ver nunca; entonces fue un momento bastante duro para mí. (Comunicación personal, 25 de julio de 2023)

Pasar por una pérdida implica un proceso doloroso, que desajusta toda la vida del sobreviviente y lo pone en la situación de tener que volver a rearmarse, se cree que la vida ya no tiene sentido y que el mundo sin el ser amado es ahora más hostil y no vale la pena vivir sin este. Una persona en duelo puede llegar a creer que la vida no será la misma, que nunca dejará de estar triste, que nunca esa partida dejará de doler, Melissa Restrepo nos cuenta un poco su experiencia como psicoterapeuta:

Entonces los sobrevivientes al suicidio me han dicho: el tiempo se congeló, el tiempo no volvió a ser lo mismo, ni el cronológico, ni el tiempo en mi cuerpo, en la maduración de mi cuerpo, ni en las vivencias que yo empiezo a tener en la vida, ni en las experiencias, algo se pausó y yo todavía no encuentro qué es, se congeló. (Comunicación personal, 10 de junio de 2023)

Y es así como se entrega toda esa carga a los sentimientos de tristeza, completamente necesarios dentro del proceso, porque se encuentra imprescindible llorar, enojarse, preguntarse, y

volver a ello las veces que sean necesarias para ir elaborando y reconfigurando el vacío de la pérdida.

El duelo al no ser algo lineal y no constar de una norma, tiene momentos en los que los sobrevivientes vuelven a los hechos, a la pérdida, a los objetos, a su ser amado y rumian con respecto a ello para tratar de encontrarse en el vínculo con lo que ya no está presente en su vida, es por eso que estos suelen realizar acciones repetitivas, en cada momento encontrándose y desencontrándose con lo que lo conecta al fallecido, para esto se usan todos los recursos materiales e inmatrimiales que le permitan al doliente sentirse cerca de la unión, y de alguna forma no superar ni olvidar lo sucedido, pero sí resignificar la vida y la muerte, a través de un trabajo constante, de revisión del suceso, de las vivencias juntos y de la vida que se viene sin esa persona.

De igual manera algunos sobrevivientes vuelven mucho a los hechos, como una forma de reencontrarse con el dolor, Elena Trujillo nos habla un poco de como fue el perder a su hermana, y como a través de su proceso volvía a aquel lugar para recordar a su ser querido, pero con el tiempo dejó de ser una constante en su vida para continuar con el curso de la misma:

Pero también quizás eso haya sido lo que hizo que perseverara tanto tiempo ese dolor, porque claro, o sea, la habitación no tenía como mayores cambios, aparte de que le cambiábamos la pintura o algo así, pero ahí estaba la viga de donde se colgó... Entonces yo me acostaba todos los días veía eso y pensaba: eh, ahí tenía sueños y ese tipo de cosas... Pero nunca desde el miedo, pero quizás eso sí era lo que me mantenía como muy vivo ese dolor y ahora hoy en día, pues no, no visitamos esa casa, no creo que mis hermanas lo hagan tampoco. (Comunicación personal, 20 de julio de 2023)

A través del duelo se configura algo que es muy significativo, y es el recuerdo y la constancia del mismo, los sobrevivientes nos hablan de formas en que este siempre está presente en su proceso y como en ciertos momentos se hacen jugadas dentro del espacio-tiempo para tener la concurrencia de lo que fue su ser amado en la vida, como lo menciona Camilo Ibáñez:

Para volver a la memoria... bueno esto sí ha sido muy recurrente, ella lleva aproximadamente tres, cuatro, cinco años de muerta, entonces digamos que cada aniversario a mí me gusta ver las fotos de ella, pero como ella no tiene redes sociales, pues

lo único que yo veo es en el Facebook de la hermana, muchas veces comparten como: “tantos años de tu partida”. Entonces me gusta ver las fotos que comparten como para recordar, y como recordarla; recordar en sí momentos juntos que pasamos, pero yo creo que eso fue como un paso del duelo, como la memoria: recordar, recordar, recordar y pues lo típico de siempre: llorar, llorar, llorar y escuchar música triste. (Camilo Ibáñez, comunicación personal, 18 de julio de 2023)

En el duelo la presencia simbólica de la persona se manifiesta en todo momento, los sobrevivientes a través de todos sus momentos y emociones latentes tienen en cuenta su ser querido, tanto en la rabia, la tristeza, la alegría, etc. y esos mismos procesos de memoria van permitiendo volver al vínculo, pero sobre todo, a reconocer el dolor de la misma pérdida e ir reconfigurando lo venidero a partir de él, porque hay algo fundamental dentro del duelo y es asumirlo, entender que suele ser doloroso, que desarraiga y descompensa la fuerza psíquica, pero que si se toma como una tarea constante y consciente puede ayudar al sobreviviente a continuar, sin necesariamente olvidar.

Uno lo recuerda mucho no solamente como en la memoria en sí misma, como de aquellos elementos que nos pueden recordar a él, como son la música, los pensamientos... sino también incluso en cualquier cosa que nos pase en la vida, como que evocamos mucho a él también. (Colega anónimo, Comunicación personal, 18 de julio de 2023)

Con el tiempo y el trabajo que implica encontrarse en duelo, los sobrevivientes hablan de formas en que la aceptación hace parte del mismo proceso, y a través de esto y la ya mencionada resignificación, empiezan a intentar darle respuestas a sus preguntas, o por lo menos, a tratar (no completamente, porque casi siempre quedan incógnitas) de entender las razones de por qué su objeto de amor tomó esa decisión, pero la aceptación misma va haciendo que los sobrevivientes se reconcilien y hagan las paces con los hechos, como lo enuncia un amigo de Ramón, quien a través del humor ha ido aprendiendo a tolerar el dolor:

Como que él no quería estar encerrado (contexto pandemia COVID - 19), ¿uno para qué está encerrado si mejor se va?, obviamente uno lo decía molestando, pero también estaba como el tomárselo de esa forma, obviamente seguía doliendo, seguía el duelo, seguía el

dolor, pero sentía también que eso nos permitía un poco de pronto como llevarlo de una forma mucho mejor, como mucho más fácil que no fuese tan doloroso. (Comunicación personal, 18 de julio de 2023)

La vida después de una pérdida no vuelve a ser la misma, lo que quedó del vínculo, del ser amado y del sobreviviente como persona debe ser resuelto a partir de las herramientas que se usen para la elaboración del duelo, como ya se mencionó, el duelo es un estado liminal en que la vida se transforma, hay un antes y un después de aquel quebranto, y alterará la forma en que concebimos la vida y el mundo de forma significativa. En muchas personas, ocurre lo que expresa Melissa Restrepo:

Es gente que no se vuelve a vincular igual en la vida con el otro, y que hay algo inscrito, arraigado y es que hay un miedo a la pérdida, o sea, si ya se fue quien decía amarme, si ya se fue quien decía que iba a estar conmigo, se fue porque se suicidó, se murió, ¿qué le voy a creer a usted?... Hay sitios donde uno renuncia porque ya la vida no vuelve a ser la misma y es imposible sostener estándares o recursos, sostener personas o lugares, situaciones donde antes se habitaba distinto, pero ya ahora no es necesario. Son personas que hacen cambios radicales. (Comunicación personal, 10 de junio de 2023)

Anudado a lo anterior, Mateo Ruiz, periodista de la Universidad de Antioquia, nos habla de su experiencia, y cómo desde que perdió a su amigo Jony por suicidio, su vida se reconfiguró y dejó de volver a los espacios y momentos que habitaban juntos:

Es que yo después de Jony no volví a leer poesía... Bueno, era un café-bar-librería, una mezcla muy rara, pero yo mantenía mucho ahí, yo iba mucho, y los primeros meses después de la muerte de Jony también iba, hasta que empezó a molestarme, o sea, hasta que empezó como a generarme ruido, como que lo empecé a asociar también con la muerte de Jony, entonces como que dejé de ir. (Comunicación personal, 21 de julio de 2023)

El duelo no implica la superación total de lo sucedido, los sobrevivientes con los años continúan regresando a los hechos y teniendo muy presente al ser querido en sus vidas, la

conversación sobre la superación y sanación, muy mencionada en tiempos contemporáneos no es del todo cierta, las redes sociales y los medios han hecho pensar que hay una sola forma de hacer las cosas, y que esta es la sanación total y el olvido, lo que ha puesto a muchos sobrevivientes en estado de conmoción, y se preguntan: si han pasado tantos años... ¿por qué esto sigue estando tan presente en mí?

No se dispone de una respuesta a la pregunta de cuándo se ha terminado un duelo. Más bien, debe considerarse que es imprescindible haber completado las etapas; un punto de referencia de un duelo acabado es cuando la persona es capaz de pensar sin dolor en el fallecido, cuando la persona puede volver a invertir sus emociones en la vida y en los vivos. (Meza et al., 2008, p. 29, como se citó en Quagliata, 2015, p. 37)

El proceso de aceptación del duelo no implica como tal una sutura de la herida emocional, sino que todos esos sentimientos, emociones, recuerdos son reubicados, tanto en lo material, como en la psiquis, como en la forma en que se vincula, entre otros, Elena Trujillo, ingeniería y sobreviviente lo expresa de la siguiente forma:

Nunca es un tema que vos decís como que sí, hoy ya lo superé, entiendo y toda la cosa. No, porque siempre vas a tener momentos en los que hay recaídas, cada vez menos fuertes, pero igual vas a sentir la ausencia de esa persona y te vas a preguntar cómo hubiera sido mi vida. (Comunicación personal, 20 de julio de 2023)

Por último, es menester hablar de la importancia que tiene el acompañamiento en el duelo y de una fuerza en común de la cual sostenerse en momentos en que se sienta que no se puede con tanto, ¿cómo lidiar con que mi objeto de amor ya no haya querido seguir viviendo? Algo clave en el duelo por muerte, en este caso por suicidio, es que es un punto crucial en la vida de muchas personas, y todas enfrentan, aun con sus particularidades la aflicción; he ahí lo valioso y significativo que representa la compañía de los otros que están atravesando por la misma situación para la confrontación de este:

el grupo cobra importancia para la creación de nuevos vínculos y como un espacio de

contención para las angustias del vacío frente a la nada. Asimismo, como un lugar de encuentro para la recreación y para pensar las perspectivas de futuro, lo cual fortalece al yo. (Quagliata, 2015, p. 144)

Suicidio

Todo suicidio encierra un mensaje para los que se dejan atrás. Los que lo quisimos no sabremos jamás hasta dónde cupimos en sus últimos pensamientos, ni qué palabra alcanzó a musitar para nosotros. (Bonnett, 2013, p. 79)

Enunciar el suicidio y todo lo que le rodea es inmiscuirse en un mundo de complejidades, que ni siquiera son fáciles de enunciar, por el tabú y el estigma que aun en tiempos contemporáneos en los que existe un retórica constante acerca de la salud mental, el suicidio continua bajo las sombras, y no es ajeno, pues se evita hablar de este por temas de prevención y efecto rebote (según el cual, se considera que entre más se escuche hablar de ello y no sea comunicado de formas responsables, quien es el receptor empieza a considerarlo como una opción para su vida). Sin embargo, la pregunta en esta investigación va más allá y va dirigida a la pregunta vital que se suelen hacer los sobrevivientes: ¿cómo lo nombro si fue mi objeto de amor el que cometió suicidio?

Por lo mismo que es un tema aún difícil de formular, las ciencias sociales, a parte de la psicología, no se han interesado en explorar ampliamente sobre este y hasta tiempos actuales es que han empezado a salir a la luz algunas investigaciones que buscan, en su mayoría, la muestra de cifras, riesgos y prevención. El suicidio muchas veces es explicado como la derivación de múltiples enfermedades mentales, es decir, desde lo patológico y problemas diversos en la cotidianidad de los sujetos quienes lo consideran, pero no como un fenómeno social bastante presente que altera las dinámicas culturales y colectivas, y mucho menos se habla de la manera en que genera un duelo tan profundo en la vida de quienes sobreviven al fallecimiento de un familiar, que resulta menester examinarlo como un fenómeno antropológico, debido a que este tiene mucho que decir de la vida, de la muerte, de las alteraciones en dimensiones sociales y culturales, pero sobre todo, de cómo desarraiga al propio ser humano ante una pérdida de estas.

El suicidio ha sido concebido de distintas formas en las diversas culturas del mundo y va ligado a las ideas de muerte que desde una concepción antropológica comprende esta como la culminación de un proceso biológico, en el que todo el funcionamiento orgánico de un ser humano se pausa, de allí cada cosmovisión y cosmogonía local emprenderá acciones con respecto a ese deceso. De tal modo “la muerte tiene lugar en un contexto social, en función de organizaciones, definiciones profesionales del rol social, interacción y significado social. El significado de la muerte se define socialmente” (Caycedo, 2007, p. 332).

Desde la antropología la muerte ha sido estudiada desde las particularidades de cada sociedad, y la forma en que estas asumen el fallecimiento de su ser querido, la dimensión de sus creencias y como éstas conducen a ciertos rituales que llevan a cabo para cuidar tanto el alma de quien murió como la vida de quienes quedan, como lo menciona Louis-Vicent Thomas (1991) en su libro “La muerte: Una lectura cultural”: “los ritos funerarios, comportamientos variados que reflejan los afectos más profundos y supuestamente guían al difunto en su destino *post mortem*, tienen como objetivo fundamental superar la angustia de muerte de los sobrevivientes” (p. 115).

El suicidio se ha encontrado presente a lo largo de la historia y ha hecho parte de historias heroicas, pero al mismo tiempo ha sido condenado y actualmente siquiera nombrarlo es un acto censurado, pero cada sociedad y cultura posee en todo su entramado y cosmovisiones prejuicios y tabús diversos con respecto al acto de atentar contra la propia vida. Este fenómeno funciona actualmente como una especie de incesantes esfuerzos del gobierno, instituciones de salud y organizaciones para evitar que las cifras disminuyan a partir de programas y políticas de salud pública que incentivan al mejoramiento del bienestar mental; sin embargo, también es importante preguntarse por quienes quedan y el drama que atraviesa sus vidas al haber perdido a alguien por suicidio.

El suicidio en Colombia puede ser interpretado desde políticas gubernamentales que buscan estudiar el riesgo de la conducta suicida y la prevención de la misma, recopilando datos y variables como la edad, el sexo, la religión, el género, entre otros para implementar proyectos para obtener una perspectiva más amplia, es así como lo nombra Zamora Díaz (2021, p. 3) que “de este modo, la gran cantidad de datos recopilados y divididos en categorías a partir de la encuesta, propiciaron la consolidación de una epidemiología del suicidio a nivel nacional”. Sin embargo, en la sociedad aún continúan habiendo ciertas reticencias con el tema, enfocándonos en que Colombia siendo un estado laico, y su población siendo fiel a vivir en el país del sagrado corazón, continúan persistiendo

las costumbres de la Iglesia Católica Apostólica Romana y las ideas de que acabar con una vida, y en este caso, la propia, es pecado. Antiguamente, desde aproximadamente los años 1800 en Medellín en diferentes cementerios de la ciudad como el San Pedro y el cementerio Universal los suicidas eran excluidos de los ritos *post mortem*, siendo enterrados en lugares apartados de los cementerios, llamados popularmente como “muladares”, lo que es definido por la RAE como los lugares donde las personas suelen tirar la basura o el estiércol, lo que funcionaba al tiempo como un impulsor de la estigmatización con la que cargaban las familias “victimas” de la transgresión contra la vida, pero al mismo tiempo eran lugares que llamaban a la sensatez, y al tiempo operaban como promotor de “prevención”, pues esto se creía haría que las personas reconsideraran sus decisiones para que sus cuerpos no fueran considerados perversos y no se les negara el acercamiento a los rituales santos.

El muladar existe también gracias a los suicidas y a los señalamientos que la Iglesia propició en estos, alegando que la vida era un regalo de Dios, y atentar contra una creación de Dios era blasfemia. Sin los suicidas, seguramente no existirían muladares, porque no habría sido necesario un elemento de segregación que hiciera las veces de castigo. (Castaño & Granda 2019, p. 13)

Los estudios sobre estos sitios de exclusión en Colombia han sido escasos, y no se cuenta con mucha documentación que relate y haga un proceso historiográfico preciso de lo que fueron los muladares y lugares de exclusión en el país y, sobre todo, el revuelo social, religioso y cultural que implicó en la vida de los sobrevivientes:

A pesar de ser una práctica antiquísima y con una magnitud en áreas donde la religión católica tiene gran influencia, no son numerosos los estudios o la bibliografía que se ha encontrado y que puedan caracterizar o definir exactamente qué es un muladar. Por eso, se ha tomado a *grosso modo* el muladar como el sitio de exclusión y juicio destinado al entierro de aquellos muertos que, al ser sometidos a un juicio moral judeo-cristiano, se mostraban como socialmente “impuros”. (Castaño & Granda 2019, p. 8)

La iglesia en su Código Canónico en 1954 condena el suicidio, tanto como producto de una muerte violenta y que va en contra de la voluntad de Dios. Actualmente la iglesia católica no se rige por este código; sin embargo, resulta relevante enunciarlo y observarlo desde la mirada institucional, que hizo eco no solo dentro de los lugares santos, sino también en toda la sociedad:

Capítulo 111.- De aquellos a quienes se ha de conceder o negar la sepultura eclesiástica.

1240 *1. Están privados de la sepultura eclesiástica a no ser que antes de la muerte hubieran dado alguna señal de arrepentimiento:

3"- Los que se han suicidado deliberadamente.

124,1 Al que haya sido excluido de la sepultura eclesiástica, se le negarán asimismo tanto cualquier Misa exequial, aún las de aniversario, como otros oficios fúnebres públicos. (De Rueda, 1997, p. 184)

Continuando con el tema de la religión, en especial del catolicismo, la predominante en el país y en el contexto que nos convoca esta investigación, se tiende a pensar entre sus feligreses en la idea del *Libre Albedrío*, el cual fue otorgado por Dios para que el ser humano aprendiera a tomar decisiones de manera libre y consciente, pero que al mismo tiempo trae consigo unas consecuencias, observándose la famosa ley de causa y efecto. El dilema entra cuando el suicidio al ser una forma de decidir por la propia vida, en la que el sujeto quien decide terminarla asume su posición y lo comete, al mismo tiempo atenta con uno de los mayores pecados estipulados en los mandamientos de Dios, y es el *no matarás*.

El cristianismo consideró el suicidio como el más grave de los pecados, por violar el mandamiento que prohíbe matar, sin dar oportunidad para arrepentirse, y por ser un acto contra la ley de la naturaleza y la caridad. En últimas, por ofender a Dios dador de la vida y único ser que puede ponerle término. (Hernández, 2002, p. 115)

Al negar las exequias religiosas a los suicidas, se priva a las víctimas de toda la simbología propia de los actos funerarios tradicionales, de modo que el cuerpo es llevado, en cierto modo, a un grado cero de significación: el suicida es un ser a-nómico, asemiótico, carente

de significación, pues para la iglesia su muerte es la negación absoluta del significado de la vida. (Finol et al., 2015, p. 85)

Para el suicida, llevar a cabo el acto es una opción de vida, porque desean que la misma muerte lo salve del sufrimiento, es decir, vivir para ellos implica un padecimiento tan profundo que la única manera en que pueden cesar con este es acabar con su propia existencia. Es un asunto multifactorial, no existe una única razón por la que una persona pueda llegar a tomar esta decisión; sin embargo, va ligado a otros diversos factores que pueden ayudar a tomar el impulso final:

Comparado con los tiempos de hoy, la drogadicción, la prostitución, la miseria, los cambios abruptos de la tecnología y las enfermedades terminales, nos dice el autor, son factores que generan un alto estado de ansiedad y se pueden convertir en síntomas depresivos, de inseguridad, impotencia y soledad, que llevan a un individuo a auto aniquilarse como escape de una sociedad enferma. (Blandón, et al., 2015, p. 39)

El suicidio al irrumpir con la propia vida pone a las familias y seres queridos en un punto de sus vidas que jamás alcanzaron a imaginar, pensar en suicidio desde nuestra mirada social es pensar en pecado, pensar en violencia, pensar en errores cometidos. El suicidio entra en las familias a desestructurar bases y hacer que estos, es decir, los sobrevivientes se llenen de incertidumbres, culpas, preguntarse qué hicieron mal, qué faltó, tomar posición desde el estigma y decirse a ellos mismos: “que los vecinos no se enteren, que nadie se entere”, y básicamente los pone en un punto de partida en el que deben aprender a construir otra vida y narrativa sin el otro.

Los sobrevivientes, quienes hicieron parte de esta investigación poco o nada nombran el suceso como lo es, un suicidio, y en cambio deciden usar eufemismos u otras formas de mencionarlo: “La noticia de que se trató de un suicidio hace que muchos bajen la voz, como si estuvieran oyendo hablar de un delito o de un pecado” (Bonnett, 2013, p. 24), aún continúa siendo difícil hasta para ellos dimensionarlo, lo que da cuenta de que hasta para ellos, quienes lo viven, sigue siendo un asunto difícil de expresar, agregando otras variables, pues sus propias vivencias y las cargas que traen estas son causantes de ello.

El suicidio para nuestros sobrevivientes ha sido algo que cambio completamente sus vidas y la forma en que esta se encontraba organizada, sin duda, en sus relatos existe un antes y un

después del suicidio de sus seres queridos. El fallecimiento del mismo y la elaboración de su duelo se ha visto permeado de componentes culturales, pero al mismo tiempo de esas particularidades y creencias de cada persona, que evidencian la importancia de aquellas partes de la cultura que hemos ido arraigando y se hacen presentes en nuestro día a día, hasta en la alegría, la tristeza, la vida, la muerte y el dolor.

Sobrevivientes.

“El sobre que tiene la primera parte de la palabra sobrevivir, implica pues, la palabra y el cuerpo, el recuerdo y el olvido, el dolor y el amor. El vivir, la segunda parte de la palabra, es el ahora, es lo que son y en lo que se van convirtiendo, son los afectos, son las relaciones, son las formas en que ahora habitan el mundo; y es desde ese sobre y ese vivir que se transita por la vida” (Ortiz, 2018, p. 81).

Los sobrevivientes del suicidio son aquellas personas quienes experimentan el duelo o luto por una persona que haya consumado el acto de acabar con su propia vida, contrario a lo que se piensa comúnmente que un superviviente o sobreviviente es la persona que logra salir con vida a cualquier suceso traumático como la tortura o un intento de homicidio; sin embargo, aquí se trata de sobrevivir a la muerte del otro:

Es importante establecer una clarificación terminológica, y es que el término “sobreviviente”, empleado en la suicidiología, engloba específicamente a todos aquellos miembros del sistema relacional del individuo que le sobreviven a la persona que cometió suicidio. En efecto, Pérez (2005), durante su trabajo como fundador de la sección de suicidiología para la Asociación Mundial de Psiquiatría, menciona que los sobrevivientes al suicidio son también: “familiares, amigos, compañeros e incluso el médico psiquiatra u otro terapeuta que lo asistía” (p.18). (como se citó en López, 2021, p. 41-42)

Con respecto al concepto, Melissa Restrepo, psicóloga de Casadentro, nos habla de cómo comprende *el sobrevivir*:

Las supervivencias tienen que ver con que la vida no vuelve a ser la misma, una vez se irrumpe, se nos quita un velo, hay una pérdida, hay una muerte, hay una escena, o algo se nos arranca de lo vital. (Comunicación personal, 10 de junio 2023)

Los sobrevivientes se convierten en “víctimas” desde el momento en que quedan con un dolor tan profundo, en el que muchas veces se quedan en un punto en el que no encuentran la zona de partida para continuar con su vida, muchas veces es un proceso tan silencioso y privado que no hallan la forma de buscar o pedir ayuda a sus redes de apoyo o profesionales para tramitar la multiplicidad de sentimientos y emociones que un ser amado que decida tomar su propia vida puede acarrear: “Se convierten muchas veces en sombras que deambulan, buscando una respuesta a su dolor, a su pérdida, culpas que ellos mismo se fabrican” (Girón, 2013, como se citó en Mejía, 2016, p. 198).

Sin duda, el sobrevivir implica continuar después de un suceso que desgarró e irrumpe la vida de forma abrupta, pero esto no es una regla, muchas veces los sobrevivientes también al continuar, se pausan, y mientras van elaborando los estragos de la pérdida y todo lo que conlleva, se adentran en un momento que los conducirá a pensarse sobre la vida misma. De nuevo Melissa, de Casa Adentro, nos comenta un poco su acercamiento con sobrevivientes del suicidio, y la forma en que este no es un proceso ni lineal, ni inmediato, y que estas personas desde su dolor pueden encontrar otras formas de tramitarlo, aunque sea desde la quietud:

Entonces los sobrevivientes al suicidio me han dicho: el tiempo se congeló, el tiempo no volvió a ser lo mismo, ni el cronológico, ni el tiempo en mi cuerpo, en la maduración de mi cuerpo, ni en las vivencias que yo empiezo a tener en la vida, ni en las experiencias, algo se pausó y yo todavía no encuentro qué es, se congeló. (Comunicación personal, 10 de junio 2023)

Los sobrevivientes suelen ser especialmente vulnerables ante la pérdida por suicidio, pues ante el evento traumático existe un riesgo en las personas en duelo de cometer el mismo acto, por lo que es realmente importante poner sobre la lupa el acompañamiento antes estas personas para

ayudarlas a sobrellevar sus aflicciones y evitar que la muerte a mano propia se convierta en una cadena:

Más allá de la conmoción, la incredulidad y la desorientación que a menudo genera el suicidio, muchos supervivientes se enfrentan a un pronóstico desalentador que incluye resultados nocivos como mayores niveles de depresión, riesgo de suicidio y duelo complicado. (de Groot, et al., 2007, como se citaron en Neimeyer et al., 2023, p. 141)

Sin duda, los sobrevivientes después del suceso cargan no solo con lo que implica elaborar el duelo y trabajarlo, sino también con el componente social, que puede funcionar como mediador de acompañamiento, pero al mismo tiempo en la mayoría existe un miedo constante hacia la estigmatización, al ser el suicidio un pecado condenado por instituciones como la iglesia, y por el poder discursivo que genera en el resto de las personas, se convierte en un pecado generalizado: un reto importante para los sobrevivientes en proceso de elaboración es el encuentro con creencias religiosas que imponen interpretaciones culpabilizantes y asociadas a vergüenza, tanto en el fallecido como en los sobrevivientes (López, 2021, p. 43).

Además de la iglesia, existen otras instituciones que cuestionan el suicidio desde un punto judicial, en el que interpelan constantemente a los familiares y allegados a través de ciertas investigaciones, en las que tratan de hallar a toda costa un culpable, algo que les da pistas de por qué el fallecido tomó esa decisión, lo que se hace sumamente violento y re-victimizante para los sobrevivientes, pues además de tener que lidiar como la pesadumbre y la diversidad de emociones que puede traer consigo el duelo, existen personas que los están vigilando constantemente para tratar de hallar respuestas, por ello, cuestiones como el silencio se hacen presentes dentro del duelo por suicidio, para los sobrevivientes es difícil tratar siquiera de hallar palabras para enunciar su sentir, y si el constante señalamiento se hace presente será mucho más complejo.

Los sentimientos de angustia son muy notorios en los sobrevivientes, de alguna forma se sienten como quienes deben ser la cara de la tragedia, enfrentar al mundo y hacerlo desde una posición distinta a otros duelos, no es solo afrontar la inexplicable muerte de su ser amado y el carácter investigativo que en este emerge, sino también es rendir cuentas a los demás del suceso y el propio sentir.

Aunque el suicidio es un acto individual, éste se enmarca en un entorno social, lo cual hace que sentimientos tales como el abandono, el rechazo o la culpa sean muy frecuentes en los seres queridos del fallecido/a. ¿Además, a estos sentimientos se añaden pensamientos relacionados con cuestiones tales como “¿por qué pasó?” o “¿si hubiera hecho esto o aquello?”. (Andriessen et al., 2017, como se citó en Etxenike, 2022, p. 4)

Ser sobreviviente y asumirse como tal, aun inconscientemente implica hacerse cargo de la propia vida, es decir, tomar un papel activo en lo que implicará la vida propia y la de los demás seres queridos a través del trabajo constante que conlleva doler a un ser querido fallecido, y no solo eso, sino que decidió sobre su propia existencia, ir con el tiempo comprendiendo lo sucedido, sin inmiscuirse de lleno en la culpa, la tristeza, la rabia, el alivio, entendiendo que estas hacen parte del proceso y no son un estadio permanente, haciendo las paces con el dolor, la memoria y el futuro venidero.

Además de la incesante búsqueda por hallar respuestas de todo lo que rodea al fallecimiento del ser amado, también hacen un esfuerzo resiliente por continuar eligiendo la vida, darle un sentido a su pérdida e intentar cimentar las bases de su existencia sin el otro. Las personas que han decidido contarnos sus historias y que están plasmadas en este trabajo no suelen nombrarse como sobrevivientes, y posiblemente desconozcan la dimensión de lo que implica serlo; sin embargo han enfrentado su pérdida con tenacidad –que no excluye permitirse el dolor y el llanto– y han recobrado fuerzas para ponerle una voz a su experiencia y sentir, enunciando desde su propia vivencia lo que implicó el fallecimiento por suicidio y las diversas formas en que han hallado el consuelo, desde prácticas dogmáticas hasta cotidianas, de su notable transformación en la visión del mundo y el papel que cumplen en el mundo, además de la importancia del cuidado consigo y con los otros.

Capítulo 2. Habitar la niebla.

Es importante reconocer que más allá de solo darle un espacio a los sobrevivientes para contar su historia, también es menester situar de alguna forma el sentir tan diverso y humano de quienes pasan por este tipo de procesos. Habitar el duelo y lo que trae consigo, que no es solo el dolor, sino además millares de sentires que demuestran que no solo existe una forma de vivir un luto, y que a partir de un sentir se pueden desarrollar muchos otros, demostrando además, en los relatos e historias de vida aquí contados que los duelos pueden atravesarse por variables similares, como la culpa, el silencio y el enigma, pero haciendo énfasis en que cada una es completamente particular y única, y es sentida desde el contexto mismo de quienes nos hablan y las implicaciones que han tenido en sus vidas.

La culpa

Instalada como estoy en la reflexión, siento de pronto, sin embargo, que Daniel se me escapa, que lo he perdido, que de momento no me duele. Me asusto, siento culpa. ¿Es que acaso he empezado a olvidarlo? (Bonnett, 2013, p. 30)

La culpa proviene desde nuestros acervos culturales, en la cultura occidental *la culpa* se configura como una práctica, ya instaurada desde lo jurídico, religioso, moral, traído desde ese punto también como una enseñanza bíblica que ha permitido que esta se reproduzca a lo largo del tiempo: La tradición judeocristiana une culpabilidad y «pecado». Este último consiste en un acto voluntario, una elección que realiza un hombre libre entre el bien y el mal, una diferenciación que conoce antes de actuar. (Agüero, s.f., p. 4)

De igual forma, encontramos rastros de lo que es la culpa en las historias míticas griegas, las cuales hablan del *sentimiento* de culpa como algo asociado al *padecimiento* conducido por los dioses, quienes arrastraban a los hombres a realizar ciertos comportamientos que terminarían en un profundo arrepentimiento, aun cuando no existían indicios de voluntad en los mismos. Finalmente, la culpa actualmente es percibida como un acto autónomo, ya no originado desde un ser superior o desde una concepción del pecado, sino, que ahora es un proceso psicológico y cognitivo que

comprende en los seres humanos, que los instiga a reconocer el cometido dentro de un suceso y la violación a ciertos valores venidos de una construcción cultural del bien y el mal.

Hablar de duelo implica reconocer que puede afectar a los sobrevivientes de múltiples formas, una de estas afectaciones se manifiesta con la culpa, la cual suele estar asociada al entramado entre la tristeza y la rabia, componentes del duelo, y la propia mirada inquisidora que, de nuevo, como el enigma, pone al doliente en un papel activo que lo obliga a ponerse en posición de detective.

Esa culpa se manifiesta como una gran angustia, acompañada de un fuerte autorreproche y un juicio severo contra sí, pues considera que no hizo lo suficiente frente al ser querido que perdió, que causó esa muerte o que pudo evitarla, pero por alguna razón no lo hizo. La culpa que siente el sobreviviente del duelo por suicidio, por tanto, “se asocia a una rebaja del sentimiento de sí, es decir, a un desprecio del ser” (Mejía & Fernández, 2012, p. 2). En este punto hay un asunto en el que se sospecha una responsabilidad, una que de entrada es asumida y desde ella se emprende un ejercicio constante de reconocer el rol que se ha cumplido en la vida y la muerte del ser querido. Al mismo tiempo, es una culpa no expresada, suele mantenerse en el silencio, porque con el agravante del suicidio y el tabú latente alrededor, los sobrevivientes prefieren hacerse a un lado de los hechos puntuales, y en el curso de su duelo rumiar, culparse, hacerse preguntas, cambiar estructuras de su vida, etc., así como lo nombra Arroyave:

Con el suicidio aparecen otros fantasmas, ¿cierto? Entonces, ¿qué hice mal ahí? Yo creo que en los duelos suele aparecer la culpa, no en todos, pero seguramente aparecen allí aquellas cosas que uno ha hecho, de aquellos daños que uno hizo y no tramitó mientras la persona estaba viva. Pero ya luego cuando aparece en el suicidio, yo pienso que hay una dificultad adicional, y es que la gente siente que hubiera podido hacer mucho más. Entonces aparece un elemento de culpa muy presente, en varias dimensiones, diría yo, psicológicas. (Comunicación personal, 23 de agosto de 2023)

La culpa en el duelo por suicidio se presenta entonces como el resultado de un discernimiento, de una confrontación que el doliente hace respecto a su vinculación con el objeto perdido y de la cual sale impugnándose, dándose golpes de pecho, diría un antiguo dicho popular católico; inevitablemente emerge la lamentación culposa, “Me quedé en mí, sin saber leer las

señales que ahora, ya tarde, son bastante evidentes” (Posse, 2013, p. 30, como se citó en Ruíz-Osorio & Díaz-Facio Lince, 2023, p. 357).

La culpa en el duelo en general, y en el duelo por suicidio en particular, se asocia a la idea de no haber hecho algo para prevenir o evitar la muerte, o haber hecho algo que ha contribuido a ese resultado. En la práctica clínica se ha observado que, en algunos casos, tras la pérdida de un ser querido por suicidio, la culpa se dirige hacia uno mismo como una forma de preservar el honor y la integridad del fallecido y evitar culparle a él por lo sucedido. Esta observación concuerda con los resultados de un estudio sobre el duelo por suicidio con madres que habían perdido a sus hijos en estas circunstancias (Shields & Kavanagh, 2017, como se citó en Agüero, s.f., p. 24)

La culpa muestra un gran deterioro del yo, concepto traído desde Freud (1923), que representa las necesidades y deseos de los seres humanos y la energía misma que hace la psique para controlar esos impulsos, mostrando ese yo como un ser incapaz, deteriorado e inútil de servirse a sí mismo y a los demás, pero este proceso de auto juzgamiento no siempre se hace de forma consciente, aun así, el sentimiento de angustia sigue presente, aunque la persona no lo relacione lucidamente con el rol que cumple dentro de la pérdida, lo que hará mucho más difícil del proceso, interfiriendo con la opción de los sobrevivientes de adaptarse a una nueva vida sin el ser amado. Continuando con Freud (1993) y su propuesta teórica en *Duelo y Melancolía*, en la culpa se presenta el principio de ambivalencia en el vínculo con el fallecido, en el que se presentan sentimientos diversos y estos se manifiestan de forma simultánea, en medio de la variedad de afectos existentes, pueden expresarse de forma consciente o no. Cuando el objeto de afectos ya no está y se va de la vida del sujeto, este tiende a escudriñar en el fondo de sus recuerdos para finalmente sentir *culpa* por haber en algún momento tenido sentimientos adversos a los positivos; sin embargo, en el proceso también aparece la rabia (¿por qué no me busco? ¿acaso no confiaba en mí?), como una emoción válida, pero que continúa con esa ambivalencia hacia el ser perdido.

El sentimiento de culpa se asocia con una responsabilidad desproporcionada y/o irracional en relación con la muerte. Otros autores definen la culpa en el duelo como “una reacción emocional de arrepentimiento, con el reconocimiento de no haber cumplido con los propios estándares y expectativas internas en relación con el fallecido y/o la muerte”. (Li et al., 2014, como se citó en Agüero, s.f., p. 5)

Sin embargo, la culpa es necesaria dentro del duelo debido a que funciona como estrategia de afrontamiento, pero solo si se hace de manera consciente, porque “una culpa que no es elaborada puede causar estragos” (Mejía & Fernández, 2012, p. 4). A través del remordimiento el sobreviviente asume un papel diligente en el que identifica qué pudo o no haber cumplido a cabalidad con respecto a su vínculo, y a partir de allí tratar de enmendarse en su nueva vida sin lo perdido, o simplemente asumir que lo sucedido no ha sido un asunto de deber con el fallecido, sino que existieron muchos más factores que llevaron a aquel desenlace, lo que permitirá que ese sentimiento de culpa se disipe. Melissa Restrepo, fundadora de Casa Adentro menciona la importancia de la culpa realizando una analogía:

Y a veces es necesario. y eso también me lo he encontrado mucho en casos de sobrevivientes al abuso sexual, que lo primero que nos dicen es: “no la culpe, no lo culpe, dígame que eso no fue su culpa, que no pasó por ella o por él”. Y entonces eso lo que ha sucedido es que ellos nos dicen: “Usted no me está entendiendo. Siento culpa, yo estuve ahí, yo me vestí así, me pasó esto”. Sabemos que no fue su culpa, lo tenemos súper claro, pero si en su singularidad ese es el significante o ese es su signo predominante, hay que saber qué hacer con ello. Porque si no, se lo arrancamos, así como el otro se arrancó la vida también... El objeto culpa nunca se quita, hasta que se haga un ritual, se haga un proceso y la persona diga: Pues la verdad no fue mi culpa, pues esto no me sirve. ¿Cuál era el objeto de Piedad Bonnett en lo que no tiene nombre? La escritura, todo el tiempo fue la escritura. Y ella se culpa mucho por no haber estado, y culpa mucho también al Estado, a la entidad, a los profesionales de la salud, o sea, ella lo que la mueve y la sostiene en la vida es la culpa, en ese momento, y eso no se le puede arrancar. (Comunicación personal, 10 de junio de 2023)

La culpa, entonces, es [una emoción] que puede estar asociada a representaciones conscientes o no, y frente a la cual habría que hacer un trabajo de elaboración, pues si ella queda disociada de dicha representación puede retornar en el cuerpo, en el acto, en el ánimo, y causar estragos. (Mejía Correa & Fernández Fuentes, 2012, p. 5)

La culpa es manifestada en el día a día, aun cuando no se tenga pleno conocimiento de que esta afecta la vida del doliente y se encuentra en cada acción, palabra y sentimiento que le aborda, especialmente hasta en los sueños, conocidos como esa expresión del subconsciente, en la que los sujetos reflejan sus deseos. Aquí es cuando en los sobrevivientes comienzan a manifestarse los vestigios de su ser amado, las cosas que en su momento fueron o no hechas, las palabras que fueron dichas, el futuro que ya no será... así lo manifiesta Elena Trujillo, sobreviviente por suicidio: “tenía siempre muchas etapas de culpa, de sueños... que sueñas con la persona que se murió, que sueñas que pudiste haber hecho algo mejor, que te sientes muy triste, que haces como muchas cosas” (Comunicación personal, 27 de julio de 2023).

Se ha hablado de como la culpa es un proceso auto incriminatorio, que le permite al sobreviviente intentar reconciliarse con los hechos, poniéndose en el punto central de sus actos, haciéndose preguntas acerca de lo que se hizo o no para poder evitar que su ser amado tomara la decisión de culminar con su vida; sin embargo, en ese proceso de culpa florece la necesidad de encontrarle un por qué a lo sucedido, y de no solo atribuirse toda la responsabilidad de los hechos, sino también, de tratar de hallar qué hicieron los otros mal, en este sentido, la culpa en estos contextos no solo es una emoción cuyo objeto es la persona que la experimenta, sino que también puede ser dirigida hacia otras personas en un proceso de fiscalización para hallar respuestas, ¿por qué nadie tomó un rol eficiente para que mi objeto de amor no se fuera de mi vida? ¿por qué nadie más noto que esa persona no se encontraba emocionalmente estable? y se infunde un sentimiento hostil con todos los que rodearon al fallecido, pues por ese mismo sentimiento se tiende a pensar que en cada una de esas personas estuvo la oportunidad de evitarlo: “yo era obviamente una adolescente, yo tenía 17 años y yo culpaba a mi mamá y yo culpaba al mundo y estuve muy molesta con el mundo, con Dios, con la sociedad, con todo, de cuenta de eso” (Elena Trujillo, Comunicación personal, 23 de julio de 2023).

Muchas veces la culpa viene con la carga del “*pude haber hecho más*”. En ocasiones, los sobrevivientes si fueron plenamente consciente de las aflicciones de su familiar, amigo/a, pareja, y tomaron acciones para evitar que esa misma persona se hiciera daño en algún punto, se apropian como red de apoyo y le brindan a su ser querido herramientas para sobrellevar la vida, a través del acompañamiento constante, el permitirle expresar su sentimientos y emociones, estando presente en la vida de este, no obstante, después de que esa persona decide tomar su vida, los dolientes

consideran que todo lo que hicieron para salvarlo no fue suficiente, y es allí cuando comienza la pesadumbre de creer que si hubieran estado más presentes, todo se hubiera evitado:

Entonces digamos que eso hacía que nosotros nos sintiéramos responsables por lo que le pasara a él, no nos gustaba dejarlo solo, no nos gustaba hacer cosas como que propiciaran como que se hundiera en su depresión o en comportamientos autodestructivos. Entonces para nosotros fue un impacto, porque aparte de amor, del cariño excesivo que le teníamos, también era un poco la responsabilidad que teníamos con él. Su estado de ánimo cuando estaba con nosotros era completamente diferente a cuando estaba sin nosotros. Su depresión obviamente condicionaba su estado de ánimo. Pero que no se sintiera tan tranquilo y tan rodeado, y se sintiera incapaz de reír, de sentirse liberado de muchos pesos, hacía que uno se sintiera como: ¡Uy! No estuve para él en ese momento que necesitaba. Pero bueno, son esas cosas que se escapan de las manos y uno no puede estar 24 horas con ellos, pero uno siente como ese cargo de responsabilidad, porque en verdad así nos sentíamos, nos vemos como parte de nuestra familia. (Víctor Guzmán, comunicación personal, 25 de julio de 2023)

La culpa tiene un lugar central en la experiencia de duelo, permite al sobreviviente encontrarse con lo sucedido y hacer recuento de su vínculo con el fallecido, y a partir de ello resignificar y desprenderse de todo sentimiento de hostilidad para continuar eligiendo la vida luego de esta vivencia.

El enigma

Después de su muerte se ha apoderado de mí una pulsión investigativa que me lleva a indagar en cuánta materia o ser humano pueda responder a la pregunta: ¿quién fue Daniel?

(Bonnett, 2013, p. 34)

Algo propio de los seres humanos es siempre cuestionar y hacerse preguntas de lo que sucede en el mundo que habitan, enfrentarse a qué los aqueja y los moviliza, pero, ¿qué hacer

cuando esas dudas están rodeadas de dolor y sufrimiento cuando un ser querido ha tomado la decisión de quitarse la vida? y más aún cuando surge el interrogante sobre ¿qué rol se ha cumplido en esa pérdida?, los sobrevivientes del suicidio no se apropian solamente de lo que implica adentrarse en la montaña rusa de sentimientos y emociones que conlleva la aflicción del duelo, sino también, se adentran en un desarrollo autoincriminatorio en el que se asume un papel relevante en las decisiones de quien ya no está, pero además, en las propias, en lo que estuvo bajo control o no en el momento.

La palabra enigma nos llega del latín *aenigma*, vocablo que era un préstamo del griego *αἴνιγμα* ("aínigma"), que significaba, lo que se da a entender, palabra oscura o equívoca. (Diccionario Etimológico Castellano en Línea). Conceptualmente, el enigma ha tenido a lo largo de la historia variadas concepciones que finalmente podrían dar cuenta de la naturaleza misma de la palabra: "El enigma es la esencia de lo simbólico, y lo simbólico un no decir directo, sino con palabras, con términos no claros a su entender, el enigma pues, es la realidad cuestionada desde diferente ángulo." (Munguía, 2005, p. 293) continuando con esta autora, el enigma es algo que ha estado ubicado desde las entrañas culturales y religiosas, siendo así como las grandes escrituras narran historias de dioses que deben emprender procesos de adivinanzas y acertijos en los que tratan de hallar respuestas a sus preguntas a partir de sucesos fantásticos, fatales o heroicos.

El enigma es también concebido literaria y poéticamente como interrogantes sumergidos en contrariedades y oscuridades, siendo mezclas de esbozos indescifrables que al mismo tiempo se encuentran tan cargadas de sentido que debido a esas mismas contrariedades los hace "puramente humano" (Munguía, 2005, p. 297), por ello se encuentran en las historias y relatos de miles de autores, que a través de sus personajes permiten vislumbrar las mismas discrepancias que conlleva estar vivo, y como a lo largo de la vida esta misma está llena de cientos de preguntas, a las que como una necesidad inmediata le encontramos explicación pero no una respuesta.

El enigma, lo comprendemos como aquella realidad que no se alcanza a comprender, siendo ésta uno de los pesos con que cargan los sobrevivientes y que los hace cavilar de fondo en su psiquis para intentar dimensionar el papel que tuvieron tanto en la vida, como en la pérdida misma del ser amado que ya no está. Este concepto es retomado de Diana Altavilla (2017), quien propone que el enigma surge a partir de todo lo que compone el suicidio de alguien, pero principalmente va atada a la pregunta del *POR QUÉ*: ¿por qué lo hizo?, ¿por qué no buscó ayuda?, ¿por qué no me consideró para hablar?, ¿por qué...? y es a partir de allí que los mismos dolientes emprenden un ejercicio

constante de intentar hallar el propósito de lo ocurrido, pero más allá de eso, se preguntan qué estuvo en sus manos para poder evitarlo, porque los cuestionamientos no rondan solo en el fallecido, sino que hacen que la agencia de los hechos recaigan sobre sí mismos: “Los sobrevivientes no suelen estar conscientes de los factores que contribuyeron al suicidio y en retrospectiva pueden considerar factores que no apreciaron antes del evento” (Sweet et al., 2010, p. 11).

Interrogantes que el allegado -al suicida y/o suicidio consumado- experimentan luego del acto y que no aparecieran antes del mismo. Estos interrogantes serán delimitados por todas las preguntas acerca del porqué del suicidio, las razones evidentes y no evidentes, las razones que impulsan al suicidio y los interrogantes sobre los actos humanos violentos y/o extremos que puedan conducir a la muerte autoinfligida o evidenciar el deseo de muerte. (Altavilla, 2017, p. 69)

La ausencia del ser amado marca un estado de conmoción en el sujeto, que lo desarraiga de la propia realidad, y llevado por la culpa y el remordimiento, comienza a hacerse preguntas, algunas hasta indescifrables, en las que trata de hallar todos los pedazos... pedazos que son razones, hechos y sucesos, como una forma insistente de tratar de corroborar que lo perdido ya no está. Es así como se entrega una gran carga energética en la que el doliente trata de ubicar su dolor a través de una multiplicidad de respuestas, que no todas tienen fundamentos, pero que pueden o no brindarle un espacio a los sobrevivientes de encontrar su lugar en lo ocurrido, como manifiesta Elena Trujillo: “Entonces uno como que empieza como a ponerle lógica, a armar cosas, a inventarse cosas también, a tratar de buscar explicaciones que de verdad no las hay” (Comunicación personal, 20 de julio de 2023).

Como bien lo dice Piedad Bonnett en su obra “Lo que no tiene nombre” (2013): “Buscar respuestas es solo un modo de hacerse preguntas, de negociar con las preguntas, de saber cuántas preguntas caben en una obsesión” (p. 2). Es así como el suicidio entonces deja preguntas sin resolver, que lleva a la gran necesidad de los sobrevivientes a conocer las razones puntuales y específicas que llevaron a los hechos, dándose a sí mismos múltiples contestaciones que contienen aspectos que muchas veces conducen a la autculpa, a pesar de que tengan presentes “las razones” que tuvo el fallecido, ya sea por medio de cartas de despedida, rumores, redes sociales, discusiones

o hechos puntuales, el shock de la pérdida se impone de tal manera que aun teniendo “las respuestas” frente a sí no son suficientes, no existe una dimensión total de las mismas, como se refiere Víctor Guzmán, estudiante del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia:

Y luego cuando se entera cómo fue el incidente en cuestión y los detalles, ahí es aún más doloroso. Porque yo me enteré de los detalles después de cómo fue el fallecimiento y me duele mucho más. Después de esos detalles, incluso con la muerte yo estaba tranquilo, estaba dolorido, pero después de eso, ahí los detalles, fue... incluso me dio más, fue un momento en que me hundí más, porque literalmente fue el momento en que me dije: puta, pude hacer algo y no. Fue más agarrante. (Comunicación personal, 25 de julio 2023)

Es allí cuando cada doliente desde su experiencia subjetiva emprende una búsqueda para tratar de liberarse no solo de la tristeza y el dolor, sino también, de la culpa que genera la propia participación indirecta que existe entre el suceso y el sobreviviente, sumado al agravante del suicidio, que, al ser un hecho inesperado, genera muchas más incógnitas, como lo dice Melissa Restrepo, psicóloga de Casa Adentro en una entrevista que nos brindó:

Con el suicidio aparecen otros fantasmas: ¿qué hice mal ahí?, y aparece la *incertidumbre* de por qué sucedió lo que sucedió. Porque en el otro lado de siempre es: ah, es que se murió porque estaba muy viejito, porque tenía cáncer... En cambio, aquí es como alguien ha atentado contra su propia vida. Entonces aparece ese elemento de incertidumbre sobre las causas o los orígenes que hay. (Comunicación personal, 10 de junio 2023)

De igual modo, estos mismos interrogantes se los hace Elena Trujillo:

Mi hermana no dejó absolutamente nada. Entonces, claro, queda como a cada uno imaginarse el por qué ella tomó esa decisión. Y es supremamente doloroso. Yo creo que entre eso y que a uno le desaparezca un familiar es como una sensación muy, muy parecida porque uno no sabe qué pasó con esa persona. (Comunicación personal, 20 de julio de 2023)

Pero también las mismas pruebas físicas, como las cartas, ayudan a intentar saldar esos interrogantes; sin embargo estos no logran responder del todo a las mil preguntas que una persona en duelo pueda estarse haciendo, pues las personas continúan haciendo preguntas hasta a las mismas razones, a las cartas, a las manifestaciones que se hicieron con anterioridad, lo que sigue siendo una constante en el proceso de duelo, porque siempre estará presente el tratar de asumir la realidad con los elementos que se tengan a la mano, como nos cuenta Camilo Ibáñez, estudiante de antropología de la Universidad de Antioquia:

No, pues la verdad yo considero que si no me hubiera llegado la carta me hubiera dado igualmente mucha intriga, porque uno siempre intenta buscar las razones... y si en esa carta de pronto había una razón específica de por qué ella hizo eso, a mí me hubiera gustado saberlo, entonces si bien es cierto que uno se siente mal en parte por... pues por haber leído la carta, igual yo creo que se hubiera sentido también uno muy feo si todos hubieran sabido la razón de por qué lo hizo y uno no, entonces siempre es mejor... a pesar de que le hace daño, como cerciorarse de que en verdad fue... (Comunicación personal, 18 de julio 2023)

El enigma es un factor especialmente importante dentro del duelo por suicidio, pues, conduce al doliente a interrogarse a sí mismo a partir de un suceso abrupto, como lo es la interrupción de la propia vida, y por ello es menester acotar a que este tipo de pérdidas rompen exactamente con formas comunes de llevar un duelo, pues queda un vacío en cada sobreviviente que de alguna forma hace que toda su experiencia vital se estanque en lo sucedido, pero no como un actor pasivo entregado al dolor, sino que se permiten a sí mismos, a las instituciones, a sus vínculos, cuestionar y poner en duda todo lo que pueden o no hacer para evitar que más personas tomen esta decisión:

Como en la pérdida amorosa, después del suicidio de la persona querida la mente vuelve una y otra vez sobre el hecho mismo, siempre en vilo sobre un abismo de ansiedad y desconcierto. Porque en el corazón del suicidio, aun en los casos en que se deja una carta aclaratoria, hay siempre un misterio, un agujero negro de incertidumbre alrededor del cual, como mariposas enloquecidas, revolotean las preguntas. (Bonnett, 2013, p. 65)

El enigma viene acompañado de una abrumadora sensación de angustia, en la que el sobreviviente experimenta una multiplicidad de emociones que lo mantienen ahí atrapado, en el buscar, indagar y tratar de hallar las piezas que le faltan a sus vivencias con el allegado, todo con el fin de encontrar no solo una respuesta como tal, sino que esta misma tenga tal sentido que le permita al sobreviviente continuar eligiendo la vida luego del suceso, bien lo dice la profesora Victoria Eugenia Diaz en una discusión que tuvimos sobre el tema: “Porque es que el suicidio deja al doliente sumido como en el sin sentido, ¿por qué pasó? ¿Por qué? Si lo di todo, si estaba bien, si era amado...” (Comunicación personal, 27 julio 2023). Sin embargo, no siempre se encontrarán respuestas y no siempre habrá necesidad de hallarle un sentido no solo a los hechos, sino al papel fundamental que como sobreviviente se cumple, continuando con Victoria:

toda esa conjugación de piezas, lo que hace justamente es intentar ayudar al doliente, lo hace para tratar de construir de eso un sentido, pero por ejemplo, Piedad Bonnett dice que siempre le quedará faltando un pedazo, siempre quedará un vacío ahí de sentido que sucede con el suicidio. (Comunicación personal, 27 julio 2023)

“Y el rompecabezas se va armando ante mis ojos, aunque desde ya puedo anticipar que quedarán faltando algunas piezas” (Bonnett, 2013 p. 66).

Es de tener en cuenta que, a pesar del sentimiento de pérdida, no solo de que algo falta, sino que algo en el mundo y la psiquis de la persona se desestructuró, no implica algún tipo de psicosis o patología mental que comprometa la propia salud de los sobrevivientes:

Si el duelo implica un agujero en lo real que moviliza todo el orden simbólico, puesto que la desorganización momentánea de la estructura pierde la localización de la falta y el sujeto colocado en un lugar de privación manifiesta su dolor, esto se realiza más como puesta en escena que como un síntoma. (Weisse, 2005 p. 543)

El proceso conlleva como tal a encontrarse y reencontrarse consigo mismo, con los hechos, con el vínculo que se tenía con la persona y se hace a partir de ese propio enigma, y de la pregunta constante de esa parte que falta, el sujeto se encuentra en un estado en el que todo el mundo y su experiencia vital está en una especie de desajuste, que por más información que tenga, no halla un

por qué, por qué sucedió, por qué no dijo, qué pude haber hecho para que esto no sucediera, por qué no me di cuenta, que hubiera pasado si aún estuviera aquí, haciéndose desde el recuerdo, de la memoria y la añoranza, como lo expresa Melissa Restrepo, psicóloga y fundadora de Casa Adentro:

Entonces el sobreviviente nos dirá: no, desde que está muerto para mí ha sido tan difícil porque yo siento que tengo tanto por decir, tanto en donde poner mis emociones y el otro no puede responder, entonces se quedan así escuchando las mismas notas de voz, llaman al celular... y uno dice: eso es una psicosis, ¡NO!, ¿está loca la persona?, ¡NO!, ¿hay una patología grave?, ¡NO!, sino que hace parte de la elaboración del duelo. (Comunicación personal, 10 junio 2023)

El enigma no solo hace parte de un fragmento de la experiencia privada de cada sujeto, sino también, tiene un sitio en ese lugar público, en el que los otros cumplen también un papel influyente en el proceso de duelo, y es ese enigma colectivo que da paso a la interrogación y cuestionamientos alrededor del suceso como tal, en el que se le pregunta a los allegados del fallecido más allá de lo que pasó, qué hicieron o qué no hicieron para evitar esto, y sobre todo, la pregunta principal POR QUÉ, lo que conlleva a que el sobreviviente se ponga en una posición en que su mente no solamente se plantea esas mismas dudas, sino también, las personas al rededor ponen en la lupa los hechos, y todos tratan de encontrar un lugar dentro de los acontecimientos, con connotaciones tanto negativas como positivas, permitiéndonos evidenciar el papel fundamental que cumple el círculo social en los procesos de duelo, desde un proceso cuasi judicial, en el que se indaga todas las posibilidades que llevaron al desenlace, pero también, funciona como contención para ayudarse entre sí a hallar respuestas, pues a muchas personas que al tiempo tienen duelo por el fallecido tener las mismas interrogantes, funcionando como un espacio de apoyo para tramitar la misma pesadumbre del duelo.

Finalmente, el enigma no solo comprende el qué pasó y el porqué de lo que pasó, si no también, qué será de la vida después de, y cómo está será afrontada luego de que la muerte haya irrumpido de forma intempestiva, influyendo en futuras formas de llevar duelos, vínculos, y hasta la relación consigo mismos, aquí también repercute ese gran interrogante a futuro de qué pasaría si la persona que se ha ido aún continuara viva, ya no es solo como voy a enfrentar la vida después de esto, sino las miles de dudas que surgen a partir del que pudo ser... qué podría haber sido, qué

situaciones, vivencias, aprendizajes hubieran estado en mis experiencias de vida si esa persona no se hubiera marchado, como lo enuncia Elena Trujillo:

siempre vas a tener momentos en los que tienes como recaídas cada vez menos fuertes, pero igual vas a sentir la ausencia de esa persona y te vas a preguntar cómo hubiera sido mi vida (...) No sé cómo hubiera sido, por ejemplo, mi vida con mi hermana y que Mariana conociera a su tía. ¿Y cómo estaría mi hermana en este momento? ¿O cómo serían las reuniones familiares en este momento si ella estuviera? O sea, siempre uno va a preguntarse como ese tipo de cosas... (Comunicación personal, 20 julio 2023)

Y Víctor Guzmán, estudiante de últimos semestres de la licenciatura en filosofía de la Universidad de Antioquia:

Con Camilo sí es distinto, porque yo siento que hay tiempos que pudimos haberlos pasado y no los pasamos. Ya sea porque él no pudo, yo no pude, no estábamos en el mismo momento. Entonces queda como una carga de conciencia. Pude hacer esas cosas porque además fue muy corta la vida. Camilo el año pasado, cuando falleció, tenía 24 años. Entonces cuando tú sabes que no es una persona longeva, que ya ha vivido, que ya ha experimentado, sino que es una vida tan corta, pero al mismo tiempo tan intensa, es como: uy, faltó más por vivir. Entonces fue más dolorosa la de Camilo porque siento como que se cortó un proceso que no se llevó a buen porte. (Víctor Guzmán, comunicación personal, 25 julio 2023)

El silencio

*“No se confunda lo que quiero
con la inacción definitiva:
la vida es solo lo que se hace,
no quiero nada con la muerte.*

Si no pudimos ser unánimes

*moviendo tanto nuestras vidas,
tal vez no hacer nada una vez
tal vez un gran silencio pueda
interrumpir esta tristeza”*
(Neruda, 2018, p. 15)

Esta investigación nos obligó a transitar por caminos que no hubiésemos imaginado. Detrás de cada sobreviviente no solo hay una historia, sino que cada uno trae consigo discusiones que suscitan detenernos para esculcar, como en arqueología, vestigios del pasado en nuestra vida que nos permitan aproximarnos a lo que nos han dicho. Cada uno habló, nombrándolo o sin nombrarlo, de los silencios, y vaya paradoja fascinante esa de hablar del silencio. De esta manera es como llegamos hasta acá: en medio del ruido, de la inquietud o como dijo Neruda (2018, p. 15): “moviendo tanto nuestras vidas”, hasta que enfrentarnos a lo que los demás han vivido en silencio hizo detenernos, quizá callar, para poder hablar.

Los sobrevivientes apuntan que el tiempo donde “se tragan su sentir”, marca un ritmo diferente en su vida. Mientras los entrevistamos podemos tomar nota de que las personas manifiestan llanto en público solo cuando están en el shock de la pérdida, es decir, cuando reciben la noticia del suicidio de su cercano/a y cuando son partícipes del sepelio. Por lo demás, el silencio se configura desde la negativa a hablar con otras personas de la ausencia del ser querido. Quienes principalmente rodean a los sobrevivientes son los mismos familiares que a su vez también son sobrevivientes; acá las relaciones de parentesco se cargan de sentido: algunos vínculos tienen más relevancia en la decisión de configurar el duelo desde el silencio o manifestarlo. Con los familiares con los que se comparte el mismo rango generacional (cercaños en edad) hay una mayor tendencia de compartir el proceso ritual. Así pues, el doliente determina en qué medida los comentarios y acciones de los miembros de su familia pueden o no incidir en su proceso.

El sobreviviente, en un ejercicio de balance donde prima la conciencia de las relaciones con sus parientes, determina el tiempo en el que se hace esencial incluir o excluir a cada uno de las diferentes prácticas simbólicas o rituales, de hablar o habitar el silencio. En el caso de Víctor Guzmán, por ejemplo, él manifiesta:

Al principio yo no quería hablar con nadie, ni con mi familia, porque no lo entendían. Porque a pesar de que mi mamá le cogió cariño y le dolió mucho cuando se enteró de la muerte, siempre tuvo un problema con Camilo. (Comunicación personal, 25 de julio de 2023)

Sumado a ello, Víctor nos comenta que esto le molesta, pues su madre interpelaba la conversación señalando los aspectos que no le agradaban de su amigo. En ese sentido, el silencio representa también una suerte de blindaje en memoria de quien ya no está en el plano terrenal, la creación de una burbuja de cristal que se debe cuidar. Identificar este tipo de “silencio blindaje” nos revela que este no solo se manifiesta en tanto el doliente busca proteger a su ser querido muerto y protegerse a sí mismo, sino que por parte de la sociedad también existe este mecanismo. Notamos que cuando los sobrevivientes mencionan la muerte, el acto suicida, el dolor, quienes reciben el mensaje no saben cómo reaccionar a ello y dan paso al silencio. Culturalmente la muerte y sobre todo la muerte por suicidio sigue siendo un punto y aparte en las conversaciones cotidianas, en la tradición oral y en las cátedras de los colegios y universidades; con los niños, por ejemplo, hablar del fin de la vida es un asunto cotidiano.

El llanto dentro del silencio da fe de una idiosincrasia enfermiza que dice que los hombres no lloran; sin embargo, en estas entrevistas ningún hombre niega hacerlo. En el caso de las mujeres, si bien socialmente se les relaciona más con el llanto en público, estas dicen llorar en silencio para mostrarse fuertes ante una sociedad sustentada desde el machismo, ya que llorar se vincula con la debilidad. Respecto al llanto detrás del silencio, Simón Monsalve trae a conversación su percepción y comenta que:

Sin ninguna duda [existe un llanto], por mucho de que no lo hayan hecho en público, estoy seguro que en privado lo han hecho [sus amigos], porque no es por el hecho de que: ah es hombre y no llora. No, eso es pura mierda. Es porque, es el hecho de... marica, afrontar sentimientos así, es difícil, y más en público. (Comunicación personal, 17 de julio de 2023)

En la mayoría de los casos los sobrevivientes hacen el duelo en silencio bajo la premisa de que deben ser fuertes para apoyar a los demás familiares que están pasando por ese dolor, por ejemplo, Elena Trujillo nos decía:

Yo supongo que mis hermanas y mi familia hicieron como su duelo también en ese momento, pero siempre hay una persona en la familia que asume más responsabilidad, ¿verdad? Entonces mi mamá estaba destrozada, mis hermanos eran un llanto por todos lados y entonces yo tomé una actitud como: bueno, alguien tiene que tomar la responsabilidad y decir: “hay que organizar el funeral, hay que hacer esto, etcétera”. Entonces no tuve en ese momento como tiempo de hacer mi duelo, de llorar y de externar todas esas emociones y esas cosas, porque estaba involucrada en otras cosas. (Comunicación personal, 20 de julio de 2023)

Sumado a lo anterior, las personas nos comentan que es más fácil abrir sus corazones y realizar sus prácticas simbólicas con los amigos. En sus casas hacen las diligencias y las habitan con aparente naturalidad (que según sea el caso, puede ser un lugar compartido en vida con el difunto) y en espacios como la universidad, los parques o los bares manifiestan su fatiga o su efervescencia emocional.

El silencio empieza a hacer ruidos en la cabeza de cada persona y estalla en mil pensamientos acompañado de la complicidad de la oscuridad en los cuartos. Los lugares son marco condensador de prácticas individuales en silencio y son determinados a partir de momentos que las personas compartieron en vida de quien ya no está: así pues, estas prácticas configuran un acto de conmemoración no solo de la vida en el presente, sino de la vida y la muerte en pasado. Las personas ajustan los espacios para sentir en su cuerpo el silencio que trae consigo la contemplación del recuerdo.

Con lo anterior, la somatización, que es la “queja de algún “problema somático” y no siempre existe una evidencia biológica de alguna enfermedad orgánica o patológica y cuya naturaleza parece ser básicamente emocional, social o psiquiátrica” (Di Silvestre, 1998, p. 2), cobra sentido en esta investigación: la gente manifiesta cansancio, insomnio, agotamiento, falta de apetito e incluso dolor. Las personas mencionan un vacío profundo en el pecho o un desgarramiento del alma y/o del corazón. También está el deseo presente todo el tiempo: algunas veces de querer morir, otras de que pase ligero el tiempo, de estar dentro de un sueño y que la realidad sea otra. El silencio, en parte, es una analogía de dormir, donde parece que no se sabe nunca nada, donde no se siente nada, pero podrías sentir todo, donde en cualquier momento puedes despertar. Y es que bien dice

Le Breton (2006) que: “El silencio se convierte entonces en un vestigio arqueológico, algo así como un resto todavía no asimilado. Anacrónico en su manifestación, produce malestar y un deseo inmediato de yugularlo, como si de un intruso se tratara” (p. 7). Con lo anterior, no queremos que se mal interprete al autor en esta investigación, pues, cuando él hace énfasis en la inmediatez y en yugular el silencio apunta a que de alguna manera u otra el silencio se manifiesta de manera corporal y cultural en el tiempo que sea necesario para quien habita la práctica. No es un malestar per se, es un malestar en la medida que estamos dados a una sociedad bastante ruidosa.

Como ya lo habrán podido notar, el silencio no solo es la ausencia de palabras, es gestos que se hacen o que se omiten, lugares que se dejan de frecuentar, sonrisas que fingen estar todo en orden, buscar refugio en otras almas y en otros cuerpos; las personas agradecen mucho los abrazos, esos que no hablan, pero lo dicen todo. Así pues, el abrazo puede ser la antesala que rompe el silencio. Y es que éste “tiene razones bastante complejas. Para poder relatar sus sufrimientos, una persona precisa antes que nada encontrar una escucha” (Pollak, 2006, p. 21). En ese sentido, nos atrevemos a decir que para nosotros como investigadores fue necesario saber leer esto en cada entrevista y ceder con nuestro silencio, escuchar con la delicadeza que requiere la fragilidad de un tema tan complejo. Hemos callado, asentamos lo que dicen con las miradas, con las manos, con un vaso de agua, un café o un pañuelo para secar las lágrimas. Nos atrevemos, con los sobrevivientes que hicieron parte de esta investigación, a habitar el silencio, no en la misma medida, claro, porque no son nuestros muertos, pero sí como un acto de respeto, de solidaridad.

Sumado a lo anterior, podemos decir que el silencio es, en todo caso, detenerse en la memoria; no es fortuito que el párrafo introductorio de este apartado contáramos que incluso nosotros tuvimos que detenernos para buscar en nuestro propio pasado. Como investigadores de las Ciencias Sociales sabemos la importancia de la memoria, del relato y del silencio, sin embargo, es solo hasta ahora que nos metimos de lleno en el silencio de los sobrevivientes, de esta investigación que es tan suya como nuestra, que dimensionamos todo lo que justamente este puede decir.

Como ya profundizamos sobre el duelo y el enigma (y con ella la culpa) en apartados anteriores, es menester decir que los silencios también son lugar común allí. Así pues, pensar en la fatiga de sentir que la sociedad pone en los hombros de los sobrevivientes la etiqueta de “se pudo hacer más” para evitar la pérdida, puede configurarse como parte de la elección de los silencios. El guardar silencio no exime a las personas de pensamientos y sensaciones propias del enigma y la

culpa; sin embargo, si mitiga la culpa que imponen los demás. Los entrevistados comentan que, al ser el suicidio todavía un tabú, la sociedad los señala bruscamente y por eso a veces preferirían irse a un lugar lejano después de la pérdida para evitar cuestionamientos, pero “como la vida sigue”, parece ser que el mejor camino es callar, aislarse en silencio. Con ello, Elena Trujillo, quien perdió a su hermana, comenta lo siguiente:

La gente hacía muchos comentarios y la sociedad realmente es muy violenta, muy tosca, muy brusca, muy insensible con ese tipo de situaciones, porque dirán: es que son malos papás o muchas cosas que nos decían era como: será que fue abusada sexualmente por el padrastro, y eso no pasó. La gente hacía comentarios: “no, es que como la hermana es medio rockera y satánica, seguro algo le hizo”, y hacían ese tipo de comentarios, de verdad. Una vez mi hermana, mi otra hermana, iba caminando hacia la tienda y se le acerca una niña y le pregunta: “¿verdad que usted mató a su hermana?” O sea, los comentarios de la gente, de la sociedad, son muy crueles en ese tipo de situaciones y no se alcanza a imaginar el dolor que queda en una familia con una situación de esas. (Comunicación personal, 20 de julio de 2023)

Respecto a la sociedad, podemos decir también que lo amable u hostil que puede ser se materializa en las redes sociales, pues en la medida que los sobrevivientes escapan allí del silencio para realizar un acto de añoranza o conmemoración: poner una foto, un video o un escrito, abren la puerta a un incontable mundo de miradas atentas, pasivas y agresivas a su vez. Ahora bien, las redes sociales, ¿ruido o silencio? En el marco de las conversaciones con los sobrevivientes, pero también en nuestra indagación fuera de las entrevistas, se observa que este espacio permite manifestar e identificar la entrada y la salida del universo del silencio. Allí las personas ponen su sentir sin percibir una confrontación en persona (a veces asumida como directa) por parte de los demás, lo cual genera descanso y liberación de culpa, pues lo que se hace y se recibe desde ahí se puede, entre comillas, controlar. Sumado a ello, la actividad o inactividad en redes frente al tema del suicidio de un amigo o familiar puede determinar señales de deseo de querer hablar o no. Además, es notable que desde allí las personas pueden acompañarse aun en las distancias, en la ausencia de la voz y del tacto. Con lo anterior, es prudente apuntar que la capacidad de convocar que tienen las redes sociales permite el encuentro, un determinante a la hora de romper los silencios

individuales y dar el paso a prácticas simbólicas de orden grupal, o incluso del miedo que compete acercarse al campo, pues estas nos permitieron fisurar ese miedo que teníamos en un inicio de acercarnos a los sobrevivientes, y desde allí pudimos hacer la invitación a este proyecto en el cual las personas se sumaron voluntariamente. Así pues, ante la pregunta por la importancia de las redes sociales a un amigo de Ramón nos cuenta que después de la muerte de su amigo y maestro, las interacciones sociales por este medio tuvieron el siguiente papel para su proceso:

En el duelo no, porque siento que al menos el duelo mío es más particular. No he necesitado como las redes y eso, pero sí para la conmemoración de la vida. Como cuando uno piensa eso de no olvidar a las personas, como que cuando yo hago esas, cuando comparto esas imágenes sé que también hay otras personas que lo pueden recordar en ese momento, que de pronto no lo recordaban hace mucho tiempo. E incluso con esas fotos, por ejemplo, hay muchas reacciones también, lo cual me parece como muy curioso. Pues me parece medio peye como también hablar del duelo y la conmemoración por medio de reacciones, pero al menos uno sabe que las reacciones también como que son una evidencia de que no soy la única persona también que pasa por eso. (Comunicación personal, julio de 2023)

Dentro de las entrevistas realizadas pudimos identificar que algunos familiares del suicida niegan que la muerte haya sido autoinfligida, se niegan a nombrar los hechos como un suicidio y aluden que las cosas se dieron de manera diferente, por lo general, de manera accidentada. Este tipo de accionar, dentro de esta investigación, creemos que también se configura como lo que hemos nombrado “silencio por omisión”. Esto cobra relevancia en la medida que las diferentes posturas frente a la realidad de los hechos pueden confrontar en colectivo las prácticas simbólicas y rituales individuales. No nombrar el suicidio encapsula al sobreviviente en una lucha constante entre lo que hay en su panorama y entre el panorama de quienes si nombran el hecho. El “silencio por omisión” se hace latente, en su mayoría, por parte de las madres, quienes se rehúsan a soportar el dolor por la pérdida de un hijo más el peso religioso, histórico y social que tiene el suicidio aun en estos días.

Finalmente, el silencio se vuelve un marcador imprescindible en la modificación de los ritmos de vida para poder darle paso a los ritmos propios del duelo y también como un marcador de especialidades en relación con los otros, por ejemplo, la proxémica y la pragmática, incluso lo

tático a la hora de concretar un café o una reunión de trabajo; todo esto fundamental para el proceso de transformación de los signos.

La práctica (del silencio) que hemos dado por sentado, que no es consciente, es asunto transversal no solo en esta investigación, sino en la vida de los seres humanos. Los sobrevivientes desde el silencio configuran nuevos códigos que les permiten moverse en sociedad y con ello las prácticas simbólicas, los ritos o el ritual que llegan después del suicidio dan fe de una imbricación con la vida cotidiana regida por unos consensos sociales.

Quienes fueron partícipes de este trabajo de grado, nos muestran como el silencio les lleva a la resignificación de su propio ser. En ese orden de ideas, hay una confrontación interna entre el querer ser y el deber ser, entre el quedarse o huir del dolor que les habita. Tanto las palabras como los silencios muestran las características, uso y memoria de las interacciones (Lizarralde, 2012). En ese sentido, la decisión de los sobrevivientes de entregarnos su experiencia, de narrar su dolor y su proceso, nos permite un boleto de entrada a lo que han sido, a lo que son y lo que pueden ser tomando como punto de partida el entramado que compone los silencios. En la relación investigadores-sobrevivientes nosotros cedimos nuestra palabra al silencio y ellos su silencio a nuestra palabra, sin embargo, esto no es una escucha pasiva, pues nuestro silencio también se rompe en este texto. Todos abrazamos los silencios y las palabras, fuimos inicio y fin y viceversa.

Capítulo 3. Dispersar la niebla.

Darle una mirada antropológica al duelo por suicidio es de por sí la parte más pura de la investigación, profundizar en cada una de las historias y evidenciar las formas en que las personas construyen todo un entramado simbólico inconsciente en su día a día o en fechas puntuales que les permite tramitar la pérdida es muy dicente, pues a partir de los pequeños actos se permite observar como las prácticas están permeadas por elementos culturales, místicos y religiosos que ayudan a cada persona en medio de su compendio de creencias y costumbres. Se hace importante ahondar en la importancia que han tenido los rituales fúnebres en nuestro contexto cultural, y la forma en que los mismos le han ayudado a muchas personas a interiorizar el tránsito entre la vida y la muerte, pero al mismo tiempo es importante profundizar en las transformaciones y nuevas formas de ser y estar que han adoptado las nuevas generaciones, y cómo además, los rituales y las prácticas simbólicas pueden llegar a fusionarse dependiendo de las necesidades de cada sobreviviente, pues se reconoce que estas no son mutuamente excluyentes.

Rito y Ritual

En este apartado trataremos de detallar la manera en que los participantes nos permitieron ver la inseparable sintonía del rito y el ritual y su diferencia con las prácticas simbólicas, sin pretender restarle valor a ninguno de los casos, sino resaltando la incidencia de cada uno en la vida individual y social después de la pérdida por suicidio.

Hemos notado durante nuestra vida que el ritual es confundido con lo rutinario, por lo general las personas creen que cualquier atisbo de movilidad repetitiva es un asunto ritual: lavarse los dientes en la mañana, tomarse un vaso de agua al levantarse, compartir el café en la mañana en familia, poner primero el pie derecho en el suelo al levantarse, usar x camisa en fechas especiales, quemar una carta, botar los peluches, etc. Sin embargo, el panorama tiene unas particularidades a considerar. Si bien el ritual se compone de la repetición del rito, que es la acción concreta y materializada que permite distinguir signo y símbolo, asunto del que ahondaremos más adelante, es necesario entenderlo por fuera de la cotidianidad.

Segalen (2005, como se citó en Lardellier, 2015) define el rito como “un conjunto de actos formalizados, expresivos, portadores de una dimensión simbólica (...) caracterizado por una

configuración espaciotemporal específica, por el recurso a una serie de objetos, cuyo sentido codificado constituye uno de los bienes comunes de un grupo” (p. 2).

¿Pero entonces por qué generalmente se entiende como cualquier acción humana repetida? Esto está ligado a la idea expuesta recientemente que define el rito, el asunto es que las personas le dieron un giro separando el piso mítico y se centraron en el lado que implica darle un orden a la vida. Sumado a ello, no podemos dejar de un lado el dogma, que invita constantemente a tener una vida ordenada para Dios, impartiendo una serie de recomendaciones para la toma de decisiones no solo en el ámbito espiritual, sino en lo cotidiano aún en países como Colombia que en teoría es laico. Este tipo de recomendaciones implica un orden, un asunto rutinario, que las personas no ahondan más allá de su aparente fiel cumplimiento. Ser buen cristiano es, entre muchas cosas, asistir a los rituales cada domingo, pero he ahí la confusión, el ritual no es cada domingo, es la celebración del culto como tal, que pretende unir la vida terrenal con el camino a la eternidad y la santidad. Puntualizamos en este aspecto, porque si en asuntos de orden cristiano, que tiene los códigos, los signos y los símbolos a la mano, se tiende a confundir el rito y el ritual con lo práctico-rutinario, con un mandato, más aún se da en momentos de la vida que no responden al orden de lo religioso como los procesos de duelo en cualquiera de los casos (por muerte, amoroso, etc.) y las celebraciones de paso en la vida de la gente. La costumbre de ir a misa, por ejemplo, hace parte del rito, sin duda, porque no hay misa sin feligreses, pero no basta con esto, no es solo ir, es necesario entender que la institución de la eucaristía busca la consagración del cuerpo de Cristo como símbolo de sus enseñanzas y la liturgia como parte del camino para comunicarse con Dios y buscar la vida eterna, pues, de lo contrario, insistimos, es solo un asunto sistemático, rutinario. En ese orden de ideas, para darle sentido al ejemplo, tenemos que:

El sacramento de la Eucaristía es la participación convival en el sacrificio de Cristo que es la misa; y si este sacrificio, por su misma noción de sacrificio, tiene un carácter público y social, también tendrá este carácter público y social la participación convival en los manjares sacrificados que sigue al sacrificio y lo integra. Ahora bien, si el sacrificio y el convite sacrificial que le sigue tienen un carácter social y público, lo normal será realizarlo de una manera social y comunitaria. Con lo cual no queremos negar que en ocasiones el sacrificio pueda ofrecerse y pueda participarse en él de un modo privado, esto es, no comunitario. (Nicolau, 1968, p. 532)

Y si bien lo repetitivo es parte fundamental del rito para configurar un proceso ritual, es ahí donde no se puede confundir con lo rutinario. El ser humano es la sumatoria de acciones intencionadas; sin embargo, para que estas intenciones sean entendidas como ritos, deben componerse de asuntos contundentes marcados por los sistemas de pensamiento que en sus orígenes fueron los sistemas religiosos y que son los órdenes del mundo: el nacimiento y la muerte, es decir, todo lo que hay en medio y las transiciones que rotulan la existencia humana a merced de la cultura, lo cual configura un proceso ritual.

El ritual puede tener muchas variables, pero acá nos centraremos en dos de ellas que son fundamentales: la dimensión temporal y la dimensión espacial. Los tiempos y los espacios (lugares, territorios) del rito trazan un proceso en el que aparecen un compendio de objetos, manifestaciones simbólicas y acciones que tradicionalmente son eficaces para determinar el devenir del grupo en relación a un hecho específico, previsto o sorpresivo: los tiempos de cosecha y la aparición de la lluvia o la sequía; la muerte, su llegada y la despedida del difunto; el matrimonio y la llegada de la vida familiar, por mencionar unos cuantos. En ese sentido el proceso ritual está conectado con un sistema de relaciones que hacen que cada sistema humano codifique y organice todas las distintas acciones relacionadas con esas dos columnas vertebrales de la experiencia humana que son la vida y la muerte y sus matices en relación con el tiempo y el espacio. Dicho lo anterior, el rito debe estar sustentado por un piso mítico, donde, en el caso de la muerte, busca sostener la relación del difunto o la difunta con la vida en sociedad en el plano terrenal, hacer que su paso por la vida siga de manera simbólica en las dinámicas sociales y así ser parte de la continuidad de la vida grupal. Y es que, respecto a esta particularidad, Turner (1988) comenta que:

Si se considera la liminalidad como un tiempo y lugar de alejamiento de los procedimientos normales de la acción social, puede contemplarse potencialmente como un periodo de revisión exhaustiva de los axiomas y valores centrales de la cultura en que se produce. (p. 171)

Así pues, las esferas culturales como la económica, la política y los asuntos de parentesco que componen la cotidianidad se desplazan en disposición de un nuevo orden cultural (a partir de un suceso) el cual cobra sentido en tanto logra recoger a los individuos en el sentimiento de lo grupal, donde el rol que ocupa cada uno incide más allá de la fuerza (entendida como la ontología)

humana y, en consecuencia, tiene consigo una serie de signos y símbolos que traen a colación un orden destinado por lo sobrenatural (sea desde la fauna, la flora, lo espectros o lo no humano en general) que permite, en cierta medida, acudir a la esperanza y tomar rienda de las transiciones sociales.

En esta investigación los participantes, desde las conversaciones que tuvimos, permitieron observar la manera en que los ritos de la iglesia católica disponen por un lado el aliciente de tranquilidad de los que profesan esta fe y se encuentran con un jardín de esperanza que florece con el cumplimiento fidedigno de la misa del sepelio, poniendo cuerpo, mente y corazón, por la salvación y el descanso del alma del suicida; y por otro lado estos ritos se disponen a convocar el sentido de acompañamiento por parte de quienes no profesan la fe católica, pero que se abrazan con los creyentes en tanto entienden el dolor. Simón Monsalve (Comunicación personal, 25 de julio de 2023), por ejemplo, comenta el sentido que tuvo para él y sus amigos el asistir al sepelio con el rito católico:

En el grupo de amigos, que éramos más unidos por esos días, había de todo menos catolicismo. Éramos borrachos, hijos de puta, perdidos, lo que quieras; eso de bohemio para arriba no bajábamos y no sabemos cuál de todos estaba más borracho cualquier día de la semana. Pero íbamos a la misa o pensábamos que esto de la misa había que hacerlo, todos, ni uno solo de nosotros pensaba en lo mínimo en no asistir e incluso mirándome a mí todos, porque, pues, yo soy el más escéptico, el que más ataca todos estos ritos. Pero es que todos dijimos lo mismo con una justa razón: venga, pero es que ir a la misa no está mal, es acompañar a la mamá.

Con lo anterior, esto no representa solo sumarse en presencia (no ideológicamente) a la esperanza del rito por la salvación del alma o el acompañamiento de la mamá, sino que también es respetar el vínculo difunto con su parentela, sus seres queridos, y con ello denota justamente esa conexión entre conmemorar simbólicamente la vida y muerte, lo espiritual y lo terrenal (piso mítico), lo que fue y lo que sigue siendo, que además disponen un delicado sistema de relacionamiento familia-amigos del difunto, esto es, desde el engranaje que configura el rito, dar un orden social.

El rito tiene siempre el tinte del homenaje, pero no todo homenaje es un rito. En algunas ocasiones las personas logran desvincular el asunto ritual de las ceremonias que lo comprenden, sin embargo, no quiere decir que el rito no se explique en sí mismo, o pierda su calidez, pues este tiene una institución social y basta con que una persona incida en él para conservar su esencia. Víctor Guzmán (Comunicación personal, 25 de julio de 2023) en su relato permite ejemplificar lo dicho, pues, respecto a la despedida de su amigo comenta que:

Entonces fue como muy tropeludo, como la familia de Camilo es muy tradicional, pues ellos iban a hacer un sepelio católico, una misa, no sé qué, y no pudimos tener ni... Entonces lo que queríamos hacer es un homenaje, y el homenaje fue básicamente: a la ceremonia asistimos todos, pero hicimos como una despedida con globitos. Entonces en el cajón donde estaba él... que fue inmediatamente después de la misa ahí en Campos de Paz, lo cremaron inmediatamente. Entonces, normal, nos sumamos a eso, hicimos con los globitos, dejamos ir al aire y luego antes de meterlo al horno crematorio, unas palabras: fue los rituales que hicimos a la par de los familiares, que hicieron la misa católica clásica, pues de los sepelios.

Vemos como el grupo de amigos le dio un sentido diferente al encuentro, por su parte el cementerio, el ataúd, la misa como tal, se configuró como un espacio que se disponía para despedir la corpóreo y el espíritu de su amiga, darle un punto de tránsito al vínculo, sin embargo, el ritual se mantiene en tanto la familia de Obando conserva la tradición del acto fúnebre, que, por cierto, muestra también una variación que se sale de lo ortodoxo con la cremación. Acá podemos notar, además como práctica simbólica y rito pueden danzar en la misma pista.

Algunas personas tienen noción sobre diferentes tipos de rituales, y prefieren tratar de darle otro sentido, por ejemplo, evitar nombrar la muerte y, por el contrario, conmemorar la vida cambiando las canciones tradicionales y los rezos por elementos que dan fe del paso terrenal del difunto y su vinculación con quienes lo despiden. En nuestras conversaciones con Camilo Ibáñez (Comunicación personal, 18 de julio de 2023) el asocia el ritual funerario con su vida y la pérdida de su amiga de la siguiente manera:

Siempre que una persona muere y si es de religión católica, pues se suele hacer eso (rituales funerarios), pero a mí en particular no me gustan esos rituales de muerte, pues, yo los

considero como rituales de muerte, entonces a mí no me gusta participar en esos ámbitos porque, por un lado siempre se pasan toda la noche rezando y yo digo: está bien rezar un rato, pero es que pasarse toda la noche, no sé, no, yo no soy de vida nocturna, entonces no me gusta; y por otro lado, yo soy como más de: ok de pronto sí voy a la misa que se le hace en torno a esa persona, de pronto vaya una noche como por respeto a la familia, por la persona, pero no me quedo toda la noche, tipo: son las 12 de la noche ya me voy. Yo no sé por qué, pero yo siempre asocio cuando una persona se muere, yo no sé si a ustedes les pasa que llueve, siempre llueve, siempre llueve, siempre llueve.

Camilo entiende que es un ritual de muerte y justo porque tiene esta cualidad, prefiere no ser parte de él o entenderlo más por el lado del acompañamiento. Con todo y ello, él logra entretejer en su relato manifestaciones propias de la cosmogonía, como es el caso de la lluvia, que tiene como fin estructurar el apoyo de la naturaleza hacia la pérdida terrenal y simpatizar con el dolor a ojos del grupo. Acudir a este tipo de narrativas convoca en tiempo y espacio una manifestación que excede el control humano, pero que permite marcar el tránsito de la vida y la muerte.

Con todo y lo anterior, si bien hay quienes no comparten la creencia en la esencia de los rituales de muerte, que por lo general son ritos católicos, entienden su importancia para la vida y los creyentes y se adhieren a ellos desde el acompañamiento y el respeto. En concordancia con esto, podemos corroborar que el rito sigue enraizando un orden social, pues con todo lo cuestionado que pueda estar en espacio individual, logra movilizar hacia el sentido grupal y se valida en lo institucional. Además, el asunto resulta tan potente que termina posicionando a cada individuo en un escalafón de estatus dentro del ritual, donde las responsabilidades de orden y el quehacer dentro de él permite incidir en la eficacia simbólica emergente. Es así como un amigo de Ramón (Comunicación personal, 18 de julio de 2023) nos cuenta que, en temas de fe, él deposita su confianza en los deseos bienintencionados para él desde los rituales de su madre y abuela, y además comenta la importancia que tuvo el ritual del sepelio de su amigo y maestro Ramón:

Igual yo entiendo como ese ritual, si bien no es algo que yo diga como que profese, pero entiendo cuál es la intención y como para explicarlo un poco mejor, por ejemplo, cuando mi abuelita me dice que yo voy a salir y mi abuelita, mi mamá me dicen, Dios te acompaña, ¿cierto? Pues yo no soy como, ay no creo en Dios, no me digas eso, sino que yo agradezco

como también la voluntad del deseo de aquello en lo que esas personas creen, ¿cierto? Lo mismo creo que sucede en este escenario, como que entiendo también que para la familia pudo haber sido importante, la familia también encontró muy valioso que muchas de las personas que lo acompañamos en Medellín, hubiéramos acompañado también a la familia en Cali también, por ejemplo, entonces sí lo veo como muy valioso, incluso también no solamente como para la familia, sino como para nosotros en el sentido de, cuando sucedió y estábamos acá en Medellín.

Finalmente vemos como el rito es una suerte de átomo para el proceso ritual y a partir de allí los seres humanos disponen el engranaje social para mantener el orden dentro de un suceso como a muerte, donde no se niega la sensibilidad humana, sino que la sustentan en un anclaje mítico que permite aferrarse a un entramado simbólico que cobija la continuidad de la vida grupal.

Prácticas simbólicas y materialidades

Las prácticas simbólicas, igual que rito y ritual, contienen en su esencia la intención de homenaje y conmemoración, con la diferencia de que estas tienen una incidencia desde lo individual a lo grupal sin la sustentación en un piso mítico necesariamente. En el caso de esta investigación, están en función de ser una suerte de bálsamo reparador de las fisuras que atraviesan la vida después de perder un ser querido por suicidio y, a su vez, acompañar el proceso ritual y la cotidianidad terrenal. En concordancia con eso, en este apartado nos aproximamos a esas acciones intencionadas que permitieron simbolizar los sentimientos de los sobrevivientes a partir de manifestaciones individuales y grupales. En ese sentido buscamos ahondar en esas acciones que están a merced del símbolo, donde:

La función simbólica- muy difícil definir exactamente, salvo en términos usuales- es un modo de pensar que permite aprehender los estados objetivos y subjetivos, no en términos de conocimiento exacto, sino en términos de abstracción desprovista del contenido sensorial y material implicado en el conocimiento ordinario. (Soulaire, s.f, como se citó en Soria, 1965, p. 568)

Con lo anterior, las prácticas simbólicas se configuran como estrategias y recursos un poco más inmediatos, no cronológicamente hablando, sino en tanto a la libertad que tienen los individuos de saltarse la ortodoxia y “pureza” de un rito y el dogma, pero que de igual forma permiten a las personas aferrarse al sentido de supervivencia grupal después del shock de la pérdida por suicidio. En ese sentido son la ayuda de la ayuda, es decir, las acciones a las que las personas se aferran en el proceso de duelo, donde entran en juego materialidades (objetos, música, sustancias, colores, etc.) determinadas por lo simbólico, donde, como afirma Tria Mercant (1973):

El símbolo no crea la imagen del mundo ni es reflejo de la realidad objetiva, sino que determina en algún sentido nuestra visión del mundo. Representa el esfuerzo por armonizar y complementar el realismo del reflejo con la creación subjetiva de la imagen de la realidad en el proceso del conocimiento. (p. 138)

Las prácticas simbólicas son una suerte de montaje a partir de los pedazos rotos, un collage sincrético donde las acciones ayudan a resignificar la identidad de los individuos, su vida, la vida del suicida después de la muerte y la relación que tenían. Así pues, este collage de símbolos implica una tarea minuciosa, en la que la vida de quien partió de este plano terrenal se convierte en archivo, pues quienes quedan esculcan su vida, se preguntan cosas, se sumergen en sus materialidades, espacios y gustos para tratar de realizar un homenaje a la altura, para decirle al mundo -su mundo- quién fue y sigue siendo esa persona en su vida, tal como lo relata Víctor cuando recuerda uno de los homenajes que le hicieron a su amigo Camilo Obando:

La conmemoración que le hicieron fue gracias a Karen, que es como la befa (mejor amiga) y otros parceros que a pesar de que no conocieron mucho a Obando, le cogieron mucho cariño. Uno de ellos es rapero, entonces armó un homenaje con música, con actividades artísticas, buscando todo lo que le gustaba a él (a Obando). Yo llegué tarde a ese homenaje, porque yo estaba trabajando, llegué básicamente al final. Pero lo que yo sí supe fue que al artista que decoró con las fotitos, se le ocurrió la idea de llenar ese espacio en específico, porque era como lo emblemático. Cuando nos encontramos con él, sea quien fuera, el punto de encuentro era ese rincón de ahí, esa esquina junto a los baños. Víctor Guzmán. (Comunicación personal, 25 de julio de 2023)

En sintonía con lo dicho, acá entramos a agradecerle a Mateo Ruiz, quien trajo a colación justamente la palabra “archivo” en este trabajo, que, si bien él lo habla en el sentido de lo que espera hacer para conmemorar la vida de su amigo, creemos que la palabra es, en gran medida, parte de lo que implica realizar una práctica simbólica en general. Mateo cuenta que dentro de su proceso él desea realizar un documental de la vida de su amigo Jony y la huella que dejó dentro de la poesía en Medellín, además comenta que la ausencia de un archivo personal de Jony no es un asunto del azar, sino que está marcado por las condiciones que atravesaron la vida de su amigo, pues habitó las desigualdades de un país como Colombia. Jony, oriundo de Nechí, en su infancia, adolescencia y parte de la juventud no tuvo acceso a recursos digitales o de cualquier índole que le permitieran registrar su proceso creativo y/o artístico, en ese sentido, Mateo busca también hacer un llamado a pensarnos y posicionarnos políticamente sobre las dificultades que limitan el talento en el país:

Realmente, el documental tiene dos sentidos: el primero es hablar sobre el Jony poeta, que, aunque detesto en este momento ese lugar de enunciación, me parece importante. Y de verdad, es que Jony fue importante para la poesía acá en Medellín. Es raro que yo lo diga, pero de verdad Jony era importante y continúa siendo importante para la poesía. Y, de hecho, continúan sacando libritos de Jony. Él había publicado un libro y ese libro se sigue publicando y cada rato lo encuentran en muchas partes y es lindo. Y lo segundo es que yo también quería hablar sobre la ausencia de archivo. Mis intereses documentales están depositados en el archivo. Me interesa mucho dialogar con el archivo. Y modificarlo. Y utilizarlo para hacer documental. (Mateo Ruiz, comunicación personal, 27 de julio de 2023)

Con Mateo vemos que las materialidades dentro de las prácticas simbólicas están ligadas a las pasiones de quien las realiza, pues, como se decía unas líneas más arriba, estas son la apertura también a un proceso de confrontación con la realidad y con ello a una reconfiguración identitaria: quién soy después de la pérdida, cómo hábito el mundo. En el caso de Mateo, que es periodista y se interesa por el archivo y lo audiovisual, encuentra un lugar cómodo desde la realización de un documental, pero en casos como en el de Víctor Guzmán, por ejemplo, la música de parranda será ese lugar de manifestación simbólica. Anudado a ello, se puede decir que las prácticas simbólicas

ayudan no solo a que las personas se sepan en duelo, sino que, además, lo ubiquen dentro de las dinámicas de la vida social.

Si bien las prácticas simbólicas pueden ser repetitivas al igual que el rito, sus ritmos, sus tiempos y su secuencia es definida por la o las personas en la medida que lo crea necesario sin el temor de que tal decisión irrumpa en un orden sobrehumano en referencia con el temor por el caos social, como sí pasa con el ritual y su piso mítico. Con todo y esto, no quiere decir que el rito tenga más peso que ellas, pues ambas cosas son necesarias para el sobreviviente y de alguna manera u otra esto se refleja en la vida social y, sobre todo, ambas están ligadas a creencias culturales inscritas por el o la sobreviviente

Anudado a lo anterior, las prácticas simbólicas son formas de comunicar que sobresalta la palabra atorada con el amargo de la pérdida y vehiculizan el sentir. En la medida en que la persona va materializando con ellas su lugar en el proceso que lleva, se permite el llanto, la risa y la compañía, se permite, incluso, destellos de creatividad. Acá es necesario mencionar que las prácticas simbólicas no son dependientes del dolor o la tristeza, no emergen solo de esta emoción o si nacen de allí, puede transitar a otras emociones como la tranquilidad y acompañarse de las risas, como relata un amigo de Ramón:

La noche que nos enteramos de la noticia, nos reunimos, y estuvimos parchando en un bar, ahí teniendo el duelo, al tiempo que tomábamos y disfrutábamos, entonces justo en ese momento y como las siguientes ocasiones cuando vinieron las personas de Bogotá, veíamos también como ese espacio de duelo como algo bonito, porque como que también encontrábamos como ahí como una razón para parchar, y uno hacía chistes como de: ah, Ramón hizo esto para que nos reuniéramos. Incluso que mire la gente de Bogotá y nos parecía como también bonito, y conociendo a Ramón no me parece como raro que él hubiese pensado también: ah, la van a parchar. Obviamente dolió mucho, especialmente como en la primera noche, el primer instante dolió bastante, como que al final nunca, pues tampoco nunca, pero encontrábamos mucho ese espacio como un espacio de reunión, de esto también era lo que él quería, que no nos lamentáramos tanto, sino que también lo viéramos como una fiesta, eso cuando sucedió muy al principio. (Amigo de Ramón, comunicación personal, 18 de julio de 2023)

Con el amigo de Ramón vemos que las prácticas simbólicas son marco condensador de las cosas que se compartieron con el suicida en vida y con la continuidad de la vida de los sobrevivientes; estas son lugar (simbólico, valga redundar) que convoca, que propicia el encuentro, que permite habitar lo que sea que pasa por la mente y el cuerpo; las personas organizan, gestionan, reprograman su vida, unen grupos de amigos y familiares que eran importantes para quien ya murió, y esto es nada más y nada menos que hacer sociedad. Las prácticas simbólicas, el rito y el ritual son la semilla que queda después del fuego en la quema, es lo que brota después de un incendio que prepara el terreno para un cultivo. Se adhiere a lo dicho, además, que estos espacios están dados a la vanguardia de los días, pues, las redes sociales son parte de estas dinámicas individuales y colectivas.

En la observación de los espacios virtuales se destaca cómo desde allí no solo se comunican y se convocan las personas, también este es un sitio de manifestación simbólica:

En cuanto a qué se postea, las publicaciones en redes tienden a celebrar la vida y recordar momentos de/con el fallecido, en contraposición al habitual pésame a la familia que se da en rituales presenciales tradicionales (Carrol Landry, 2010). Estos espacios para compartir el dolor, constituyen espacios donde existe el permiso para el diálogo, término utilizado por Moore y Colaboradores (2017) para referirse al permiso que se da uno mismo para compartir sus emociones. (Carrol Landry, como se citó en Soto & Fiotti, 2018, p. 45).

Los sobrevivientes se remiten a estos espacios para revivir momentos, conmemorar fechas, alimentar el archivo fotográfico o audiovisual y compartir los encuentros presenciales. Allí, se puede incluso encontrar una suerte de bitácora del proceso, pues hay quienes encuentran en este espacio un lugar cómodo para expresar lo que implicó la pérdida de su ser querido. Tal como comenta un amigo de Ramón:

Yo, por ejemplo, en mi Instagram, como que, desde ese momento, más o menos como dos veces al año, no porque lo tenga en la mente, sino que de repente lo recuerdo y quiero hacerle como un homenaje, como que subo alguna foto que yo tomé de él como en las historias, como en esas clases que yo te comenté, era muy típico que como que yo le tomara fotos y molestara con él y se las mandara. Entonces tengo como un repertorio súper grande

de fotos de él y como que las subo a Instagram de vez en cuando, incluso tú sabes que hay como fotos destacadas. Pues tengo una donde, o sea, tengo un álbum destacado, no sé cómo se llama. Donde él hace parte muy grande de esas personas, de ese proceso, sí. Entonces, como que siempre ha habido como elementos y cositas que me recuerdan como mucho a él. (Amigo de Ramón, comunicación personal, 18 de julio de 2023)

Las materialidades (que no son solo objetos que se pueden tomar en las manos, también son la música, las sustancias, lo onírico, lo audiovisual, entre muchas cosas) son el cuerpo de lo simbólico, el atisbo que permite la representación del contenido sensorial tanto del ritual como de las prácticas simbólicas. Pues:

La cultura material actúa sobre la comunidad humana de una forma social, dentro de un marco de significado. Como correlato de esta visión, se deja de lado el interés por la creación de leyes generales y modelos explicativos; ya que el significado de un objeto o un ítem de cultura material varía de acuerdo con el contexto en el que se usa, y los sujetos “manipulan” la cultura material como recurso y como sistema de señales. (Hodder, 1988, como se citó en Frau, 2019, p. 16)

En ese sentido, los sobrevivientes en sus relatos permitieron identificar la incidencia simbólica de las materialidades y su agenciamiento en el proceso individual y grupal, donde éstas además son acompañadas por un valor contextual que pone en diálogo las manifestaciones simbólicas con la percepción sobre la vida y la muerte, el alma y el cuerpo, el individuo y la sociedad. Con esto, además, este trabajo transita el camino donde las personas a través de los recursos tangibles e intangibles se encuentran consigo mismas y con los demás, pues esta es una forma de comunicar. Camilo Ibáñez, por ejemplo, nos contaba cómo la música lograba reunir su sentir en una suerte de bucle y con ello conectar con su amiga:

Si bien lo que yo escucho es música muy pesada, en ese momento, hubo un periodo de tiempo en donde yo solo empecé a escuchar música de metal, pero baladas de metal triste. Hay una canción que a mí me pareció muy bonita, la estuve repitiendo en bucle durante ese periodo de tiempo, se llama “puertas del cementerio”. Yo siempre la escuchaba y la repetía

en bucle, yo no sé, en ese momento por qué a uno todo se le hace como tan evidente cuando pasan esas cosas y uno escucha una canción y siempre asocia la letra con la persona, siempre, y esa fue como la canción más recurrente que yo escuché durante ese momento. (Camilo Ibáñez, comunicación personal, 18 de Julio de 2023)

Luego de conversar con Camilo buscamos la letra de la canción *Cemetery gates* (Pantera, 1990) a la que él nos refería y consideramos importante dejar en este trabajo consignada la traducción de su letra:

Reverendo, reverendo
¿Es esta una conspiración?
Crucificado por ningún pecado
Una imagen debajo de mí
Perdido dentro de mis planes de vida
Todo parece tan irreal
Soy un hombre no podría sentir la mitad de este mundo
Abandonado en mi miseria

El reverendo volteó hacia mí
Sin una sola lágrima en sus ojos
No es nada nuevo para el
No le pregunté por qué
Recordaré
El amor que nuestras almas tenían
Jurado para hacer
Ahora miro la lluvia que cae
Todo lo que mi mente puede ver
Ahora es tu (rostro)

Bueno, imagino que te llevaste mi juventud
La regalé

Como el nacimiento de una alegría recién encontrada

Este amor terminaría en rabia

Y cuando ella murió

No pude llorar

El orgullo dentro de mi alma

Me dejaste incompleto

Solo como los

Recuerdos ahora revelan

Creo en el mundo,

Abriré mi puerta

Y pasaré

Las puertas del cementerio

A veces cuando estoy solo

Me pregunto en voz alta

Si me estás cuidando

En algún lugar muy lejano

Debo invertir mi vida

No puedo vivir en el pasado

Entonces liberar mi alma

Me pertenece por fin

A través de todos esos

Complejos años

Pensé que estaba solo

No me importaba ver alrededor

Y hacer mío este mundo

Y cuando ella murió

Debí haber llorado y ahorrarme un poco de dolor

Me dejaste incompleto

Tan solo como los recuerdos permanecen

La manera en la que éramos
La oportunidad de salvar mi alma
Y mi preocupación ahora es inútil
Creo en el mundo,
Abriré mi puerta
Y pasaré las puertas del cementerio

La manera en la que éramos
La oportunidad de salvar mi alma
Y mi preocupación ahora es inútil
Creo en el mundo,
Abriré mi puerta
Y pasaré las puertas del cementerio.

Nos atrevemos a decir que es gratamente sorprendente que Camilo traiga esta canción en la entrevista, pues su letra parece recoger las nociones abordadas en este trabajo. En su letra hay rito, ritual, alusión a símbolos propios del cristianismo y, sobre todo, contempla los matices que hay entre la vida y la muerte: la pérdida, la ausencia, el recuerdo, el dolor, el enigma, el amor, quienes se van y quienes continúan.

Con lo anterior, cabe agregar que a nivel cultural las materialidades son el reflejo de la historia social, es decir, del pasado, y la arqueología más que nada puede dar fe de ello, pero también son el reflejo de la enunciación del presente y, si se quiere, la antesala del futuro. En ese orden de ideas, la música cobra gran sentido, pues esta materialidad convoca diferentes esferas sociales que están atravesadas por asuntos generacionales en tanto los géneros abordados según las edades, entre otros factores que decantan al individuo por la elección de las canciones, que, además, en procesos de conmemoración de muerte están ligadas a la vida del suicida. Pues, como expresa Frau (2019):

La materialidad es una consecuencia de la acción del hombre, de su paso por el mundo, y es objeto de estudio en tanto nos permite reconstruir ese mundo y esa cultura. Es decir, la

materialidad, el mundo de los objetos, importa ya que nos devela cuestiones sobre el mundo de los humanos, de las sociedades, de la cultura. (p. 14)

La cultura colombiana, por ejemplo, se caracteriza por su espíritu decembrino, por la parranda y la festividad en el mes que cierra el año. La música parrandera en Antioquia, en la cultura paisa, convoca las familias y los amigos en reuniones donde el licor y el baile por lo general están presentes y parece no existir una brecha generacional para el disfrute. Víctor Guzmán nos cuenta como en estas fechas recuerda a su amigo Obando, quien era fanático de la música parrandera, y como con las canciones y el licor logró transitar entre el dolor de la pérdida, el recuerdo de Obando en vida y la compañía de sus amigos en estas fechas para conmemorar a quien ya se fue. Víctor comenta que estas festividades son un punto clave en su proceso y lo manifiesta de la siguiente manera:

Es por honor a él, y sobre todo porque nos había dicho muchas veces que de verdad lo hiciéramos, nos bebimos unas botellitas en honor a él. A parte de lo que hicimos con las bombas, los discursos, y acompañando el sepelio, lo que hicimos fue... Obviamente colocando música que nos hacía recordarlo, y sobre todo en diciembre, y era muy duro. Creo que eso fue de las cosas más bravas, porque una cosa es que lo hubiera hecho en un mes normal, pero lo hacemos en diciembre, ya condiciona el estado de ánimo para las festividades y más aún cuando tú sabes que las festividades que más le gustaban a él eran las de diciembre, entonces es como doble guarapazo. (Víctor Guzmán, comunicación personal, 25 de julio de 2023).

En esta investigación observamos que las materialidades también se toman los espacios de la Universidad y con ello comunican que ahí permanece la esencia de quién ya se fue, que ahí está la representación del vínculo, el recuerdo y la añoranza. Las conmemoraciones para Ramón, para Camilo y para muchas personas de la comunidad universitaria tienen espacio en el campus, permitiéndonos presentarlas y hacer registro. En ese sentido Víctor nos cuenta el valor simbólico que tiene el bloque 12 para él y su grupo de amigos a la hora de tener presente a Camilo Obando:

Recordamos todo el tiempo que era su lugar... O sea, no que está con nosotros físicamente, sino el símbolo y el recuerdo cada vez que pasamos por ahí, nos recuerda: Ey, aquí estaba Obando; ey, aquí estaba Camilo, aquí estaba Camilo, aquí estaba Camilo. Han pasado siete meses y eso es relativamente muy poco, pero uno tiende como a asimilarlo y hasta a olvidarlo por periodos. Entonces como para que el recuerdo siga vigente, al menos cuando llegues al lugar, recuerdes el lugar donde pasaba y pasa tal cosa, donde nos vemos el grupo cercano a él. Entonces es un gesto bonito, es muy efectivo, cada vez que yo veo esa esquina viene una imagen, un recuerdo con él. A mí me ayuda a tenerlo presente. Es un agradecimiento, pero obviamente ya no con la tristeza que fue al principio, sino ya como un golpe más asimilado, con un concepto realista, lo recuerdo siempre con mucho cariño. (Víctor Guzmán, comunicación personal, 25 de julio de 2023)

Figura 1

Conmemoración bloque 12, Universidad de Antioquia



En la imagen anterior vemos un vaso con un poco de café (bebida consumida por gran parte de la comunidad universitaria), una caja de una repostería y, hasta unos días antes de hacer la foto, una rosa. Indagando en las conversaciones con amigos de Camilo comentaban que él generalmente consumía café y que la rosa era símbolo de lo fuerte y a su vez sensible que era él. Anudado a ello, en esta investigación observamos que los sobrevivientes vuelven a los gustos del suicida con las materialidades para tener presente la esencia de su vida.

Una estudiante universitaria que prefirió mantenerse en el anonimato, nos compartió su proceso después del suicidio de su pareja. En su relato detalló que ha hecho varios altares donde trató de ser lo más fiel posible a la vida del chico y el tiempo que compartieron viviendo juntos y emprendiendo. En las fotografías nos mostró cómo en estos altares puso incluso el licor y las sustancias psicoactivas que consumía su pareja, fotografías y objetos que pertenecían a él y hacían parte de su cotidianidad. Ella nos habló de la importancia de seguir reuniéndose con la familia de él, de tenerlo presente en las cocinas, en sus corazones y en la vida: cada que pueden se convocan en torno a un comedor para celebrar su fecha de cumpleaños o conmemoran su muerte. Ella en

medio de este proceso se aferró a ideas espirituales, cree en la posibilidad de la reencarnación y siente cada tanto que él se comunica con ella a través de pequeños detalles de la vida y la cotidianidad, por ejemplo, en la iglesia, el día del sepelio, vio una placa en hierro que decía: “Yo soy el pan” y no dudó en hacer una fotografía, pues esto se convirtió en una suerte de sello totémico, dado que esto le recordaba el amor con que su pareja había logrado mantener en pie la panadería, famosa por los panes hechos de masa madre, y porque sintió que era una forma de él manifestarse. Ella no solo lo lleva plasmado en su mente y corazón, también en su cuerpo, pues, en su mano, las mismas que hacen magia en la cocina, las mismas que amasan el pan y que amasaron su complicidad con él, lleva un tatuaje en memoria suya.

Figura 2

Yo soy el pan



Finalmente, una materialidad recurrente son los medios digitales y/o audiovisuales. Los sobrevivientes buscan encontrarse con el congelamiento de los momentos en la fotografía y los videos y abrazar los recuerdos plasmados en las imágenes. Estas formas de materializar el sentimiento están presentes desde los ritos funerarios hasta en las prácticas simbólicas como los altares hechos en los hogares, en las universidades y en las redes sociales como forma más personal

de manifestar el proceso. En este sentido Denis, psicóloga y coordinadora de rituales significativos en la Unidad de Duelo de la Funeraria San Vicente, comenta que dentro de las materialidades más recurrentes que los familiares eligen para el rito funerario, para la velación, se encuentra el video, pues dicen que: “dentro de los más recurrentes podríamos hablar del video. El video es uno de los elementos. La música, indiscutiblemente la música ayuda a tramitar mucho. Y agrega, que: “la vela, la luz, la luz cobra un sentido y una significación. Un significado muy especial en un momento donde esa personita apagó la luz por su propia voluntad” (Denis Hincapié, comunicación personal, 28 de febrero de 2024).

Por su parte un politólogo que prefirió mantenerse en el anonimato cuenta la incidencia de estas materialidades en su proceso, diciendo que la conmemoración a su amigo Ramón:

Fue como un espacio muy bonito, había un altar con unas velas, con unas fotos de él y también como que se mostraron en una pantalla, en un videobeam, canciones que le gustaban al tiempo que mostraban fotos cuando estaba con nosotros y nosotras. Por el grupo estudiantil y lo que hacíamos, también viajábamos mucho a otras ciudades y otros países en competencias de debate y era común que él también estuviera presente. Entonces nos tomábamos fotos, también viajábamos pues en compañía y también hizo parte como de todo ese proceso. Durante ese espacio hubo también personas que contaron sus anécdotas con él. Yo no fui capaz porque estaba como muy destruido, pero siempre estuve muy presente y estuve también como muy pendiente en todo el momento. (Amigo de Ramón, comunicación personal, 18 de julio de 2023)

Sumando a ello, no solo las producciones personales logran transitar en la magia del recuerdo, pues el cine, al igual que las canciones logra ser una materialidad que convoca la conmemoración. Víctor, por ejemplo, se encuentra con las memorias de su amigo cuando recurre a la película colombiana “La Vendedora de Rosas”, pues comenta:

Algo simbólico es ver La Vendedora de Rosas todos los 24 de diciembre. Es una cosa que todo el mundo lo hace, pero para él era significativo, porque a él le encantaba mucho esa película. Entonces yo todos los 24 me veo sagradamente esa película. Obviamente le gustaba mucho el cine colombiano, mantenía viendo cine colombiano y puras películas,

pero la que nos caracterizaba era esa, sabíamos incluso los diálogos de esa película. Yo me acuerdo que en un despacho un día con él me dio por transcribir el guión de los diálogos, y se lo mandé. Entonces literalmente algo simbólico que yo mantenga de él y haga sagradamente es ver *La Vendedora de Rosas* el 24 de diciembre. Eso también eso es objeto. Es un objeto intangible o es un comportamiento adquirido que se mantiene durante el tiempo y que obviamente la impronta es claramente Camilo. (Víctor Guzmán, comunicación personal, 25 de julio de 2023)

Las prácticas simbólicas, el ritual y las materialidades si bien parten del dolor después de la pérdida, no todas están a merced de él, pues los sobrevivientes también recurren a ellas para compartir la alegría de y con quien ya no está. Como ya lo mencionamos arriba, estas se inscriben al engranaje cultural y no es menor que exista el dicho popular que reza: “salud y chorrillo pa las ánimas”. Así pues, en la conversación con Denis, ella nos deja ver que dentro del rito funerario también se celebra la vida, pues comenta:

Entonces la familia, un ejemplo, estaba de cumpleaños ese día y la familia quiere que pongamos bombas. Mira, un elemento que está direccionado al tema, entre comillas, digámoslo así, de la fiesta y el festejo, también cobra sentido en un espacio como este, donde esa bomba hace la representación también de la celebración, de la celebración, de la vida en medio de la muerte. (Denis Hincapié, comunicación personal, 28 de febrero de 2024)

Las prácticas simbólicas y las materialidades bailan al son que le toquen los sobrevivientes. Van a la danza de la vida y la muerte y dejan huella de la fragilidad humana, de los corazones que palpitan ante el llamado cultural. Los sobrevivientes nos han demostrado que es posible transitar ante un camino de niebla que deja el suicidio y encontrarse al final con aquellos y aquello que fue y vive en la conmemoración.

6 Conclusiones

El duelo por suicidio se enmarca en su gran distinción con respecto a los otros tipos de duelo, siendo tan característico y único que a partir de las anteriores líneas escritas se pudo evidenciar su carácter diferenciador y el impacto que ha tenido en la vida de quienes lo han atravesado a partir de situaciones como el silencio, el enigma y la culpa, elementos que son, en lo sumo, rasgos propios del vivir humano, donde se constata su valor potenciador cuando un ser querido decide quitarse la vida.

Esta tesis permitió entender la diferencia entre un suicidio no ejecutado y los sobrevivientes de un suicidio, es decir, quienes participaron de esta investigación; pues, a partir de la información obtenida de fuentes bibliográficas y, sobre todo, de las conversaciones con profesionales de psicología y antropología, logramos comprender la dimensión sobre lo que implica transitar la vida ante un suceso como el suicidio, que se queda en el pasado, pero que obliga la configuración del presente y el futuro. En ese sentido, no es sobreviviente quien intenta suicidarse y el acto no se ejecuta por alguna razón o interferencia; quienes sobreviven son las personas que después de la pérdida de un ser querido, se enfrentan a un reordenamiento de su vida atravesada por condiciones sociales y culturales, las cuales son determinantes a la hora de llevar un proceso simbólico y/o ritual. Con lo dicho, cabe agregar que de alguna forma aportamos a esa categorización desde la antropología en tanto es la cultura quien testifica este tránsito entre la vida, la muerte y su entramado para entendernos dentro de la pérdida y dado esto es importante que, dentro de las narrativas sociales y cotidianas, y desde la teoría antropológica, se empiece a visibilizar la categoría de sobrevivientes del suicidio. Así pues, encontramos, que dentro de la disciplina antropológica es menester empezar a hablar sobre quienes quedamos, destacar la cara y la voz de quienes afrontamos la pérdida por suicidio, pues más allá de corroborar hipótesis o buscar teorizar, el trabajo de grado se configuró como un espacio de encuentro, de conversar, de darle valor al relato oral, a la memoria y la oportunidad de encontrar recursos sociales para tramitar el encuentro que cada uno tiene con sus emociones. Este fue un espacio donde las personas socializaron sus percepciones en tanto el suicidio, el duelo, el rito, el ritual y las prácticas simbólicas.

Ahora bien, las personas en la vida contemporánea parecemos no estar socializadas para hablar de la muerte y más aún si esta es producto de un suicidio. Damos por sentado que morimos, pero culturalmente no se habla de ello hasta que llega, nos da susto, pánico o simplemente miedo

confrontar esta idea desde la “tranquilidad” y “quietud” de la vida, nada se habló, por ejemplo, de ritos y prácticas simbólicas para prepararnos para la muerte, y es que creemos que nunca nos va a pasar, o más bien, en el fondo, esta es la esperanza. El suicidio es un asunto sorpresivo, catalogado como violento en su connotación, una afrenta, incomprensible en lo sumo, algo que parece enredarse en la teoría que reza que lo que no nombramos no existe. Sin embargo, una vez cara a cara con la muerte, se hace evidente que, contrario a lo que se dice, los ritos no se han perdido, no encontramos ausencia ritual; el suicidio, la pérdida, movilizan en las personas sentido litúrgico y simbólico.

El entramado vida- muerte, es decir, lo que hay en medio de “el inicio” y “el fin”, es determinante para comprender cualquier teoría antropológica. Los asuntos condensados allí son marcadores de la vida social: la percepción del tiempo, el espacio, la crianza, la naturaleza y la cosmovisión, entre muchas cosas, se median con el grupo en tanto nuestro paso cronológico avanza, incluso aun cuando se es todavía un embrión en gestación. Dimensionar las pérdidas y la muerte se convierte en una suerte de bricolaje de la vida propia y de quien no está, es, en lo sumo, un proceso de alquimia determinado por la cultura de la que hace parte el individuo.

Anudado a lo anterior, se puede decir que los recursos sociales para tramitar la pérdida encontrados en la experiencia de vida de los participantes comparten un punto común en tanto al significado de los ritos religiosos póstumos a la muerte, pues en las conversaciones que mantuvimos y su posterior análisis y codificación, se tiene que estas estos rituales están presentes más desde la solidaridad y el acompañamiento hacia la familia del quien se suicidó, ya que las familias en Antioquia son en su mayoría seguidores de la doctrina cristiana y religión católica. Así pues, la participación de estos espacios, en cierta medida, no son en sí la forma esencial en la que los amigos del difunto o la difunta elaboran el duelo; sin embargo, la “necesidad” de acompañar a las familias también tiene una carga simbólica que de alguna manera mantiene el contacto espiritual con quien ya no está en el plano terrenal.

Todo lo dicho nos dio pistas para comprender que lo simbólico no necesariamente parte desde lo místico y, aunque en ocasiones parezca, no es un proceso netamente individual, puesto que con todo lo que implica una experiencia límite como un suicidio, el ritual o el conmemorar desde lo simbólico es una forma de sostener no solo la idea y recuerdo de quién se fue, sino sostenernos entre nosotros mismos, los sobrevivientes, y es que en lo que encontramos en este proceso, podemos decir, incluso, que no hay cantidad de amor propio que supla el sostén de una

comunidad, y esto se ve reflejado en los dispositivos culturales como la música, el cine, la literatura y los festejos tradicionales, pero también en el abrazo y el encuentro, en el tejido que se gesta en las manos de todos para mantener la memoria.

Es importante empezar a explorar y darle visibilidad a esas nuevas formas en las que las personas sostienen sus creencias y su mundo en sí. Con las nuevas generaciones nacen nuevas necesidades y maneras de sobrellevar las situaciones, y no es ajeno que en especial estas han decidido adoptar otras formas de consolidar sus pensamientos y convicciones totalmente alejadas de lo tradicional y lo dogmático. Lo simbólico es supremamente potente, el otorgarle a objetos comunes y corrientes un gran significado a través de lo particular hace especialmente la diferencia durante las líneas ya escritas, y vislumbra de una nueva forma la eficacia simbólica traída de Lévi Strauss, en la que se le da tanto valor a un objeto, suceso o creencia que a partir del anclaje que se encuentra con estos, se puede evidenciar en la acción la potencia mítica misma de este.

Con los sobrevivientes se pudo exponer la capacidad simbólica que tienen los objetos, pues, al sostenerse emocional y sentimentalmente de una carta, una canción, o alimentos, pudieron a través de estos vincularse con su ser querido, con la pérdida, pero también con la reconciliación de los hechos, lo que es sumamente valioso e importante para elaborar un duelo, teniendo en cuenta también que en el presente trabajo la eficacia simbólica se imparte desde lo particular, lo que fuepreciado e importante para cada una de aquellas personas que decidió compartir su historia y que como se planteó, la gran mayoría van desligadas de ese sentido divino de las imágenes, oraciones y rituales brindados por las iglesias tradicionales.

Sobre las materialidades son un elemento clave dentro de esta investigación puesto que los objetos y elementos no existen *persé* en la vida de las personas que nos acompañaron en este ejercicio, las cosas no existen porque sí y no se convierten en propias por azares del destino, toda su carga simbólica nos sostienen en el mundo y nos vinculan con los otros, en este caso, son esos vestigios del amor y el cariño que conservan a quien ya no está, y el irlos atesorando y haciendo parte de las prácticas pequeñas, constantes y diarias que los acompañarán el resto de la vida. Las materialidades, y nos permitimos ser enfáticos en esto, corresponde a un proceso de archivo, donde se examina, se organiza y se guarda la vida y los vínculos creados allí, pero también el shock de la pérdida, todo lo que convoque la memoria.

Esta investigación también nos permitió observar desde otras aristas temas que no son tan trabajados en el quehacer antropológico, y menos desde los contextos urbanos contemporáneos, es

por eso que se hace valioso vislumbrar la importancia de analizar el suicidio fuera de las dimensiones tradicionales de la psicología y psiquiatría y empezar a evidenciar el valor social que contiene y sobre todo la carga antropológica del asunto, porque el suicidio y el duelo atraviesan todo lo humano, en la vida y la muerte, en la acción, el pensamiento, las creencias, las costumbres, el relacionamiento con los otros y la forma en que un suceso como este es enfrentado a partir de todo lo anteriormente mencionado. Se hace valioso empezar a poner el foco en que las nuevas generaciones a través de compendios culturales actuales y sus diversas maneras de desarrollarlos dan cuenta de las transformaciones constantes que existen dentro de nuestra cultura, y las nuevas formas en que se dimensiona y concibe el mundo, lo cual se hace interesante ahondar desde un tema tan polémico y tabú como lo es el suicidio, y así, exponer un poco las perspectivas y pensamientos que existen alrededor de este.

Referencias

- Acevedo, D. (2019). *Náufragos de vacíos, enfermos de naufragios: tramas de significación del suicidio en el Valle de Aburrá*. [Trabajo de grado de pregrado, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional UdeA. <https://bit.ly/3yEd1JP>
- Agüero, L. H. (s.f.). *La culpa en el duelo por suicidio de un hijo*.
- Altavilla, D. (2017). *El suicidio como evento de alta disruptividad para allegados: derivaciones y metabolización*. [Tesis doctoral, Universidad del Salvador]. RACIMO repositorio institucional <https://bit.ly/3yEd1JP>
- Beltrán, W., Medina-Morales, N., & Roberto, Y. (2021). La secularización de los ritos fúnebres en el catolicismo popular: Bogotá (Colombia). *CS*, (33), 141-170. <https://doi.org/mzjk>
- Blandón, O. M., Andrade, J. A., Quintero, H., García, J. J., & Layne, B. (2015). *El suicidio: cuatro perspectivas*. Fundación Universitaria Luis Amigó
- Bonnett, P. (2013). *Lo que no tiene nombre*. Alfaguara.
- Castañó, J. P. G., & Granda, L. R. (11 al 16 de noviembre 2019). *Memorias de exclusión en el cementerio: relato de un muladar colombiano, morada de idiotas, suicidas y cantineros*. XX Encuentro Iberoamericano de Valorización y Gestión de Cementerios Patrimoniales, Málaga, España.
- Caycedo, M. L. (2007). La muerte en la cultura occidental: antropología de la muerte. *Revista Colombiana de psiquiatría*, 36(2), 332-339.
- Corpas, J. M. (2011). Aproximación social y cultural al fenómeno del suicidio. Comunidades étnicas amerindias. *Gazeta de antropología*, 2(27), 1-15
- De Rueda, I. G. (1995). Ritos exequiales. No creyentes, no bautizados y suicidas. *Revista Murciana de Antropología*, (2), 179-188.
- Di Silvestre, C. (1998). Somatización y percepción subjetiva de la enfermedad. *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (4), 1-10. <https://bit.ly/4bFDQf6>
- Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Nueva Visión.
- Durkheim, É. (1897). *El suicidio* (Vol. 37). Ediciones Akal.
- Eliade, M. (2014). *Lo sagrado y lo profano* (1ª ed.). Paidós.
- Etxenike, I. (2022). Atención a supervivientes de suicidio. [Trabajo de grado de pregrado, Universidad del País Vasco]. Addi Repositorio Institucional. <https://bit.ly/3VknBhF>
- Frau, A. (2019). La materialidad en cuestión. Reflexiones en torno a la cultura material a través del análisis de la colección arqueológica del sitio Playa de estacionamiento Independencia 169. [Informe de práctica profesional, Universidad Nacional de Córdoba].
- Ferreya, L. E. (2017). Suicidios y Freud: Conceptualizaciones Sobre el Suicidio en Ensayos Freudianos. *Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología*, 3(2), 488-506.

- Finol, J. E., Pratchett, T., & Colgan, A. (2015). Antropo-Semiótica de la muerte: Suicidio asistido, ritualización y des-ritualización. En Bondar, C. I. & Krautstohl, E. M. *Lecturas antroposemióticas sobre la muerte y el morir desde Latinoamérica*. Universitaria, (pp. 81-103).
- Freud, S. (1993). Duelo y melancolía. En Sigmund, F. *Obras completas de Sigmund Freud volumen XIV*. Amorrortu, (pp. 235-255).
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello y otros ensayos de metapsicología*. Comercial Grupo ANAYA SA.
- Galeano, M. E. (2003). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Universidad Eafit.
- García-Viniegras, C. R., & Pérez, C. (2013). Duelo ante muerte por suicidio. *Revista Habanera de Ciencias Médicas*, 12(2), 265-274.
- Gil-Gimeno, F. (2016). Morir y matar. Tensiones macro-sociales articuladas alrededor del suicidio como facto social. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 15(43), 113-126.
- Han, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales: una topología del presente*. Herder.
- Hernández, W. (2002). Los suicidios en Colombia entre el libre albedrío y la prevención. *Forensis datos para la vida. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses*, 111-128.
- Kübler-Ross, E., & Kessler, D. (2023). *Sobre el duelo y el dolor* (1ª ed.). Luciérnaga.
- Lardellier, P. (2015). ¿Ritualidad versus modernidad...? Ritos, identidad cultural y globalización. *Revista Mad. Revista del Magíster en Análisis Sistemático Aplicado a la Sociedad*, (33), 18-28.
- Le Breton, D. (2006). *El Silencio*. Editions Métailie. <https://bit.ly/455e3dL>
- Lizarralde, M. E. (2012). La escuela y la guerra, las memorias entre el miedo y el silencio. *Praxis Pedagógica*, 12(13), 90-103.
- López, A.G. (2021). Narrativas del duelo en profesionales de salud mental sobrevivientes en el suicidio. *Revista Sul Americana de Psicología*, 9(2), 37-56.
- Mejía, R. I. (2016) Duelo y afrontamiento en sobrevivientes al suicidio. *Revista Aletheia*, (6), 179-205
- Mejía, M. P., & Fernández, S. (2012). La culpa en el duelo. *Poiésis: Revista Electrónica de Psicología Social*, (23), 1-8.
- Mercado, F., & Guerrero, R. M. (2007). Segalen, Martine." Ritos y Rituales Contemporáneos". *Iztapalapa: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (62), 235-248.
- Mora Nawrath, H. I. (2010). El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación multitécnica. *Forum Qualitative Sozialforschung* 11(2), 1-31.
- Munguía, Y. (2005). *El intrincado juego de los enigmas* (pp. 293-299). XVIII Encuentro nacional de investigadores del pensamiento hispano. San Luis Potosí, México.
- Neimeyer, R. A., Bottomley, J. S. y Bellet, B. W. (2023). Crecimiento personal a raíz de la pérdida por suicidio. *Revista de Psicoterapia*, 34(124), 137-150. <https://doi.org/mzm6>
- Neruda, P. (2018). *Estravagario* (2 ed.). Planeta Chilena S.A.

- Nicolau, M. (1968). La Eucaristía. Estudios Eclesiásticos. *Revista de investigación e información teológica y canónica*, 43(167), 531-559.
- Ortiz, M. A. (2018). Sobre vivir ausencias, velar la muerte y rehacer la vida en el teatro. La ruta de las mujeres buscando los cuerpos de las víctimas de la violencia política en Colombia [Tesis de grado, Universidad Externado de Colombia]. Repositorio Institucional UExternado. <https://bit.ly/4aGnMIw>
- Pacheco Borella, G. *Perspectiva antropológica y psicosocial de la muerte y el duelo. Cultura de los cuidados*, (14), 27-43
- Palacio, M. [Miguel Palacio]. (17 de julio de 2023). ¡Holi! Mi amix Caro y yo nos encontramos en proceso de trabajo de grado [Imagen adjunta] [Publicación]. X. <https://bit.ly/3RGGcCG>
- Pantera (1990). Cemetery gates [Canción]. En *Cowboys from Hell*. <https://bit.ly/4dU4u5z>
- Pelegrí, M., & Romeu, M. (2011). El duelo, más allá del dolor. Desde el Jardín de Freud, (11), 133-148. <https://bit.ly/4bZ7z2w>
- Personería de Medellín. (2021). *La Personería de Medellín advierte un alto número de casos de suicidio y conductas suicidas en la ciudad*. <https://bit.ly/450c62n>
- Personería de Medellín. (2022). *Aumentaron los casos de suicidios en personas jóvenes en Medellín en 2021*. <https://bit.ly/3X2Rftc>
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Al Margen.
- Pulido, F. R., de Rivera, J. G., Revuelta, R., & de Oca Hernández, D. M. (1990). El suicidio y sus interpretaciones teóricas. *Psiquis*, 11(1), 374-380.
- Quagliata, S. (2015). *Las características del duelo en madres de hijos fallecidos por suicidio: estudio de casos*. [Tesis de maestría, Universidad de la República]. Repositorio institucional colibrí. <https://bit.ly/3yJgB5q>
- Ramírez, K. S. (2022, 26 de septiembre). Medicina Legal enciende las alarmas por aumento de suicidios en Medellín. *El tiempo*. <https://bit.ly/3Kl8vSU>
- Ruíz-Osorio, M. A., & Díaz-Facio Lince V. E. (2023). El duelo por suicidio: “esa larga y peligrosa noche del alma. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, (70), 333-367. <https://doi.org/mzmmw>
- Salazar, C. (2014). *Antropología de las creencias: religión, simbolismo, irracionalidad*. Fragmenta.
- Sánchez, J. C., Villarreal, M. E., & Musitu, G. (2013). Capítulo 12. Ideación suicida. *Adolescencia y familia: nuevos retos en el siglo*, 21, 273-290.
- Soria, F. (1965). Sobre signo y símbolo. *Estudios Filosóficos*, 14(37), 565-590.
- Soto, R., & Fiotti, J. (2018). *El duelo en la pantalla: nuevas formas de significar la pérdida* (pp. 43-47). X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV

Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR.
Buenos Aires, Argentina.

- Sweet, H., Madowitz, J., & Zisook, S. (2010). Duelo después del suicidio. *Trastor. ánimo*, 6(1), 6-14.
- Thomas, L.-V. (1991). *La muerte: una lectura cultural* (1ª ed). Paidós.
- Tonon, G. (2009). La entrevista semi-estructurada como técnica de investigación. En Tonon, G. (comp.), *Reflexiones latinoamericanas sobre investigación cualitativa* (pp. 45-73).
- Tria Mercant, S. (1973). Signo y símbolo (Breve introducción a la Filosofía de las formas simbólicas). *Traza y baza: cuadernos hispanos de simbología, arte y literatura*, (2), 133-147.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual*. Taurus.
- Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Alianza.
- Weisse, C. (2005). Angustia, duelo y sublimación. Relaciones entre el duelo y la pintura de Giorgio de Chirico. *Rev. De psicoanálisis*, 62(3), 543-561.
- Worden, W. (1997). *El tratamiento del duelo asesoramiento psicológico y terapia* (1ª ed). Paidós.
- Yoffe, L. (2014). Rituales funerarios y de duelo colectivos y privados, religiosos o laicos. *Avances en Psicología*, 22(2), 145-163.
- Zamora Díaz, A. D. (2023). *Una visión general sobre la investigación en Colombia de la ideación suicida y la conducta suicida*. Seminario Internacional Virtual de Psicología Clínica y de la Salud. Zapopan, México.